# KRISHNAMURTI

# AMOR, SEXO Y CASTIDAD



J. Krishnamurti

# AMOR, SEXO y CASTIDAD

Una selección de pasajes para el estudio de las enseñanzas
de J. Krishnamurti

La relación es el espejo en el que nos vemos a nosotros mismos tal como somos. Toda vida es un movimiento en relación. No existe nada viviente sobre la Tierra que no esté relacionado con una cosa u otra. Aún el ermitaño, un hombre que se marcha a un paraje solitario, sigue en relación con el pasado y con aquellos que le rodean. No es posible escapar de la relación. En esa relación, que es el espejo que nos permite vernos a nosotros mismos, podemos descubrir lo que somos, nuestras reacciones, nuestros prejuicios y temores, las depresiones y ansiedades, la soledad, el dolor, la pena, la angustia. También podemos descubrir si amamos o si no hay tal cosa como el amor. Por tanto, examinaremos este problema de la relación, porque la relación es la base del amor.

Madras, India, 26 de diciembre de 1982

El sexo se vuelve un problema extraordinariamente difícil y complejo en tanto no comprendemos la mente que piensa acerca del problema. El acto sexual en sí nunca puede ser un problema; lo que crea el problema es el pensamiento acerca del acto.

LA LIBERTAD PRIMERA Y ÚLTIMA

Cuando vemos todo esto: lo que hacemos del amor, del sexo, de la autocomplacencia, de tomar votos contrarios al sexo..., cuando vemos el cuadro completo, no como una idea, sino como un hecho real, entonces el amor, el sexo y la castidad son una sola cosa. No están separados. Es la separación de las relaciones la que corrompe. El sexo puede ser tan casto como el cielo azul sin nubes; pero, con el pensamiento, la nube llega y oscurece el cielo.

Conversaciones

SUMARIO

1. La vida es un movimiento en relación.

   Descubriendo lo que somos realmente; el condicionamiento; se necesita un instrumento nuevo para resolver nuestros problemas humanos; la relación es un espejo en el cual nos vemos tal como somos; «¿Qué es realmente nuestra relación mutua?»; el ego, la seguridad y el placer; por qué los seres humanos viven a base de imágenes.

2. El mecanismo de la formación de imágenes.

   Tener una relación con otro sólo es posible cuando no hay imagen; la imagen brinda seguridad; «¿Podemos observar sin que opere todo el mecanismo de la memoria?»; no hay amor entre imágenes; establecer una verdadera relación es destruir la imagen; cuando comprendemos el mecanismo, la imagen deja de existir.

3. La comprensión del placer y el deseo.

   Nuestras mentes se ajustan al patrón del placer; la naturaleza del placer; si destruimos el deseo, destruimos la sensibilidad; el origen del deseo es el pensamiento que crea la imagen; es

esencialmente lo mismo reprimir el deseo que ceder a él; uno no puede estar alerta al deseo si lo condena; el cultivo de la insensibilidad; el deseo y la pasión.

4. ¿Por qué el sexo se ha convertido en un problema?

Qué es el sexo; muchas cosas están involucradas; el acto en sí jamás puede ser un problema, lo que crea el problema es el pensamiento acerca del acto; por qué pensamos del todo en el sexo; cuando hay amor, el sexo jamás es un problema; un hombre que ama es puro aunque pueda ser sexual; lujuria y pasión.

5. La castidad.

Sin amor no hay castidad; los que son célibes con el fin de realizar a Dios no son castos, porque están buscando un resultado; «¿Por qué separamos el sexo de la belleza de una montaña?»; ¿hay sexo sin todo el mecanismo del pensamiento?; la represión y la indulgencia son ambas un derroche de energía.

6. El matrimonio.

Deseamos compañía; cómo vivir con otro sin conflicto; qué significa estar relacionados; amor y responsabilidad; dominación y deber; causas de la falta de armonía en la relación; ¿la existencia separativa de un individuo es una ilusión?; ciertamente, debe ser posible funcionar en una relación sexual con alguien a quien amamos, sin la pesadilla que generalmente sigue.

7. ¿Qué es el amor?

¿Es posible estar libres de celos y apego?; «¿Por qué tener un motivo?»; la soledad me ha forzado a escapar; ¿puede el pensamiento darse cuenta de sus propias limitaciones?; el descubrimiento de que la soledad es creada por el pensar; si hay apego, no hay amor; al negar lo que no es amor, el amor existe.

8. El amor en la relación.

El amor en la relación es un proceso purificador, puesto que revela las modalidades del "yo"; uno puede pensar en la persona a la que ama, pero no puede pensar en el amor; si uno ama, no hay dominación, celos, apego ni división entre hombre y mujer; el amor se manifiesta cuando comprendemos totalmente nuestro proceso.

9. Estar relacionado significa terminar con el “yo”.

¿Qué lugar ocupa el pensamiento en la relación?; la fragmentación; el mecanismo que forma las imágenes; el aislamiento y la autoprotección; el pensamiento exige la continuidad del placer; la relación está siempre en el presente vivo; puede existir sólo cuando hay total entrega de uno mismo, cuando no hay "yo"; ¿alguna vez se ha desprendido realmente del "yo"?

## 1. LA VIDA ES UN MOVIMIENTO EN RELACIÓN.

Estamos sosteniendo una conversación, como dos amigos que han estado paseando por un sendero arbolado con abundancia de sombras y cantos de pájaros, y ahora se han sentado juntos y conversan sobre todo el problema de la existencia, que es muy complejo. No estamos convenciéndonos mutuamente acerca de ningún tema; no tratamos de persuadirnos ni de sobreponernos el uno al otro mediante argumentos o apegándonos dogmáticamente a las propias opiniones y prejuicios; más bien vamos a mirar juntos el mundo tal como es, y también miraremos el mundo que existe dentro de nosotros.

Muchos volúmenes se han escrito acerca del mundo exterior, el medio ambiente, la sociedad, la política, la economía y demás, pero muy pocos han llegado al extremo de descubrir lo que realmente somos, o sea, descubrir por qué los seres humanos se comportan del modo como lo hacen, matándose unos a otros, constantemente angustiados, siguiendo a alguna persona, alguna autoridad, algún libro, algún ideal, sin tener una verdadera relación con sus amigos, sus cónyuges y sus hijos; descubrir por qué los seres humanos, después de tantos milenios, han llegado a ser tan vulgares, tan crueles, tan completamente faltos de afecto, de consideración, de atención hacia otros, negando todo el proceso de lo que se considera que es el amor. Exteriormente, el hombre ha vivido en medio de guerras durante miles y miles de años. Ahora estamos tratando de detener la guerra nuclear, pero jamás detendremos las guerras. No ha habido en ninguna parte del mundo manifestaciones públicas para poner fin a las guerras, sino que hay manifestaciones contra determinadas guerras, y estas guerras han continuado; la gente es explotada, oprimida, y el opresor se convierte en el oprimido. Éste es el ciclo de la existencia humana con su dolor, su soledad, su gran sensación de desaliento, su ansiedad creciente, su total falta de seguridad. No tenemos relación con la sociedad ni con nuestros seres más íntimos, una relación sin disputas, sin conflictos, sin riñas, sin angustias y todo eso. Éste es el mundo en que vivimos y al que, estoy seguro, conocen muy bien todos ustedes.

Como dijimos ayer, debemos mirar las actividades del pensamiento, porque vivimos a base de pensamientos. Todas nuestras acciones se basan en el pensamiento, todos nuestros esfuerzos deliberados tienen por base el pensamiento: nuestras meditaciones, nuestros cultos, nuestras oraciones. El pensamiento ha producido la división de las nacionalidades que da origen a las guerras, la división en religiones, como la judía, la árabe, la musulmana, la cristiana, la hindú, la budista, etc. El pensamiento ha dividido el mundo no sólo geográficamente, sino también en lo psicológico, en lo interno. El hombre está fragmentado, dividido no sólo en el nivel psicológico mecánico de su existencia, sino también en el de sus ocupaciones. Si uno es un profesor, tiene su propio pequeño círculo y vive dentro de ese círculo. Si es un hombre de negocios, se ocupa de hacer dinero, si es un político, vive dentro de esa área. Y si es una persona religiosa en el sentido aceptado de la palabra, con la práctica de diversas formas de puja, rituales, meditaciones, con la veneración de algún ídolo y cosas así, entonces también vive una vida fragmentada. Cada fragmento tiene su propia energía, su propia capacidad, su propia disciplina, y cada curso de acción juega un papel extraordinario en contradicción con otro curso. Ustedes deben conocer todo esto. Esta división, tanto externamente, geográficamente, como en lo religioso, en lo nacional y en la relación que existe entre uno mismo y otro ser humano, es un derroche enorme de energía. Es un conflicto que disipa nuestra energía en las disputas, dividiéndonos, haciendo que cada cual persiga lo suyo, sus propias aspiraciones, que exija su propia seguridad personal, etc. Toda acción necesita energía, todo pensar necesita energía. Esta energía que se fragmenta de un modo constante, implica un desgaste energético. Cuando una energía

se contrapone a otra, cuando una acción contradice otra acción, cuando se dice una cosa y se hace otra –lo cual es, obviamente, una aceptación hipócrita de la vida–, hay derroche de energía. Todas esas actividades deben, por fuerza, condicionar la mente, el cerebro. Estamos condicionados como hindúes, budistas, musulmanes, cristianos, con todas las supersticiones y creencias que ello implica. Estamos condicionados; acerca de esto no cabe ninguna duda. No podemos argumentar que no estamos condicionados; lo estamos, religiosamente, políticamente, geográficamente. Hasta que no estemos libres del condicionamiento, libres de las actividades del pensar que crea los grandes problemas, esos problemas no podrán ser resueltos. Se necesita un instrumento nuevo para resolver los problemas humanos. A medida que avanzamos vamos a conversar sobre eso, pero no le corresponde a quien les habla decirles cuál es la nueva cualidad de ese instrumento; cada uno ha de descubrirlo por sí mismo. Por eso es que debemos pensar juntos, de ser posible. Ello requiere que ustedes y quien les habla sintamos, investiguemos, examinemos, cuestionemos, pongamos en duda todas estas cosas que el hombre ha producido, todas las cosas que hemos creado como barreras entre unos y otros. Como seres humanos que vivimos en esta hermosa Tierra que es lentamente destruida, que es nuestra Tierra, no la Tierra inglesa o la Tierra norteamericana, tenemos que vivir inteligentemente, dichosamente; pero, al parecer, eso no es posible porque estamos condicionados. Este condicionamiento es como el de una computadora: estamos programados. Programados para ser hindúes, musulmanes, cristianos, católicos, protestantes. El mundo cristiano ha sido programado durante dos mil años, y el cerebro se ha condicionado, a causa de ese programa, como una computadora. Así que nuestros cerebros están profundamente condicionados, y nos preguntamos si es de algún modo posible librarse de ese condicionamiento. A menos que estemos total, completamente libres de esa limitación, no tiene sentido el mero inquirir o averiguar en qué consiste ese nuevo instrumento que no es el pensar.

En primer lugar, uno debe empezar muy cerca para ir muy lejos. Nosotros queremos llegar muy lejos sin dar el primer paso, y quizás el primer paso sea el último paso. ¿Nos estamos comprendiendo el uno al otro, nos estamos comunicando o estoy hablándome a mí mismo? Si estoy hablándome a mí mismo, puedo hacerlo en mi propia habitación. Pero si estamos hablando nosotros, si juntos sostenemos una conversación, esa conversación tiene un significado cuando ambos nos encontramos en el mismo nivel, con la misma intensidad y al mismo tiempo. Eso es amor. Ésa es la verdadera y honda amistad. Para mí, ésta no es una conferencia en el sentido común de la palabra. Juntos tratamos de examinar y resolver los problemas humanos. Eso requiere muchísima investigación, porque los problemas humanos son muy, muy complejos. Uno debe poseer la cualidad de la paciencia, la cual no pertenece al tiempo. Todos estamos impacientes por progresar: «Dígame rápidamente esto o aquello», pero si tienen paciencia, o sea, si no están tratando de obtener algo, de alcanzar algún fin, alguna meta, entonces investiguen paso a paso.

Como decíamos, estamos programados. Nuestro cerebro humano es un proceso mecánico. Nuestro pensamiento es un proceso de carácter material, y ese pensamiento ha sido condicionado para pensar como budista, hindú, cristiano, y así sucesivamente. De modo que nuestro cerebro está condicionado. ¿Es posible liberarse de ese condicionamiento? Están los que dicen que eso no es posible, porque preguntan: ¿Cómo puede ser que en un cerebro, que ha sido condicionado durante tantos siglos y siglos, ese condicionamiento sea eliminado de manera tan completa que el cerebro humano sea prístino, original y esté dotado de una capacidad infinita?». Muchas personas afirman esto y se satisfacen con la mera modificación del condicionamiento. Pero nosotros decimos que este

condicionamiento puede ser examinado, observado, y que es posible liberarse completamente de él. Para descubrir por nosotros mismos si eso es posible o no, debemos investigar nuestra relación.

La relación es el espejo en el que nos vemos tal como somos. Toda vida es un movimiento en relación. No existe nada viviente sobre la Tierra que no esté relacionado con una cosa u otra. Aún el ermitaño, un hombre que se marcha a un paraje solitario, sigue en relación con el pasado y con aquellos que lo rodean. No es posible escapar de la relación. En esa relación, que es el espejo en el cual podemos vernos a nosotros mismos, estamos en condiciones de descubrir lo que somos, nuestras reacciones, nuestros prejuicios y temores, las depresiones y ansiedades, la soledad, el dolor, la pena, la angustia. También podemos descubrir si amamos o si no hay tal cosa como el amor. Por tanto, examinaremos este problema de la relación, porque la relación es la base del amor. Es la única cosa que ahora tenemos entre nosotros. Si uno no puede descubrir la verdadera relación, si vive su propia y estrecha vida particular, aparte de su esposa, de su marido, etc., esa existencia aislada engendra su propia destrucción.

La relación es la cosa más extraordinariamente importante que hay en la vida. Si no comprendemos esa relación, no podremos crear una nueva sociedad. Vamos a investigar muy detenidamente qué es la relación, por qué los seres humanos, durante toda su larga existencia como tales, jamás han tenido una relación sin sentimiento posesivo, sin opresión, apego, contradicción, etc. ¿Por qué existe siempre esta división: hombre y mujer, nosotros y ellos? Vamos a examinar juntos. Este examen puede ser intelectual, o sea, meramente verbal, pero tal comprensión intelectual no tiene ningún valor. Es tan sólo una idea, un concepto; pero si podemos considerar nuestra relación como algo total, entonces tal vez podamos ver la profundidad, la belleza y la calidad de la relación. ¿De acuerdo, señores? ¿Podemos proseguir? Nos preguntamos cuál es, de hecho, la relación que ahora tenemos el uno con el otro, no la relación teórica, romántica o idealista –todas irreales–, sino la factual, la relación cotidiana que tienen entre sí el hombre y la mujer. ¿Están relacionados en absoluto? Existe la relación biológica; esa relación es sexual, placentera; es posesión, apego, diversas formas de intrusión mutua.

¿Qué es el apego? ¿Por qué tenemos una necesidad tan tremenda de apego? ¿Qué implica el apego? ¿Por qué nos apegamos? Cuando estamos apegados a cualquier cosa, siempre hay miedo, miedo de perder aquello a lo que uno se apega. Hay siempre un sentimiento de inseguridad. Por favor, obsérvenlo en sí mismos. Siempre existe un sentido de separación. Estoy apegado a mi esposa. Me apego a ella porque me brinda placer sexual, el placer de su compañía. Ustedes conocen todo esto sin que yo se los diga. Estoy, pues, apegado a ella, lo cual quiere decir que estoy celoso, atemorizado. Donde hay celos, hay odio. Y, ¿es amor el apego? Ése es un aspecto a observar en nuestra relación.

Entonces, en nuestra relación cada uno ha creado, a través de los años, una imagen con respecto al otro. Esas imágenes que él y ella han creado, constituyen la relación. Pueden dormir juntos, pero el hecho es que tiene cada uno de ellos una imagen del otro, y en esa relación entre imágenes, ¿cómo puede haber una relación verdadera, factual con el otro? Todos, desde la infancia, hemos formado imágenes acerca de nosotros mismos y de los demás. Esta pregunta que nos formulamos es muy, muy seria: ¿Podemos vivir sin una sola imagen en nuestra relación? Ciertamente todos ustedes tienen una imagen de quien les habla, ¿no es así? Obviamente, la tienen. ¿Por qué? Ustedes no lo conocen, de hecho no lo conocen. Él se sienta en un estrado y habla, pero ustedes no se relacionan con él, porque tienen a su respecto una imagen. Han creado una imagen de él y tienen sus propias imágenes personales respecto de sí mismos. Tienen innumerables imágenes de los políticos, de los hombres de

negocios, del gurú, de esto y aquello. ¿Puede uno vivir profundamente sin una sola imagen? La imagen puede ser una conclusión acerca de nuestra esposa, una representación mental, una imagen sexual; puede ser la imagen de un vínculo mejor y así sucesivamente. ¿Por qué los seres humanos tenemos imágenes en absoluto? Por favor, formúlense esta pregunta. Cuando tienen una imagen del otro, esa imagen les comunica una sensación de seguridad.

El amor no es pensamiento. El amor no es deseo, no es placer, no es el movimiento de imágenes; y en tanto uno tenga imágenes del otro, no hay amor. Y nos preguntamos: ¿Es posible vivir una vida sin una sola imagen? Entonces están relacionados el uno con el otro. Tal como sucede hoy en día, es igual que si fueran dos líneas paralelas que jamás se encuentran, excepto sexualmente. Un hombre va a la oficina, es ambicioso, codicioso, envidioso, procura alcanzar una posición en el mundo de los negocios, en el mundo religioso, en el profesional; y la mujer moderna también se va a la oficina, y ambos se encuentran en el hogar para engendrar hijos. Y surge todo el problema de la responsabilidad, el problema de la educación, de la total indiferencia. A ustedes no les importa lo que después puedan ser sus hijos, lo que pueda pasarles. Quieren que sean como ustedes: un casamiento seguro, una casa, un buen empleo, etc. ¿Correcto? Ésta es nuestra vida, nuestra vida cotidiana, y es realmente una vida deplorable. Por consiguiente, si se preguntan por qué los seres humanos viven a base de imágenes –todos sus dioses son imágenes, el dios cristiano, el dios musulmán y el dios de ustedes–, verán que éstas son creadas por el pensamiento, y el pensamiento es inseguro, temeroso. No hay seguridad en las cosas producidas por el pensamiento. ¿Es posible, entonces, liberarnos de nuestro condicionamiento en la relación? O sea, observar atenta, minuciosa y persistentemente, en el espejo de la relación, cuáles son nuestras reacciones, si son mecánicas, si son producto del hábito, de la tradición. En ese espejo descubrimos realmente lo que somos. En consecuencia, la relación es extraordinariamente importante.

Tenemos que investigar qué es observar. ¿Cómo observan, en el espejo de la relación, lo que son realmente? ¿Qué significa observar? Ésta es, en verdad, otra cosa importante que hemos de descubrir. ¿Qué significa mirar? Cuando miran un árbol, que es la cosa más bella, más exquisita que hay sobre la Tierra, ¿cómo lo miran? ¿Lo miran alguna vez, miran alguna vez la Luna nueva, el contorno de la Luna nueva, tan delicada, tan pura, tan joven? ¿Alguna vez la han mirado? ¿Pueden mirarla sin usar la palabra "Luna"? Todo esto, ¿les interesa realmente? Continuaré, como un río que prosigue su curso. Ustedes están sentados a la orilla del río y lo contemplan, pero jamás llegan a ser el río, porque nunca participan del río, nunca se unen a la belleza del movimiento que no tiene principio ni fin. Así que, por favor, consideren lo que es observar.

Cuando observan un árbol, o la Luna, algo exterior a ustedes, siempre usan las palabras "árbol", "Luna". ¿Pueden mirar la Luna, el árbol, sin nombrarlos, sin el contenido de la palabra, sin identificar la palabra con el árbol, con la cosa? Ahora bien, ¿pueden mirar a la esposa, al marido, a los hijos, sin las palabras que los identifican, sin las imágenes? ¿Lo han intentado alguna vez? Cuando observan sin una palabra, sin un nombre, sin la forma que han creado respecto de él o de ella, en esa observación no hay un centro desde el cual estén observando. Descubran qué ocurre entonces. La palabra es pensamiento. El pensamiento se origina en la memoria. Tenemos, pues, la memoria, la palabra, el pensamiento, la imagen que interfiere entre uno mismo y el otro, ¿Correcto? Pero no hay pensamiento que mire, que observe, pensamiento en el sentido de la palabra, del contenido y significado de la palabra. Entonces, en esa observación no hay un centro como el "yo" que mira al "tú". Sólo así hay una verdadera relación con el otro. En ello existe la cualidad de aprender, una cualidad, de indudable sensibilidad y belleza.

LA MENTE QUE NO MIDE
Madrás, India, 26 de diciembre de 1982

## 2. EL MECANISMO DE LA FORMACIÓN DE IMÁGENES.

¿Han mirado alguna vez a la propia esposa, al marido, a los hijos, al vecino, al jefe o a alguno de los políticos? En tal caso, ¿qué han visto? La imagen que tiene de la persona, la imagen que tienen de sus políticos, del primer ministro, de su dios, de su esposa, de sus hijos; esa imagen es lo que miran. Y esa imagen se ha formado a causa de la relación, o de sus temores, o de sus esperanzas. El placer sexual y otros placeres que hemos tenido con nuestra esposa, nuestro esposo, así como la ira, la adulación, el consuelo, todas las cosas que trae consigo la vida de familia –que es una vida abrumadora– han creado una imagen respecto de la esposa o el esposo. Con esa imagen miramos. De igual modo, nuestra esposa o nuestro esposo tienen una imagen de nosotros. Por tanto, la relación entre nosotros y nuestra esposa o nuestro esposo, entre nosotros y el político es, en realidad, la relación entre dos imágenes. ¿Correcto? Eso es un hecho. ¿Cómo pueden dos imágenes, que son el resultado del pensamiento, del placer y demás, tener relación alguna de afecto o amor?

Por consiguiente, la relación entre dos individuos, muy íntimamente unidos o muy lejanos, en una relación de imágenes, símbolos, recuerdos. Y en eso, ¿cómo puede haber verdadero amor? ¿Comprenden la pregunta?

Obras completas, volumen XVII
Nueva Delhi, 22 de diciembre de 1966

**Tener una relación con otro sólo es posible cuando no hay imagen.**

¿Estamos alguna vez relacionados con alguien, o la relación es entre dos imágenes que hemos creado el uno respecto del otro? Yo tengo una imagen de usted y usted una imagen de mí. Yo tengo una imagen de la otra persona como mi esposa o marido o lo que fuere, y la otra persona también tiene una imagen de mí. La relación es entre estas dos imágenes y nada más. Tener una relación con otro sólo es posible cuando no hay imagen. Cuando yo puedo mirarlo a usted y usted puede mirarme a mí sin la imagen de la memoria, de los insultos y todos lo demás, entonces hay una relación, pero la naturaleza misma del observador es la imagen, ¿verdad? Mi imagen observa su imagen, si es posible observarla, y a esto lo llamamos relación, pero es una relación entre dos imágenes, es una relación que no existe, porque ambos somos imágenes. Estar relacionado significa estar en contacto. El contacto debe ser algo directo, no entre dos imágenes. Requiere muchísima atención, mucha percepción alerta mirar a otro sin la imagen que tenemos de esa persona, siendo la imagen los recuerdos acerca de esa persona, cómo nos ha insultado, cómo nos ha complacido, cómo nos ha dado placer, esto o aquello. Sólo cuando entre dos seres humanos no hay imágenes, existe una relación.

Obras completas, volumen XVII Nueva York, 26 de septiembre de 1966

**Para mirar tiene que haber silencio.**

Si queremos mirar una flor, cualquier pensamiento acerca de esa flor nos impide mirarla. Las palabras "rosa", "violeta", "es esta flor", "aquella flor", "es de tal especie", etc., nos impide observarla. Para poder mirar, no tiene que haber interferencia alguna de la palabra, que es la exteriorización del pensamiento. Tenemos que estar libres de la palabra, y para mirar tiene que haber silencio; de lo contrario, es imposible mirar. Si miramos a nuestra mujer o a nuestro marido, todos los recuerdos que

tenemos, ya sea de placer o de dolor, interfieren con el mirar. Sólo cuando miramos sin la imagen, existe una relación. Mi imagen verbal y la imagen verbal del otro no se relacionan en absoluto. Carecen de existencia real.

Obras completas, volumen XVII Nueva York, 5 de octubre de 1966

**¿Por qué tenemos imágenes acerca de nosotros mismos?**

Para comprender el pleno significado de la relación mutua, por íntima o distante que pueda ser, debemos empezar por comprender por qué el cerebro crea imágenes. Tenemos imágenes de nosotros mismos e imágenes de los demás. ¿Por qué cada uno tiene una imagen peculiar y se identifica con esa imagen? ¿Es necesaria la imagen, brinda una sensación de seguridad? ¿Acaso la imagen no origina la separación de los seres humanos?

Tenemos que observar muy atentamente la relación con nuestra esposa, nuestro marido o amigo; tenemos que mirar con mucha atención, sin tratar de eludir el hecho, sin tratar de ignorarlo. Debemos explorar juntos y descubrir por qué los seres humanos de todo el mundo tienen este extraordinario mecanismo que crea imágenes, símbolos, patrones. ¿Es porque en esos patrones y símbolos, en esas imágenes, encuentran una gran seguridad?

Si observan, verán que cada uno de ustedes tiene una imagen de sí mismo, ya sea una imagen de orgullo, que es arrogancia, o lo opuesto a eso. O han acumulado una gran cantidad de experiencias, han adquirido muchísimos conocimientos, los cuales crean por sí mismos la imagen, la imagen del experto. ¿Por qué tenemos imágenes de nosotros mismos? Esas imágenes separan a la gente. Si uno tiene una imagen de sí mismo como suizo, inglés, francés o lo que fuere, esa imagen no sólo deforma su observación de la humanidad, sino que también lo separa a uno de los demás. Y dondequiera que haya separación, división, tiene que haber conflicto, tal como hay conflictos desarrollándose en todo el mundo: el árabe contra el israelí, el musulmán contra el hindú, una iglesia cristiana contra otra. Divisiones nacionales y divisiones económicas, todas ellas resultado de las imágenes, de los conceptos y de las ideas, Y el cerebro se aferra a todo eso, ¿por qué? ¿Es a causa de nuestra educación, de nuestra cultura en la que el individuo es lo más importante y donde la sociedad colectiva es algo por completo diferente del individuo? Eso forma parte de nuestra cultura, de nuestra enseñanza religiosa y de nuestra educación cotidiana. Cuando uno tiene una imagen de sí mismo como inglés o norteamericano, esa imagen le da cierta seguridad. Es bastante obvio.

Habiendo creado la imagen propia, esa imagen se vuelve semipermanente; detrás de esa imagen o dentro de ella, uno trata de encontrar seguridad, amparo, una forma de resistencia. Cuando uno está relacionado psíquica o físicamente con otro, por delicada y sutil que sea esa relación, hay una respuesta basada en una imagen. Si uno está casado o tiene una relación íntima con alguien, hay una imagen que se ha formado en la vida cotidiana; ya sea que dicha relación tenga una semana o diez años de existencia, la imagen con respecto a la otra persona se ha ido formando lentamente, paso a paso. Uno recuerda cada reacción sumándola a la imagen y almacenándola en el cerebro, de modo tal que la relación –que puede ser física, sexual o psíquica– se establece de hecho entre dos imágenes, la propia y la de la otra persona.

Quien les habla no está diciendo algo extravagante, exótico o fantástico; señala tan sólo que estas imágenes existen. Existen, y uno jamás puede conocer a otro completamente. Si uno está casado o tiene una amiga, nunca puede conocerla totalmente; piensa que la conoce porque, habiendo vivido con ella, ha acumulado recuerdos de múltiples incidentes, irritaciones y otros sucesos que tienen lugar en la vida cotidiana; y ella también ha experimentado sus reacciones, cuyas imágenes se han fijado en su cerebro. Esas imágenes juegan un papel extraordinariamente importante en nuestra vida. Al parecer, somos muy pocos los que estamos libres de alguna forma de imagen. La libertad respecto de las imágenes es la verdadera libertad. En esa libertad no existe la división que las imágenes originan.

Si uno es un hindú, nacido en la India y sujeto a todo el condicionamiento que eso implica, el condicionamiento de la raza o el de un grupo particular con todas sus supersticiones, sus creencias religiosas, sus dogmas y rituales –toda la estructura de esa sociedad–, uno vive con ese complejo de imágenes que constituye nuestro condicionamiento. Y por mucho que se pueda hablar de hermandad, unidad, totalidad, ésas son tan sólo palabras vacías sin significado alguno en la vida cotidiana. Pero si uno se libera de toda esa imposición, de todo el condicionamiento que implica ese supersticioso desatino, entonces está acabando con la imagen. Y lo mismo ocurre con las relaciones que establecemos; si uno está casado o vive con alguien, ¿es posible no formar en absoluto ninguna imagen, no registrar un incidente que puede haber sido placentero o doloroso en esa relación particular, no registrar ni el insulto ni el halago, ni el estímulo ni el desaliento?

¿Es posible no registrar en absoluto? Porque si el cerebro registra constantemente todo lo que sucede en lo psicológico, entonces jamás tiene la libertad necesaria para aquietarse, jamás puede estar tranquilo, en paz. Si el mecanismo del cerebro opera todo el tiempo, es obvio que se desgasta. Es lo que ocurre en nuestras relaciones mutuas, cualquiera que sea la índole de esas relaciones, y si existe un constante registro de todo, entonces, poco a poco, el cerebro empieza a deteriorarse y eso, en esencia, es la vejez.

Así pues, investigando damos con este interrogante: ¿Es posible en nuestras relaciones, con todas sus reacciones y sutilezas, con todas sus respuestas esenciales, es posible no retener recuerdos? Este recordar y registrar prosigue todo el tiempo. Nos preguntamos si es posible no registrar en lo psicológico, sino registrar tan sólo aquello que es absolutamente necesario que se registre. En ciertas direcciones es indispensable registrar. Por ejemplo, uno debe registrar todas las matemáticas relacionadas con estructuras y demás. Si voy a ser físico, debo registrar lo que ya se ha establecido en esa especialidad. Para aprender a manejar un automóvil, tengo que registrar. Pero en nuestras relaciones, ¿es en absoluto necesario registrar psicológicamente, internamente? El recuerdo de acontecimientos pasados, ¿es amor? Cuando le digo a mi esposa, «Te amo», ¿proviene eso del recuerdo de todas las cosas que hemos experimentado juntos: los incidentes, los afanes, las luchas, todo lo que se halla almacenado, registrado en el cerebro? ¿Es verdadero amor ese recuerdo?

¿Es posible, entonces, estar libre y no registrar nada psicológicamente? Esto es posible sólo cuando hay atención completa. En la atención completa no existe el registrar. Yo no sé por qué necesitamos explicaciones, o por qué nuestros cerebros no son lo bastante rápidos como para captar toda la cosa mediante un discernimiento instantáneo. ¿Por qué no podemos ver esto, la verdad de todo esto, permitiendo que la verdad opere y así borre la pizarra a fin de que tengamos un cerebro que, psicológicamente, no registre nada en absoluto?

Pero los seres humanos son, en su mayoría, bastante indolentes, prefieren más bien vivir en sus viejos patrones, en sus hábitos particulares de pensamiento; rechazan todo lo que sea nuevo, porque piensan que es mucho mejor vivir con lo conocido que con lo desconocido. En lo conocido están a salvo –al menos piensan que están a salvo, seguros– y, en consecuencia, siguen repitiéndose, trabajando y luchando dentro de ese campo de lo conocido. ¿Podemos observar sin que opere todo el proceso y mecanismo de la memoria?

LA MADEJA DEL PENSAMIENTO
Saanen, Suiza, 19 de julio de 1981

**Establecer una verdadera relación es destruir la imagen.**

No hay amor entre dos imágenes. ¿Cómo puedo amarlo y usted amarme, si tiene una imagen de mí, si tiene ideas a mi respecto? Si lo he ofendido, apremiado, si he sido ambicioso, astuto, si he procurado sacarle ventaja, ¿cómo puede usted amarme? ¿Cómo puedo amarlo si usted amenaza mi posición, mi empleo, si se fuga con mi mujer? Si usted pertenece a un país y yo a otro, si usted pertenece a una secta –hinduismo o budismo o catolicismo– y yo soy musulmán, ¿cómo podemos amarnos el uno al otro? Por tanto, a menos que haya una transformación radical en la relación, no puede haber paz. Haciéndose monje o sanyasi y escapándose a los cerros, no va a resolver sus problemas. Porque dondequiera que viva, ya sea en un monasterio, en una cueva o en una montaña, está relacionado. No puede aislarse ni en la imagen que usted mismo ha creado de Dios, de la verdad, ni en la imagen de su propio "yo", etc.

Por consiguiente, establecer una verdadera relación es destruir la imagen. ¿Comprende lo que significa destruir la imagen? Significa destruir la imagen acerca de uno mismo: de que usted es hindú, de que yo soy paquistaní, musulmán, católico, judío, comunista o lo que fuere. Usted tiene que destruir el mecanismo por el que se crea la imagen –ese mecanismo opera en usted y opera en la otra persona–. De lo contrario, puede que destruya una imagen y el mecanismo cree otra. Por tanto, uno no sólo tiene que descubrir la existencia de la imagen, o sea, estar alerta a su imagen particular, sino que también debe darse cuenta de lo que es el mecanismo que produce esa imagen.

Veamos ahora qué es ese mecanismo. ¿Comprende mi planteo? Es decir, primero uno debe ser consciente de la existencia de la imagen, darse cuenta de ella, conocerla, no de manera verbal, intelectual, sino conocerla realmente como un hecho. Esto es algo extremadamente difícil, porque conocer la imagen implica muchas cosas. Yo puedo conocer, puedo observar este micrófono, eso es un hecho. Puedo nombrarlo de distintas maneras, pero si ustedes saben qué es lo que designo con estos nombres, ven la realidad de ese hecho. Pero una cosa muy diferente es comprender la imagen sin interpretación alguna, ver el hecho de esa imagen, verlo sin el observador, puesto que el observador es el hacedor de la imagen y la imagen es el pensamiento del observador. Ésta es una cosa muy compleja. Uno no puede decir: «Destruiré la imagen», y meditar al respecto o practicar alguna clase de truco o hipnotizarse a sí mismo diciéndose que puede destruir la imagen; no es posible hacerlo así. Ello requiere una comprensión extraordinaria. Requiere gran atención y exploración, no una conclusión circunstancial; un hombre que explora jamás puede llegar a una conclusión. Y la vida es un río inmenso que fluye, que se mueve sin cesar. A menos que uno lo acompañe libremente, con gozo, con sensibilidad, con gran júbilo, no ve la belleza plena, el caudal, la claridad de ese río. Por tanto, debemos comprender este problema.

Cuando usamos la palabra "comprender", nos referimos con ella a una comprensión no intelectual, ¿verdad? Quizás haya comprendido usted la palabra "imagen", cómo ésta es creada por el conocimiento, la experiencia, la tradición, por las diversas tensiones y compulsiones de la vida familiar, por el trabajo en la oficina, los insultos..., todo lo que compone la imagen. ¿Cuál es el mecanismo que elabora esa imagen? ¿Comprende? La imagen tiene que ser formada. Y debe mantenerse; de lo contrario, se disolverá. Por consiguiente, es usted quien tiene que descubrir cómo funciona ese mecanismo. Y cuando comprende la naturaleza y el significado del mecanismo, entonces la imagen misma deja de ser, no sólo la imagen consciente, la imagen que usted tiene conscientemente de sí mismo y de la cual se da cuenta superficialmente, sino que también deja de existir la imagen mucho más profunda; o sea, que llega a su fin la totalidad de la imagen. Espero estar poniendo esto en claro.

Uno tiene que investigar y descubrir cómo la imagen surge a la existencia y si es posible detener el mecanismo que la crea. Sólo entonces podrá existir una relación entre seres humanos; no será una relación entre dos imágenes, que son entidades muertas. Esto es muy simple. Usted me halaga, me respeta; y yo tengo una imagen de usted, imagen formada a raíz de los insultos, de los halagos. Conservo experiencias de dolor, muerte, desdicha, conflicto, hambre, soledad. Todo eso crea una imagen en mí; soy esa imagen. No es que yo sea la imagen, ni que la imagen y yo seamos diferentes, sino que el "yo" es esa imagen, el pensador es esa imagen. Es el pensador el que crea la imagen. Con sus respuestas, con sus reacciones –físicas, psicológicas, intelectuales, etc. –, el pensador, el observador, el experimentador crea la imagen mediante la memoria, mediante el pensamiento. Por consiguiente, el mecanismo es el pensar, el mecanismo surge a la existencia a causa del pensamiento. Y el pensamiento es necesario; de otro modo no podríamos existir.

Así pues, en primer lugar vea el problema. El pensamiento crea al pensador. El pensador empieza a elaborar la imagen de sí mismo: él es el atman, él es Dios, él es el alma, él es un brahmín o un no brahmín, él es un musulmán, un hindú, etc. El pensador crea la imagen y vive en ella. Por tanto, el principio de este mecanismo es el pensar. Y usted preguntará: ¿Cómo puedo detener el pensar? No puede. Pero uno puede pensar y no crear la imagen. Uno puede observar esto, pero ¿por qué debería crear una imagen respecto de sí mismo? Usted crea una imagen de mí como musulmán, comunista o lo que fuere, sólo porque tiene una imagen de sí mismo, la cual me juzga. Pero si no tuviera imagen alguna de sí mismo, entonces me miraría, me observaría sin crear la imagen respecto de mí. Por ese motivo, esto requiere muchísima atención, requiere observar los propios pensamientos y sentimientos.

Así, uno empieza a ver que la mayoría de nuestras relaciones se basan de hecho en esta formación de imágenes y que, habiendo formado la imagen, uno establece o espera establecer una relación entre las dos imágenes y, naturalmente, entre imágenes no hay ninguna relación. Si usted tiene una opinión de mí y yo tengo una opinión de usted, ¿cómo podemos tener relación alguna?

La relación existe sólo cuando es libre, cuando hay libertad respecto de esta formación de imágenes... Examinaremos esto durante las próximas pláticas. Sólo cuando esta imagen se disuelva y cese la formación de imágenes, el conflicto llegará a su fin, habrá una terminación total del conflicto. Únicamente entonces habrá paz, no sólo internamente, sino también en lo externo. Sólo cuando uno ha establecido esa paz interna, la mente, estando libre, puede llegar muy lejos.

¿Sabe, señor?, la libertad puede existir sólo cuando la mente no se halla en conflicto. Casi todos vivimos en conflicto, a menos que estemos muertos. Uno se hipnotiza a sí mismo, o se identifica con alguna causa, con algún compromiso, alguna filosofía, secta o creencia; nos identificamos tanto que quedamos completamente hipnotizados y vivimos en un estado de sueño. Casi todos vivimos en conflicto; la terminación de ese conflicto es la libertad. Con el conflicto no puede haber libertad. Uno puede buscarla, puede desearla, pero jamás podrá tenerla.

La relación significa, pues, el fin del mecanismo que elabora la imagen; y con la terminación de ese mecanismo que da origen a la imagen, se establece la verdadera relación. En consecuencia, el conflicto llega a su fin. Y cuando el conflicto se termina hay, obviamente, libertad; libertad real, no como una idea sino como un hecho: el verdadero estado de libertad. Entonces, en ese estado de libertad, la mente, que ya no está más deformada ni torturada ni influida, que no se entrega a ninguna fantasía ni concepción mística, a ninguna visión, esa mente puede llegar muy lejos. Lejos, no en tiempo o espacio, porque no hay espacio ni tiempo donde hay libertad. Uso las palabras "muy lejos" –en realidad, estas palabras nada significan– en el sentido de que podemos descubrir; entonces, en esa libertad hay un estado de vacío, de júbilo, hay una bienaventuranza que ningún dios, ninguna religión, ningún libro pueden darle.

Por eso, a menos que una relación así se establezca entre usted y su esposa, su vecino, su sociedad, entre usted y otras personas, nunca tendrá paz y, por tanto, nunca tendrá libertad. Y entonces, como ser humano, no como un individuo, con esa relación podrá transformar la sociedad. No lo hará el socialista, ni lo hará el comunista; ninguno de ellos lo hará. Sólo el hombre que ha comprendido lo que es la verdadera relación, sólo un hombre así puede dar origen a una sociedad en la que el ser humano podrá vivir sin conflicto.

Obras completas, volumen XVI
Bombay, 13 de febrero de 1966

**En el instante en que no presto atención, el pensamiento asume el mando y crea la imagen.**

**Pregunta:** Para que termine la formación de imágenes, ¿también debe cesar el pensamiento? ¿Lo uno implica necesariamente lo otro? El final de la formación de imágenes, ¿es realmente la base sobre la cual uno puede empezar a descubrir qué son el amor y la verdad? ¿O ese final es la esencia misma de la verdad y el amor?

**Krishnamurti:** Vivimos a base de imágenes creadas por la mente, por el pensamiento. Continuamente agregamos y quitamos imágenes. Usted tiene su propia imagen acerca de sí mismo; si uno es un escritor, tiene una imagen de sí mismo como escritor, si es marido o esposa, cada cual ha creado una imagen de sí mismo, o de sí misma. Esto empieza desde la infancia, a causa de la comparación, de la sugestión, cuando a uno le dicen que no es tan bueno como el otro chico, o que debe hacer tal cosa, o que no debe hacerla; así, gradualmente, este proceso se acumula. Y en nuestras relaciones, personales o de otro tipo, siempre hay una imagen. Mientras la imagen exista, es inevitable que uno sea lastimado, golpeado u ofendido. Y esta imagen impide por completo que haya una relación verdadera con el otro.

Ahora bien, el interlocutor pregunta: ¿Puede esto terminar alguna vez, o es algo con lo que tenemos que vivir perpetuamente? Y también pregunta: En la terminación misma de esa imagen, ¿llega a su fin

el pensamiento? ¿Están ambas cosas, la imagen y el pensamiento, relacionadas entre sí? Cuando cesa el mecanismo por el que se forma la imagen, ¿es eso la esencia misma del amor y la verdad?

¿Alguna vez ha terminado usted de veras con una imagen, haciéndolo espontáneamente, fácilmente, sin ninguna compulsión, sin ningún motivo? No diciendo: «Debo terminar con la imagen que tengo de mí mismo, así no seré lastimado». Tome una imagen y examínela; al hacerlo descubre todo el movimiento de la formación de imágenes. En esa imagen comienza a descubrir que hay temor, ansiedad, una sensación de aislamiento; y si siente temor, dice: «Es mucho mejor quedarme en algo que conozco y no en algo que no conozco». Pero si lo examina a fondo y con total seriedad investiga quién o qué es el hacedor de la imagen, no de una imagen en particular sino de toda la formación de imágenes; ¿es el pensamiento? ¿Es ésa la respuesta, la reacción natural para protegerse uno mismo física y psicológicamente? Uno puede entender que haya una respuesta natural a la protección física: cómo tener alimento, ropas, un lugar donde vivir, cómo evitar ser atropellado por un ómnibus, etc. Ésa es una respuesta natural, sana, inteligente. En ello no hay imagen; pero psicológicamente, internamente hemos creado esta imagen que es la consecuencia de una serie de incidentes, accidentes, ofensas, enojos.

¿Es esta formación psicológica de imágenes el movimiento del pensar? Sabemos que el pensamiento no interviene, quizá para nada, en la reacción física auto-protectora. Pero la formación psicológica de las imágenes es el resultado de la constante falta de atención, falta que es la esencia misma del pensamiento. El pensamiento es, en sí mismo, desatento. La atención no tiene un centro, no tiene un punto desde el cual ir a otro punto, como ocurre en la concentración. Cuando hay atención completa, no hay movimiento del pensar. Sólo en la mente que no está atenta surge el pensamiento.

El pensamiento es materia; el pensamiento es el resultado de la memoria; la memoria es el resultado de la experiencia, la cual debe ser siempre limitada, parcial. La memoria, el conocimiento, nunca pueden ser completos, siempre son parciales; por tanto, en ellos no hay atención.

Así pues, cuando hay atención no hay formación de imágenes, no hay conflicto; eso es un hecho, véalo. Si cuando usted me insulta o me adula, estoy completamente atento, entonces ese insulto o esa adulación nada significan. Pero en el instante en que no presto atención, el pensamiento, que en sí mismo es desatento, toma la dirección y crea la imagen.

El interlocutor también pregunta: El final de la formación de imágenes, ¿es la esencia de la verdad y el amor? De ningún modo. ¿Es amor el deseo? ¿Es amor el placer? Casi toda nuestra vida tiende al placer en diferentes formas, y cuando tiene lugar ese movimiento de placer, de sexo, etc., a eso lo llamamos amor. ¿Puede haber amor cuando hay conflicto, cuando la mente está debilitada por problemas, el problema de Dios, el problema de la meditación, los problemas entre el hombre y la mujer? Cuando la mente vive sumergida en problemas, como lo está la mayoría de nuestras mentes, ¿puede haber amor?

¿Puede haber amor cuando hay un gran sufrimiento, ya sea fisiológico o psicológico? ¿Es la verdad una cuestión de conclusiones, de opiniones, un asunto de filósofos, de teólogos, de esas personas que creen tan profundamente en dogmas y rituales, que son toda hechura del hombre? ¿Puede una mente tan condicionada saber qué es la verdad? La verdad puede manifestarse tan sólo cuando la mente está por completo libre de toda esta mezcolanza. Los filósofos y otros nunca miran sus propias vidas, se

pierden en algún mundo metafísico o psicológico acerca del cual se ponen a escribir y publicar, y llegan a ser famosos. La verdad es algo que exige una extraordinaria claridad de la mente; requiere una mente en absoluto libre de problemas físicos o psicológicos, una mente que no conozca el conflicto. Aún el recuerdo del conflicto tiene que terminar. Con la carga de los recuerdos no podemos dar con la verdad; es imposible. La verdad sólo puede manifestarse a una mente libre, asombrosamente libre de todo lo que haya sido hecho por el hombre.

Para mí, ésas no son palabras, ¿comprende? Si no fuera algo real, no hablaría de ello porque sería deshonesto para conmigo mismo. Si no se tratara de un hecho, yo sería entonces un terrible hipócrita. Esto requiere una integridad tremenda.

PREGUNTAS Y RESPUESTAS
Ojai, California, 13 de mayo de 1980

## 3. LA COMPRENSIÓN DEL PLACER Y EL DESEO

**Buscamos el placer y deseamos que toda relación se base en él.**

Uno tiene que comprender la relación, porque ésa es la vida. No podemos existir sin relación de alguna clase. Uno no puede apartarse en el aislamiento, construir un muro a su alrededor como hace la mayoría, porque ese acto de vivir en una protegida, segura, aislada condición de resistencia, sólo engendra más confusión, más problemas, más desdicha. Si uno observa la vida, ve que es un movimiento en acción, un movimiento en relación, y ése es todo nuestro problema: cómo vivir en este mundo donde la relación es la base misma de toda existencia; cómo vivir en este mundo de modo tal que la relación no se vuelva monótona, opaca, desagradable y reiterativa.

Nuestras mentes se ajustan por completo al patrón del placer, y la vida no es mero placer, obviamente. Pero nosotros deseamos placer. Eso es lo único que de veras buscamos honda y secretamente en lo interno. Procuramos obtener placer de todas las cosas, y el placer, si uno lo observa, no sólo aísla y confunde a la mente, sino que también crea valores que no son genuinos ni reales. Por tanto, el placer engendra ilusión. Una mente que busca el placer, como casi todos lo hacemos, no sólo se aísla sino que, invariablemente, tiene que hallarse en un estado de contradicción en todas sus relaciones, ya sea en su relación con las ideas, con las personas o con la propiedad; por fuerza tiene que vivir siempre en conflicto. Ésa es, entonces, una de las cosas que hemos de comprender: que nuestra búsqueda en la vida es, fundamentalmente, la exigencia, el impulso, el anhelo de placer.

Ahora bien, esto es muy difícil de comprender, ya que uno se pregunta por qué no debería tener placer. Vemos una hermosa puesta del Sol, un bello árbol, un río con su movimiento amplio y curvo, un rostro precioso... y mirar eso nos deleita, nos da un gran placer. ¿Qué hay de malo en ello? Me parece que la confusión y la desdicha empiezan cuando ese rostro, ese río, esa nube, esa montaña se convierten en un recuerdo, y este recuerdo exige, entonces, una mayor continuidad del placer: deseamos que esas cosas se repitan. Todos conocemos esto. He sentido cierto placer, o usted ha experimentado cierto deleite en algo, y queremos que eso se repita. Ya sea un placer sexual, artístico, intelectual o de otra índole, queremos que se repita; y aquí es donde creo que el placer empieza a nublar la mente y crea valores que son falsos, irreales.

Lo que importa es comprender el placer, no tratar de librarse de él, lo cual es demasiado tonto. Nadie puede librarse del placer. Pero es esencial comprender la naturaleza y estructura del placer, porque si la vida es tan sólo placer y si eso es lo que uno desea, entonces con el placer vienen la desdicha, la confusión, las ilusiones y los valores falsos que creamos; por tanto, no hay claridad. Es un hecho simple: tanto psicológica como biológicamente buscamos placer y queremos que toda relación se base en él; por esto, cuando la relación no es placentera hay una contradicción, y entonces comienzan el conflicto, la infelicidad, la contusión y la angustia.

Obras completas, volumen XV
París, 23 de mayo de 1965

**El placer es la continuación y el cultivo que el pensamiento hace de una percepción.**

¿Cuál es la importancia y el significado del placer que cada ser humano busca y persigue a cualquier costo? ¿Qué es el placer? Está el placer que se deriva de las posesiones, el placer que proviene de una capacidad o del talento, el placer que experimentamos al dominar a otro, el placer de tener un poder tremendo, ya sea político, religioso o económico, el placer del sexo, el placer del gran sentimiento de libertad que da la posesión del dinero. Hay múltiples formas de placer. En el placer hay disfrute, y más adelante hay éxtasis: uno encuentra deleite en algo y aparece la sensación de éxtasis. El "éxtasis" implica estar más allá de sí mismo; no existe un "yo" que lo disfrute. El "yo", o sea, el ego, la personalidad, ha desaparecido por completo; sólo existe ese sentimiento de hallarse fuera de uno mismo. Eso es el éxtasis. Pero ese éxtasis no tiene absolutamente nada que ver con el placer.

Uno encuentra deleite en algo, el deleite que surge naturalmente cuando contemplamos algo muy bello. En ese instante, en ese segundo no hay placer ni disfrute, sólo existe el sentido de observación. En esa observación está ausente el «yo». Cuando miramos una montaña con su cumbre nevada, con sus valles, su inmensidad y magnificencia, ello aleja todo pensamiento. Allí está esa grandeza frente a nosotros, y hay deleite. Después viene el pensamiento y registra como recuerdo lo maravillosa y encantadora que fue esa experiencia. Entonces, ese registro, ese recuerdo es cultivado, y ese cultivo se convierte en placer. Cada vez que el pensamiento interfiere con el sentido de la belleza, con el sentido de la inmensidad de algo –un fragmento de poesía, una cortina de lluvia, un árbol solitario en medio del campo–, se produce un registro. Pero lo importante es ver eso y no registrarlo. En el momento en que lo registramos, en que registramos la belleza de ello, ese registro mismo pone en acción el pensamiento; después surge el deseo de perseguir esa belleza, deseo que se convierte en la persecución del placer. Vemos a una mujer hermosa, o a un hombre; instantáneamente ello se registra en el cerebro. Entonces, ese registro mismo pone en movimiento el pensar y deseamos estar en compañía de ella o de él... y todo lo que sigue. El placer es la continuación y el cultivo de la percepción por medio del pensamiento. Uno ha tenido una experiencia sexual la noche anterior, o hace dos semanas; la recuerda y desea que se repita, lo cual constituye la exigencia de placer.

¿Es posible registrar tan sólo las cosas que son absolutamente necesarias? Las cosas necesarias son el conocimiento de cómo manejar un automóvil, cómo hablar un idioma, el conocimiento tecnológico, el conocimiento de la lectura, de la escritura y demás. Pero en nuestras relaciones humanas, las que hay, por ejemplo, entre el hombre y la mujer, cada incidente de esa relación se registra. ¿Qué ocurre? La mujer se irrita, sermonea, o es amigable, bondadosa..., o dice algo desagradable justo antes de que el hombre salga para la oficina; entonces, a causa de esto y mediante el registro, él se forma una imagen de ella y ella se forma una imagen de él; esto es un hecho. En las relaciones humanas, entre el hombre y la mujer, entre vecinos, y así sucesivamente, existe el constante registro y la elaboración de imágenes. Pero cuando el marido o la esposa dicen algo desagradable para el otro, si éste escucha cuidadosamente, termina con ello, no le da continuidad; entonces encontrará que no hay formación de imágenes en absoluto. Si no hay formación de imágenes entre un hombre y una mujer, la relación es por completo diferente; ya no es más la relación de un pensamiento opuesto a otro pensamiento; a esto último se le llama relación, pero en realidad no lo es; se trata tan sólo de ideas.

El placer sigue al registro de un incidente, debido a la continuación que a éste le da el pensamiento. El pensamiento es la raíz del placer. Si, al ver algo hermoso, uno no tuviera pensamientos, la cosa quedaría en eso. Pero el pensamiento dice: «No, yo debo poseer eso.»; desde ahí fluye todo el movimiento del pensar.

¿Cuál es la relación del placer con el júbilo? El júbilo llega a uno sin que lo inviten; ocurre. Uno va caminando por una calle, o está sentado en un autobús, o pasea por el bosque viendo las flores, las colinas, las nubes y el cielo azul, y de pronto surge el sentimiento extraordinario de un júbilo inmenso; después viene el registro, el pensamiento dice: «¡Qué maravilloso fue eso; debo tener más!». Así, el júbilo es convertido otra vez en placer por el pensamiento. Esto es ver las cosas como son, no como quisiéramos que fueran; es verlas exactamente, sin distorsión alguna, es ver lo que de hecho ocurre.

¿Qué es el amor? ¿Es placer, o sea, la continuación de un incidente mediante el movimiento del pensar? ¿Es amor el recuerdo? Ha sucedido una cosa; ¿es vivir en el recuerdo de eso, sentir el recuerdo de algo que ha pasado, resucitarlo con el pensamiento y decir: «¡Qué maravilloso fue cuando estuvimos juntos bajo aquel árbol; eso era amor!»? Todo eso es el recuerdo de una cosa que ya no existe. ¿Es amor eso? ¿Es amor el placer del sexo, en el cual hay ternura, afabilidad y demás? ¿Es amor eso? No es cuestión de que se limiten a decir que sí o que no.

Estamos poniendo en duda todo lo que el hombre ha producido y de lo cual afirma: «Esto es amor». Si el amor es placer, entonces pone el acento en el recuerdo de cosas pasadas y, por tanto, da lugar a la importancia del "yo", del "mí": mi placer, mi excitación, mis recuerdos. ¿Es amor eso? Y el deseo, ¿es amor? ¿Qué es el deseo? Uno desea un automóvil, desea una casa, desea distinción, posición, poder. Hay infinidad de cosas que uno desea: ser tan atractivo como otro, ser tan inteligente, tan ingenioso, tan elegante como él... ¿Trae claridad el deseo?
La cosa a la que llamamos amor se basa en el deseo: deseo de dormir con una mujer –o la mujer con un hombre–, deseo de poseerla, de dominarla, de controlarla: «¡Ella es mía, no suya!». ¿Hay amor en el placer que se deriva de esa posesión, de ese dominio? El hombre domina el mundo y ahora la mujer está luchando contra esa dominación.

¿Qué es el deseo? ¿Produce claridad el deseo? ¿Florece en su campo la compasión? Si el deseo no trae claridad y si no es el campo donde florecen la belleza y la inmensidad de la compasión, entonces, ¿qué lugar ocupa el deseo? ¿Cómo surge el deseo? Uno ve una mujer hermosa; la ve. Está la percepción, el ver, luego el contacto, después la sensación; y entonces el pensamiento se hace cargo de la sensación, y eso se convierte en la imagen con su deseo. Uno ve un hermoso jarrón, una bella escultura –del antiguo Egipto o griega–, y la mira, la toca; ve la profundidad de esa obra escultórica que representa una figura sentada con las piernas cruzadas. Ello genera una sensación: «¡Qué maravilla!», y de esa sensación nace el deseo: «Quisiera tenerla en mi habitación, mirarla, tocarla todos los días» –el orgullo de la posesión, de tener algo tan maravilloso–. Eso es el deseo: visión, contacto, sensación; y después el pensamiento utiliza esa sensación para cultivar el deseo de poseer, o de no poseer.

Ahora viene la dificultad; dándose cuenta de esto, las personas religiosas han dicho: «Toma votos de celibato, no mires a una mujer; si la miras, trátala como si fuera tu hermana o tu madre, como prefieras, porque tú estás al servicio de Dios y necesitas de toda tu energía para servirle. Al servicio de Dios tendrás grandes tribulaciones; por tanto, debes estar preparado, no malgastes tu energía». Pero la cosa hierve, y nosotros tratamos de comprender ese deseo que bulle constantemente anhelando realizarse, completarse.

El deseo surge del movimiento visión/contacto/sensación/ pensamiento e imagen/deseo. Ahora nosotros decimos: la visión, el contacto, la sensación..., eso es normal, sano; pónganle fin ahí, no permitan que el pensamiento asuma el mando y convierta la sensación en deseo. Comprendan esto y entonces también comprenderán que no debe haber represión del deseo. Ven una casa hermosa, bien proporcionada, con bellas ventanas, un tejado que se funde con el cielo, gruesos muros que son parte de la Tierra, un jardín encantador y bien cuidado. Miran la casa, hay una sensación; la tocan –puede que no la toquen de hecho, pero la tocan con los ojos–, aspiran el aroma del aire, de la hierba, del césped recién cortado. ¿No pueden terminar con eso ahí? Terminarlo ahí, y decir: «Es una casa hermosa», pero sin que haya registro ni pensamiento alguno que diga: «Anhelo tener esa casa», lo cual es deseo y la continuación del deseo. Esto puede hacerlo muy fácilmente; quiero decir, fácilmente si comprenden la naturaleza del pensamiento y del deseo.

LA TOTALIDAD DE LA VIDA

El deseo es energía, y eso tiene que comprenderse; no es posible limitarse a reprimir el deseo o hacer que se ajuste. Cualquier esfuerzo para coartar o disciplinar el deseo contribuye a la existencia del conflicto, el cual trae consigo insensibilidad. Todos los recursos intrincados del deseo deben ser conocidos y entendidos. No se nos puede enseñar ni podemos aprender los recursos del deseo. Comprender el deseo es estar alerta, sin preferencia alguna, a sus movimientos. Si uno destruye el deseo, destruye tanto la sensibilidad como la intensidad que es esencial para que la verdad pueda ser comprendida.

COMENTARIOS SOBRE EL VIVIR, TERCERA SERIE

**¿Cuál es el origen del deseo?**

Cuando decimos que amamos a alguien, en ese amor hay deseo, están las placenteras proyecciones de las diversas actividades del pensamiento. Uno tiene que averiguar si el amor es deseo, si el amor es placer, si en el amor hay miedo; porque donde hay miedo tiene que haber odio, celos, ansiedad, deseo de poseer, de dominar. En la relación hay belleza, y todo el cosmos es un movimiento de relación. Cosmos es orden, y cuando uno tiene orden en lo interno, tiene orden en sus relaciones, y entonces es posible que haya orden en nuestra sociedad. Si investigamos la naturaleza de la relación, encontramos que es absolutamente necesario tener orden; desde ese orden adviene el amor.

¿Qué es la belleza? En esta mañana pura, ustedes ven la nieve fresca en las montañas, una visión encantadora. Ven aquellos árboles solitarios que se destacan negros contra esa blancura. Al mirar el mundo que los rodea, ven la maravillosa maquinaria, la extraordinaria computadora con su especial belleza; ven la belleza de un rostro, la belleza de una pintura, de un poema..., ustedes reconocen, al parecer, la belleza exterior. En los museos o cuando asisten a un concierto y escuchan a Beethoven o a Mozart, existe ahí una gran belleza, pero está siempre fuera de ustedes mismos. En los cerros, en los valles con sus aguas que corren, en el vuelo de las aves y en el canto de un mirlo en el amanecer, hay belleza. Pero ¿está la belleza únicamente allí fuera? ¿O la belleza es algo que existe sólo cuando el "yo" está ausente?

Cuando en una mañana soleada miramos aquellas montañas que resplandecen contra el cielo azul, esa majestad misma desaloja por un momento todos los recuerdos que hemos acumulado acerca de

nosotros. Ahí, la belleza y la magnificencia externa, la majestad y la fuerza de las montañas barren, aunque sólo sea por un segundo, todos nuestros problemas. Nos hemos olvidado de nosotros mismos. La belleza existe cuando el "nosotros" está por completo ausente. Pero no estamos libres del "nosotros"; somos seres egoístas que sólo se interesan en sí mismos, en la importancia de sus propios problemas personales, en sus angustias y pesares, en su soledad. A causa de ese desesperado sentimiento de soledad deseamos identificarnos con una cosa u otra, y nos apegamos a una idea, a una creencia, a una persona; especialmente a una persona. En la dependencia surgen todos nuestros problemas. Donde hay dependencia psicológica, comienza el temor. Cuando estamos atados a algo, se inicia el proceso de corrupción.

El deseo es el más apremiante y vital impulso de nuestra vida. Nos referimos al deseo mismo, no al deseo por una cosa en particular. Todas las religiones han dicho que si uno quiere servir a Dios, debe subyugar el deseo, debe destruirlo, controlarlo. Han dicho: Sustituyan el deseo, sustitúyanlo por una imagen. La imagen, creada por el pensamiento, es la imagen que poseen los cristianos, la que poseen los hindúes, etc. Sustituyan lo real por una imagen. Lo real es el deseo –el deseo que arde–, y las religiones piensan que uno puede dominar ese deseo reemplazándolo por alguna otra cosa. O que puede hacerlo entregándose a aquel que uno piensa que es el maestro, el salvador, el gurú, lo cual es otra vez la actividad del pensamiento. Éste ha sido el patrón de todo el pensar religioso. Uno ha de comprender todo el movimiento del deseo porque, obviamente, el deseo no es amor ni es compasión. Y sin amor, sin compasión, la meditación no tiene ningún sentido. El amor y la compasión poseen su inteligencia propia, la cual no es la inteligencia del ingenioso pensamiento.

Por tanto, es fundamental comprender la naturaleza del deseo; comprender por qué el deseo ha jugado un papel tan notablemente importante en nuestra vida, comprender cómo deforma la claridad, cómo impide la extraordinaria calidad del amor. Es esencial que lo comprendamos, sin reprimirlo, sin tratar de controlarlo o dirigirlo en una dirección particular que, según pensamos, podrá darnos la paz.

Por favor, tengan bien presente que quien les habla no trata de impresionarlos o de guiarlos y ayudarlos, sino que juntos estamos recorriendo un sendero muy sutil y complejo. Tenemos que escucharnos el uno al otro para descubrir la verdad acerca del deseo. Cuando uno comprende la importancia, el significado, la plenitud y verdad del deseo, entonces el deseo tiene un valor o un empuje por completo diferente en nuestra vida.

Cuando uno observa el deseo, ¿lo observa como un espectador externo que mirara al deseo? ¿O lo observa a medida que el deseo surge? No el deseo como algo separado de uno mismo, porque uno es el deseo. ¿Alcanzan a ver la diferencia? O bien uno observa el deseo como cuando ve en la vidriera del comercio algo que le gusta y desea comprarlo, de modo que el objeto es diferente del "yo" que lo desea, o el deseo es el "yo", y entonces hay una percepción del deseo sin el observador que observa al deseo.
Uno puede mirar un árbol. "Árbol" es la palabra por la cual uno reconoce eso que se levanta en medio del campo. Pero uno sabe que la palabra "árbol" no es el árbol. Del mismo modo, la esposa de uno no es la palabra, pero uno ha hecho que la palabra sea la esposa. No sé si ven todas las sutilezas de esto. Debemos entender claramente, desde el principio, que la palabra no es la cosa. La palabra "deseo" no es el sentimiento de deseo, el sentimiento extraordinario que hay detrás de esa reacción. Por tanto, debemos estar muy alerta para no quedar presos en la palabra. El cerebro también debe estar lo suficientemente activo como para ver que el objeto puede dar origen al deseo –deseo que no está

separado del objeto–. ¿Nos damos cuenta de que la palabra no es la cosa y de que el deseo no está separado del observador que observa al deseo? ¿Nos damos cuenta de que el objeto puede dar origen al deseo, pero que el deseo es independiente del objeto?

¿Cómo florece el deseo? ¿Por qué detrás de él existe una energía tan extraordinaria? Si no comprendemos a fondo la naturaleza del deseo, estaremos siempre en conflicto los unos con los otros. Uno puede desear una cosa, la esposa de uno puede desear otra y los hijos pueden desear algo diferente. Y así estamos siempre disputando entre nosotros. Y a esta batalla, a esta lucha la llamamos amor, relación.

Nos preguntamos, pues: ¿Cuál es el origen del deseo? En esto debemos ser muy veraces, muy íntegros, porque el deseo es extremadamente engañoso y sutil, a menos que comprendamos cuáles son sus raíces. Para todos nosotros son importantes las respuestas sensorias: vista, tacto, gusto, olfato, oído. Y una respuesta sensoria en particular puede ser para algunos más importante que las otras respuestas. Si somos artistas, vemos las cosas de un modo especial. Si uno se ha adiestrado como ingeniero, entonces las respuestas sensorias son diferentes. Por tanto, nunca observamos de manera total, con todas las respuestas sensorias. Cada uno responde en cierto modo específicamente, dividido. ¿Es posible responder de manera completa, con la totalidad de nuestros sentidos? Vean la importancia de esto. Si uno responde totalmente, con todos sus sentidos, tiene lugar la eliminación del observador centralizado. Pero cuando uno responde de un modo específico a una cosa determinada, entonces comienza la división. Cuando dejen esta carpa, cuando contemplen la corriente de un río, la luz que centellea en sus rápidas aguas, averigüen si pueden mirar eso con todos sus sentidos. No me pregunten cómo se hace, porque en tal caso ello se vuelve mecánico. Antes bien, edúquense a sí mismos en la comprensión de la respuesta sensoria total.

Cuando vemos algo, el ver origina una respuesta. Vemos una camisa verde, o un vestido verde, y el acto de ver despierta la respuesta. Entonces se produce el contacto. Luego, a causa del contacto, el pensamiento crea la imagen de uno con esa camisa o ese vestido, y entonces surge el deseo. O uno ve un automóvil detenido en el camino; tiene hermosas formas, un pulido perfecto, y detrás de ello se percibe muchísimo poder. Entonces uno camina alrededor del auto, examina el motor... El pensamiento crea la imagen de uno mismo que entra en el automóvil, enciende el motor y, poniendo los pies en los pedales, lo maneja. Así es como comienza el deseo; el origen del deseo es el pensamiento que crea la imagen; hasta llegar a ese punto, no hay deseo. Están las respuestas sensorias, que son normales, pero luego el pensamiento crea la imagen y desde ese instante se pone en marcha el deseo.

Ahora bien, ¿es posible que no surja el pensamiento creando la imagen? Esto es aprender acerca del deseo, lo cual es, en sí mismo, disciplina. Disciplina es el aprender acerca del deseo, no el controlarlo. Si aprendemos verdaderamente acerca de algo, ello se ha terminado. Pero si decimos que debemos controlar el deseo, nos encontramos en un terreno por completo diferente. Cuando ustedes capten la totalidad de este movimiento, descubrirán que el pensamiento con su imagen habrá dejado de interferir. Tan sólo verán, experimentarán la sensación; ¿qué hay de malo en ello?

LA MADEJA DEL PENSAMIENTO
Saanen, Suiza, 1 de julio de 1981

**No se trata de que no tengan deseos, sino sólo de que la mente sea capaz de mirar sin describir lo que ve.**

Ahora bien, veamos primero qué le ocurre a una mente que siempre se está controlando, que reprime, sublima el deseo. Una mente así, estando ocupada consigo misma, se vuelve insensible. Aunque pueda hablar de sensibilidad, bondad, aunque pueda decir que debemos ser fraternales, que debemos producir un mundo maravilloso y todas esas insensateces de que hablan las personas que reprimen el deseo, una mente semejante es insensible, porque no comprende aquello que ha reprimido. Es esencialmente lo mismo que uno reprima el deseo o que sucumba a él, porque el deseo sigue estando ahí. Podremos reprimir el deseo por una mujer, por un automóvil, por una posición social; pero el propio impulso de no tener estas cosas, impulso que nos hace reprimir el deseo por ellas, es "en sí mismo" una forma de deseo. Estando, pues, atrapado en el deseo, un tiene que comprenderlo y no decir que es bueno o que es malo.

Entonces, ¿qué es el deseo? Ver un árbol balanceándose al viento, es algo hermoso de contemplar; ¿qué hay de malo en eso? ¿Qué hay de malo en observar el movimiento de un pájaro que vuela? ¿Qué hay de malo en mirar un automóvil nuevo construido maravillosamente y perfectamente pulido? ¿Y qué hay de malo en ver a una persona bella, con un rostro simétrico, un rostro que revela sensatez, inteligencia, calidad humana?

Pero el deseo no se detiene ahí. Nuestra percepción no es sólo percepción, sino que con ella viene la sensación. Al aparecer la sensación, queremos tocar, establecer contacto; y entonces surge el deseo de poseer. Uno dice: «Esto es bello; tengo que poseerlo.», y así comienza la agitación del deseo.

Ahora bien, ¿es posible ver, observar, darse cuenta de las cosas bellas y feas de la vida y no decir: «Debo poseer eso», o «No debo poseer eso»? ¿Alguna vez han observado simplemente algo? ¿Comprenden, señores? ¿Han mirado alguna vez a su propia esposa, a sus hijos, a sus amigos, simplemente los han mirado? ¿Alguna vez han mirado una flor sin llamarla «rosa» o lo que fuere, sin querer ponerla en el ojal o llevarla a su casa y regalarla a alguien? Si son capaces de observar así, sin todos los valores que la mente atribuye a las cosas, entonces descubrirán que el deseo no es algo tan monstruoso. Pueden mirar un automóvil, ver su belleza, y no quedar presos en el desorden o la contradicción del deseo. Pero eso requiere una intensidad inmensa de observación, no una mera mirada casual. No se trata de que no tengan deseos, sino sólo de que la mente sea capaz de mirar sin describir lo que ve. Se trata de poder mirar la Luna sin decir inmediatamente: «Esa es la Luna; ¡qué hermosa se ve!», mirar de tal modo que no se entrometa el parloteo de la mente. Si pueden hacerlo, descubrirán que la intensidad de observación, de sentimiento, de verdadero afecto, de amor, tiene su propia acción que no es la acción contradictoria del deseo.

Experimenten con esto y verán qué difícil es para la mente observar sin parlotear respecto de lo que observa. No obstante, la naturaleza del amor es ésa, ¿verdad? ¿Cómo podemos amar si nuestra mente jamás está en silencio, si siempre estamos pensando en nosotros mismos? Amar a alguien con todo nuestro ser, con mente, cuerpo y corazón, requiere de una gran intensidad; y cuando el amor es

intenso, el deseo pronto desaparece. Pero casi ninguno de nosotros tiene jamás esta intensidad en relación con nada excepto consciente o inconscientemente con su propio provecho personal. Jamás tenemos un sentimiento por algo sin buscar obtener de alguna otra cosa. Pero sólo la mente que tiene esta inmensa energía es capaz de seguir el movimiento veloz de la verdad. La verdad no es estática, es más rápida que el pensamiento, y la mente no puede concebirla. Para comprender la verdad, tiene que existir esta energía inmensa que no puede ser conservada ni cultivada. Esta energía no adviene mediante la negación propia, mediante la represión. Por el contrario, exige completa entrega de uno mismo, y uno no puede entregarse a sí mismo, o entregar todo lo que posee, si meramente desea un resultado.

Es posible vivir sin envidia en este mundo que se basa en la envidia, la codicia y la persecución del poder, de la posición, pero ello requiere una intensidad extraordinaria, claridad de pensamiento, de comprensión. Uno no puede librarse de la envidia sin comprenderse a sí mismo; de modo que el comienzo está aquí, no en alguna otra parte. A menos que uno comience consigo mismo, haga lo que haga jamás dará con la terminación del dolor.

OBRAS COMPLETAS, volumen X
Bombay, 16 de febrero de 1957

**Uno no puede estar atento al deseo si lo condena.**

Es indispensable, pues, comprender el deseo. Uno ha de "comprender el deseo", no "vivir sin deseo". Si ustedes matan el deseo, están paralizados. Cuando contemplan esa puesta del Sol que tienen frente a ustedes, el solo contemplarla es un deleite, si es que son algo sensibles. Ese deleite también es deseo. Y si no pueden deleitarse contemplando esa puesta del Sol, no son sensibles. Si no pueden deleitarse viendo a un hombre rico en un gran automóvil –no porque lo deseen, sino simplemente porque les deleita ver a un hombre en un automóvil grande–, o si no pueden ver a un hombre pobre, desaseado, sucio, ignorante, desesperado, y sentir una enorme piedad, afecto, amor, no son sensibles. ¿Cómo pueden, entonces, dar con la realidad si no tienen esta sensibilidad y este sentimiento?

Tienen, pues, que comprender el deseo. Y para comprender cada impulso del deseo, deben tener espacio, no tratar de llenar el espacio con sus propios pensamientos o recuerdos, o pensando cómo satisfacer ese deseo o cómo destruirlo. Entonces, gracias a esa comprensión, llega el amor. Muy pocos de nosotros conocemos el amor; no sabemos lo que significa. Conocemos el placer, conocemos el dolor. Conocemos la inconsistencia del placer y, probablemente, el dolor constante. Y conocemos el placer del sexo y el placer de alcanzar fama, posición, prestigio, así como el placer de tener un control tremendo sobre el propio cuerpo, como ocurre con los ascetas, de mantener un récord; conocemos todas estas cosas. Estamos hablando perpetuamente de amor, pero no sabemos lo que significa, porque no hemos comprendido el deseo, comprensión que es el principio del amor.

Sin amor no hay moralidad; hay ajuste a un patrón, ya sea un patrón social o el así llamado religioso. Sin amor no hay virtud. El amor es algo espontáneo, vital, verdadero. Y la virtud no es una cosa que pueda engendrarse por medio de una práctica constante; es algo espontáneo, emparentado con el amor. La virtud no es un recuerdo conforme al cual uno funciona como ser humano virtuoso. Si no conocemos el amor, no somos virtuosos. Podemos asistir al templo, llevar una muy respetable vida de familia, practicar las moralidades sociales..., pero no somos virtuosos, porque nuestro corazón está

desierto, vacío, es torpe, estúpido; no somos virtuosos porque no hemos comprendido el deseo. En consecuencia, nuestra vida se convierte en un interminable campo de batalla y el esfuerzo termina siempre en la muerte; termina siempre en la muerte, porque eso es todo lo que conocemos.

Por tanto, un hombre que quiera comprender el deseo tiene que entender, tiene que escuchar cada sugerencia de la mente y del corazón; tiene que prestar atención a cada disposición del ánimo, a cada cambio del pensar y del sentir, tiene que vigilar todo eso; debe volverse sensible, alerta a ello. No podemos estar atentos al deseo si lo condenamos o lo comparamos. Tenemos que cuidar del deseo, porque ello nos dará una comprensión enorme. Y gracias a esa comprensión hay sensibilidad. Entonces somos sensibles no sólo físicamente a la belleza, a la suciedad, a las estrellas, a un rostro sonriente o a las lágrimas, sino también a todos los murmullos y susurros de nuestra mente, a las esperanzas secretas, a los temores ocultos.

De este escuchar y observar surge la pasión, esta pasión que es de la misma naturaleza que el amor. Sólo este estado puede cooperar. Por eso, gracias a esta profundidad de comprensión, a este Observar, la mente llega a ser eficiente, clara, plena de vitalidad, de vigor; sólo una mente así puede viajar muy lejos.

OBRAS COMPLETAS, volumen XIV
Madras, 22 de enero de 1964

**Pregunta:** A uno le parece que ve la estupidez del deseo y se libra de él, pero después el deseo vuelve nuevamente.

**Krishnamurti:** Jamás he dicho que una mente libre no tiene deseos. Después de todo, ¿qué hay de malo en el deseo? El problema empieza cuando el deseo crea conflicto, cuando anhelo ese hermoso automóvil que no puedo poseer. Pero ver el automóvil, la belleza de su forma, el color, la velocidad que puede desarrollar..., ¿qué hay de malo en eso? ¿Es malo ese deseo de reparar en él, de mirarlo? El deseo se vuelve apremiante, compulsivo, cuando deseo poseer esa cosa. Vemos que ser un esclavo de algo, del tabaco, de la bebida, de una forma particular de pensar, implica deseo, y que el esfuerzo para romper con el patrón también implica deseo, y por eso decimos que debemos llegar a un estado donde no haya deseo. ¡Vea cómo moldeamos la vida conforme a nuestra pequeñez! En consecuencia, nuestra vida se vuelve un asunto mediocre, se llena de miedos desconocidos y de rincones oscuros. Pero si comprendemos todo eso de que hemos estado hablando, si lo vemos de verdad, entonces pienso que el deseo tiene un significado por completo diferente.

OBRAS COMPLETAS, volumen XII
Saanen, 1 de agosto de 1961

**Ofrecer resistencia al dolor o perseguir el placer, ambas cosas dan continuidad al deseo.**

No decimos que uno debe estar exento de deseo ni que debe reprimir el deseo, como afirman todos los libros religiosos de ustedes o como dicen todos sus gurús. Por el contrario, vamos a explorar juntos esta cuestión del deseo. Si reprimen el deseo, entonces se están destruyendo a sí mismos, se paralizan,

se vuelven insensibles, torpes, estúpidos, como han hecho todas las personas que se titulan religiosas; a causa de que han reprimido el deseo, se han negado a la belleza, a la sensibilidad. Mientras que, si uno comienza a comprender toda la sutileza del deseo, la naturaleza del deseo, jamás reprimirá el deseo, jamás reprimirá nada. Llegaremos a eso más adelante.

¿Qué es el deseo? El deseo surge cuando vemos a una mujer hermosa, un bello automóvil, un hombre bien vestido o una casa bonita. Hay percepción, sensación a causa del contacto, y entonces aparece el deseo. Veo que usted lleva un hermoso abrigo, lista la percepción, el ver; la atracción –el corte de ese abrigo– y la sensación; y surge el deseo de tener ese abrigo. Esto es muy simple.

Ahora bien, ¿qué da continuidad al deseo? ¿Comprenden? Sé como el deseo surge, eso es bastante simple. ¿Qué le da continuidad? Esta continuidad del deseo es la que lo fortalece, la que convierte en voluntad. ¿Correcto? Debo descubrir, pues, qué da continuidad al deseo. Si puedo descubrir eso, entonces sabré cómo habérmelas con el deseo; jamás lo reprimiré. Y bien, ¿qué es lo que da continuidad al deseo? Veo algo hermoso, atractivo; ha surgido un deseo. Y ahora debo averiguar qué le otorga al deseo la vitalidad, la continuidad de su fuerza. Hay algo que es placentero, que yo siento deseable y le doy continuidad pensando en ello. Uno piensa en el sexo. Ustedes piensan en él y le dan continuidad. O piensan en el dolor, en la desdicha que experimentaron ayer; y así también dan continuidad a eso. Por tanto, el surgimiento del deseo es natural, inevitable; deben reaccionar al deseo, deben reaccionar; de lo contrario, son una entidad muerta. Pero lo importante es ver, descubrir por uno mismo cuándo hay que dar continuidad al deseo y cuándo no.

Por tanto, tienen que comprender la estructura del pensamiento, el cual influye sobre el deseo, lo controla, lo moldea y le otorga continuidad. ¿Correcto? Eso está claro. El pensamiento funciona conforme a la memoria, etc.; no vamos a examinar eso. Sólo estamos señalando cómo el deseo se fortalece cuando se piensa constantemente en él y se le da una continuidad, la cual se convierte en la voluntad del deseo. Y funcionamos con esa voluntad. Y esa voluntad se basa en el placer y el dolor. Si algo es placentero, quiero más de ello; si es doloroso, lo resisto.

Así pues, ofrecer resistencia al dolor o perseguir el placer, ambas cosas dan continuidad al deseo. Y cuando comprendo esto, jamás existe un problema de represión del deseo, porque cuando uno reprime el deseo, ello genera inevitablemente otros conflictos, como en el caso de reprimir una enfermedad. Uno no puede reprimir una enfermedad; tiene que ponerla de manifiesto, examinarla, hacer toda clase de cosas. Pero si la reprime, si la sofoca, ella ganará en potencia, se fortalecerá y más tarde va a atacarlo. De igual modo, cuando usted comprende toda la naturaleza del deseo y qué es lo que le da continuidad, jamás, bajo ninguna circunstancia, reprimirá el deseo. Pero eso no quiere decir que haya de abandonarse al deseo. Porque tan pronto se abandona al deseo, ello trae su propio placer y su propio dolor, y usted está de vuelta en el círculo vicioso.

OBRAS COMPLETAS, volumen XV
Bombay, 14 de febrero de 1965

Vemos cómo surge el deseo, lo cual es sumamente simple. Y entonces tenemos que averiguar qué es lo que da continuidad al deseo. Ése es, en verdad, el problema importante, no cómo surge el deseo. Sabemos cómo surge. Veo algo bello, lo deseo. Veo algo desagradable, doloroso, y eso me trae a la memoria toda clase de cosas: lo aparto de mí. Nos damos cuenta del surgimiento del deseo, pero

jamás hemos investigado –al menos la mayoría de nosotros no lo ha hecho– la cuestión de qué es lo que da continuidad al deseo y qué es lo que genera contradicción en esa continuidad. Si no hubiera contradicción, que es la batalla entre lo bueno y lo malo, entre el dolor y el placer, entre la realización y la frustración, si no existieran esta contradicción y esta continuidad en el deseo, si hubiera comprensión de eso, entonces el deseo tendría un significado por completo diferente. Se volvería como la llama, tendría una cualidad de urgencia, de belleza, de respuesta extraordinaria…, no sería una cosa para ser temida, destruida, sofocada, negada.

OBRAS COMPLETAS, volumen XV
Madras, 23 de diciembre de 1964

**El hombre que ha reprimido sus sentidos y se ha vuelto insensible, no sabe qué es el amor.**

**Pregunta:** Todas las religiones enseñan la necesidad de refrenar los sentidos. ¿Son los sentidos un obstáculo para el descubrimiento de la verdad?

**Krishnamurti:** Averigüemos la verdad en esta cuestión y no confiemos en lo que han dicho los diversos maestros y libros o lo que ha implantado en su mente el gurú local.

Conocemos la extraordinaria sensibilidad de los sentidos: el sentido del tacto, del oído, de la vista, del gusto y del olfato. Para ver de manera completa una flor, para percibir su color, su delicado perfume y su belleza, debemos tener sentidos. La dificultad comienza cuando vemos a una mujer o a un hombre atractivos, o un hermoso automóvil, porque entonces interviene el deseo. Vayamos despacio.

Veo un hermoso automóvil. Hay percepción o visión, sensación, contacto, y finalmente deseo. Así es como nace el deseo. Entonces el deseo dice: «Sería maravilloso poseer ese automóvil; debo tenerlo.», de modo que gastamos nuestra energía y nuestra vida en obtener dinero para comprar el automóvil. Pero la religión dice: «Es muy malo, es maligno ser mundano. Tus sentidos descarriarán, debes subyugarlos, controlarlos. No mires a una mujer, disciplínate, sublima tu deseo.». Así que uno comienza a refrenar sus sentidos, lo cual implica cultivar la insensibilidad. O, al ver en torno de nosotros, la fealdad, la suciedad, toda la escualidez y la miseria, desechamos eso y decimos: «Es el mal; debo encontrar a Dios, la Verdad.». Por una parte, estamos reprimiendo, tornando insensibles los sentidos, y por la otra, tratamos de ser sensibles para Dios; de este modo, todo nuestro ser se vuelve insensible. ¿Comprenden, señores? Si uno reprime el deseo en cualquier forma, es obvio que su mente se vuelve insensible, aun cuando uno pueda estar buscando a Dios,

El problema, pues, es comprender el deseo y no ser un esclavo de él, lo cual implica ser totalmente sensibles, con nuestro cuerpo, nuestra mente y nuestro corazón, sensibles a la belleza y a la fealdad, al cielo, a las flores, a los pájaros en vuelo, al crepúsculo sobre las aguas, a los rostros que nos rodean, a la hipocresía, a la falsedad de nuestras propias ilusiones. Lo que importa es ser sensibles a todo eso y no cultivar tan sólo la sensibilidad respecto la verdad y la belleza mientras negamos todo lo demás. La negación misma de todo lo demás es lo que da origen a la insensibilidad.

Si lo consideran, verán que reprimir los sentidos, tornarlos insensibles a lo que es tempestuoso, contradictorio, conflictivo, doloroso, como insisten en aconsejar todos los swamis, yoguis y las religiones, es negar toda la profundidad, belleza y gloria de la existencia. Para comprender la verdad,

ustedes deben tener sensibilidad completa. ¿Entienden, señores? La realidad exige la total entrega de nuestro ser: deben llegar a ella con su cuerpo, su mente y su corazón, como seres humanos totales, no con una mente paralizada e insensibilizada por la disciplina. Entonces descubrirán que no necesitan temer a los sentidos, porque sabrán cómo habérselas con ellos y ellos no los descarriarán. Comprenderán los sentidos, los amarán, verán todo su significado, y entonces ya no se torturarán más con la represión, con el control. ¿No ven eso, señores?

El amor no es amor divino o amor de esposos o amor de hermanos..., ya conocen todos los rótulos. El amor es simplemente amor, sin que nosotros le asignemos un significado particular. Cuando usted ame una flor con todo su ser, lo cual no es limitarse a decir: «¡qué hermosa!" y pasar de largo, o cuando ame plenamente a un ser humano, con cuerpo, mente y corazón, descubrirá que en ello no hay deseo y, por tanto, no hay conflicto ni contradicción. Es el deseo el que crea la contradicción, la desdicha, el conflicto entre lo que es y lo que debería ser, el ideal. El hombre que ha reprimido sus sentidos y se ha tornado insensible no sabe lo que es el amor; por tanto, aunque medite por los siguientes diez mil años, no encontrará a Dios. Sólo cuando nuestro ser completo se torna sensible a todo: a la profundidad de nuestros sentimientos, a todas las extraordinarias intrincaciones de nuestra mente –y no sólo a lo que ustedes llaman Dios–, sólo entonces el deseo cesa de ser contradictorio. Entonces tiene lugar un proceso por completo diferente, el cual no es el proceso del deseo. El amor es su propia eternidad y tiene su propia acción.

OBRAS COMPLETAS, volumen X
Bombay, 6 de febrero de 1957

**Dejar al deseo en paz; dejar que se desate o que se consuma.**

Hasta ahora, siempre hemos hecho algo respecto del deseo; le hemos dado el cauce, el giro, el alcance, el propósito que considerábamos adecuado. Y si la mente, que está condicionada, que siempre piensa en términos de logro a causa del adiestramiento, de la educación y demás, ya no sigue tratando de moldear el deseo como algo aparte de ella misma, si no interfiere más en el deseo –si es que puedo usar esa palabra–, entonces, ¿qué hay de malo en el deseo? Entonces, eso ¿es lo que siempre hemos conocido como deseo? Por favor, señores, avancen conmigo, acompáñenme.

Vean, siempre hemos pensado en el deseo desde el punto de vista de la satisfacción, del logro, de la ganancia, de enriquecernos interna y externamente; hemos pensado en el deseo desde el punto de vista de la abstinencia o en términos del "más". Y cuando vemos todo eso y lo desechamos, entonces el sentimiento que hasta ahora hemos llamado deseo tiene un significado por completo diferente ¿no es así? Entonces pueden ver un hermoso automóvil, una bella casa, un vestido bonito, sin ninguna reacción al respecto que implique anhelo, identificación.

**Comentario:** Son las contradicciones contenidas en el deseo las que hacen tan imposible habérselas con él.

**Krishnamurti:** ¿Por qué hay contradicciones, señor? Por favor, prosiga esto conmigo. Yo quiero ser rico, poderoso, importante; sin embargo, advierto la futilidad de ello, porque veo la insignificancia de las personas importantes, con todos sus títulos y demás. En consecuencia, hay contradicción. Ahora bien, ¿por qué? ¿Por qué este tirar en direcciones diferentes? ¿Por qué no en una sola dirección?

¿Entiende lo que quiero decir? Si deseo ser un político, ¿por qué no ser un político y seguir adelante? ¿Por qué este apartarse de ello? Discutámoslo unos minutos, por favor.

**Comentario:** Tenemos miedo de lo que podría suceder si nos entregáramos enteramente a un deseo.

**Krishnamurti:** ¿Alguna vez se ha entregado a algo de manera completa, total?

**Comentario:** Una o dos veces, por pocos momentos.

**Krishnamurti:** ¿Ha estado por completo en ello? Tal vez sexualmente, pero aparte de eso, ¿sabe cuándo se ha entregado totalmente a algo? Lo pongo en duda.

**Comentario:** Quizás escuchando música.

**Krishnamurti:** Vea, señor: un juguete absorbe a un niño. Usted le da un juguete y él es completamente feliz; deja de estar inquieto, es absorbido por el juguete, está totalmente ahí. ¿Es eso entregarse uno mismo a algo? Los políticos, las personas religiosas, se entregan a algo. ¿Por qué? Porque eso significa poder, posición, prestigio. La idea de ser "alguien" los absorbe como un juguete. Cuando usted se identifica con alguna cosa, ¿es eso entregarse a algo? Hay personas que se identifican con su país, con su reina, su rey, etc., lo cual es otra forma de absorción. ¿Es eso entregarse uno mismo a algo?

**Pregunta:** ¿Es posible entregarse alguna vez realmente a algo, en la medida en que siempre hay una separación de por medio?

**Krishnamurti:** De eso se trata, correcto. Es exactamente eso. Ya lo ve, nosotros no podemos entregarnos a algo.

**Pregunta:** ¿Puede uno entregarse a alguien?

**Krishnamurti:** Tratamos de hacerlo. Tratamos de identificarnos con nuestra esposa, nuestro marido, con el hijo, el nombre…, pero ustedes saben mejor que yo lo que sucede; entonces, ¿por qué hablar de ello? Ya ve cómo nos desviamos de la cosa que estamos considerando.

**Comentario:** Un deseo es correcto y bueno cuando no perjudica a alguna otra cosa.

**Krishnamurti:** ¿Hay, acaso, deseo malo y deseo bueno? Vea: usted vuelve al comienzo, y nosotros hemos abarcado, sin duda, todo el campo. ¿Ve cómo ya lo hemos traducido: el deseo es bueno y malo, que vale la pena y no vale la pena, que es noble e innoble, dañino y beneficioso? Examínelo a fondo. Usted ha dividido el deseo, ¿no es cierto? Esa división misma es la causa del conflicto. Habiendo introducido el conflicto mediante la división, después ha introducido un problema más. ¿Cómo librarnos del conflicto?

Miren, señores: esta tarde hemos estado hablando durante cincuenta minutos para ver si es posible comprender realmente el significado del deseo. Y cuando de veras lo comprendemos, comprensión que incluye tanto al deseo "bueno" como al "malo", cuando vemos el significado total de este

conflicto, de esta división –no sólo verbalmente, sino que lo comprendemos de manera plena, hincando los dientes en ello–, entonces sólo existe el deseo. Pero ya lo ven, insistimos en evaluarlo como bueno y malo, beneficioso y no beneficioso. Pensé al principio que podíamos eliminar esta división, pero no es tan fácil; requiere aplicación, percepción, discernimiento directo.

**Pregunta:** ¿Es posible librarse del objeto y permanecer con la esencia del deseo?

**Krishnamurti:** ¿Por qué debería librarme del objeto? ¿Qué hay de malo en un hermoso automóvil? Vea, usted mismo está creando el conflicto cuando hace esta división entre la esencia del deseo y el objeto. El curso que toma la esencia cambia el objeto todo el tiempo, y ésa es la desdicha. Cuando uno es joven desea poseer el mundo, y cuando ha envejecido, está hastiado del mundo. Vea, estamos tratando de comprender el deseo y, de ese modo, permitir que el conflicto se desvanezca, se marchite. Hemos aludido a muchas cosas esta tarde. El impulso por el poder, que es tan fuerte, que está tan incrustado en todos nosotros y que incluye el dominio que ejercemos sobre el sirviente, la esposa o el marido..., ustedes ya conocen todo eso. Quizás algunos, en el curso de la discusión de esta tarde, han investigado esto, han visto que donde la mente busca realización personal, hay frustración y, por ende, desdicha y conflicto. El propio acto de ver esto equivale a abandonarlo. Es posible que algunos de ustedes no se hayan limitado a seguir las palabras, sino que han comprendido lo que implica el sentimiento de querer realizarse, de ser algo o alguien; han comprendido lo innoble que es. El político busca realizarse personalmente, lo busca el sacerdote, todos lo buscan; y uno ve la vulgaridad de todo eso, si se me permite usar esta palabra.

¿Puede uno realmente abandonarlo? Si lo ve como ve algo venenoso, entonces es igual que quitarse una carga tremenda de los hombros. De un solo tirón, la carga ha desaparecido; uno está libre de ella. Entonces llegará a ese punto que es de verdad extraordinariamente significativo. No me refiero a todo esto, que tiene su propia importancia, sino a algo más, que es una mente que ha comprendido al deseo en cuanto sentimiento y pensamiento y que, por tanto, va mucho más allá de eso. ¿Comprenden la naturaleza de una mente así; su naturaleza, no su descripción verbal? La mente es, entonces, sensible en alto grado, capaz de reacciones intensas sin conflicto, sensible a toda forma de requerimiento; una mente así está por encima de todo pensamiento y su actividad ya no se encuentra dentro del campo de lo que llamamos deseo.

Me temo que para la mayoría esto sea sólo un montón de palabras vanas, un estado deseable, o que uno debe crear. Pero no es posible llegar a él por ese ni por ningún otro medio. Surge a la existencia cuando comprendemos de veras todo esto; no tenemos que hacer al respecto absolutamente nada.

Vea –y espero que no vaya a entender mal lo que se dice– si usted pudiera dejar al deseo en paz; dejar que se desate o que se consuma; sólo dejarlo en paz. Esa es la verdadera esencia de una mente que no está en conflicto.

Obras Completas, volumen XII
Londres, 16 de mayo de 1961

**Encontraremos que amor, deseo y pasión son la misma cosa. Si destruimos lo uno, destruimos lo otro.**

Tenemos que comprender el deseo, y es muy difícil comprender algo que es tan exigente, tan apremiante, porque en la satisfacción misma del deseo se engendra la pasión con su placer y su dolor. Y si uno ha de comprender el deseo, es obvio que no debe haber opción alguna. No podemos juzgar el deseo como bueno o malo, noble o innoble, ni decir: «Mantendré este deseo y rechazaré aquel otro». Todo eso hay que dejarlo de lado si hemos de descubrir la verdad acerca del deseo: su belleza, su fealdad o lo que fuere. Es algo muy curioso cuando lo consideramos, pero aquí en el Oeste, en Occidente, pueden realizarse muchos deseos; ustedes poseen automóviles, hay prosperidad, mejor salud, la oportunidad de leer libros, de adquirir conocimientos y acumular diversos tipos de experiencias, mientras que cuando uno va a Oriente, ve que allí siguen careciendo de alimento, ropa y vivienda, que siguen atrapados en la desdicha y degradación de la pobreza. Pero, tanto en Oriente como en Occidente, el deseo arde todo el tiempo y en todas direcciones; está ahí, en lo externo y profundamente en lo interno. El hombre que renuncia al mundo está tan invalidado por su deseo de buscar a Dios como el que va en busca de la prosperidad. Por tanto, el deseo está presente todo el tiempo, ardiendo, contradiciéndose a sí mismo, creando confusión, ansiedad, sentimientos de culpa y desesperación.

No sé si ustedes han experimentado alguna vez con todo esto, pero ¿qué ocurre si no condenan el deseo, si no lo juzgan como bueno o malo, sino que simplemente están atentos a él? Me pregunto si saben qué significa estar atentos a algo. Somos muy pocos los que estamos atentos, porque nos hemos acostumbrado demasiado a condenar, a juzgar, a evaluar, a identificarnos, a optar. La opción impide, obviamente, estar atento, porque uno opta siempre como resultado del conflicto. Estar atentos cuando entramos en una habitación, ver todos los muebles, la alfombra o la ausencia de alfombra, etc., sólo verlo, darnos cuenta de todo ello sin ningún sentido de juicio o condena, es muy difícil. ¿Han tratado alguna vez de mirar a una persona, una flor, una idea, una emoción, sin optar en absoluto, sin juzgar? Y si uno hace lo mismo con el deseo, si uno vive con él, sin negarlo ni decir: «¿Qué haré con este deseo? ¡Es tan desagradable, tan desenfrenado, tan violento!», sin darle un nombre, un símbolo, sin disimularlo con una palabra..., entonces, ¿sigue siendo causa de perturbación? ¿Es, entonces, el deseo algo que haya que desechar, destruir? Queremos destruirlo porque un deseo se opone con fuerza a otro creando conflicto, desdicha y contradicción; y uno puede ver cómo procura escapar de este perpetuo conflicto. ¿Es posible, pues, darnos cuenta de la totalidad del deseo? Lo que entiendo por totalidad no es simplemente un deseo o muchos deseos, sino la cualidad total del deseo mismo. Uno puede estar atento y darse cuenta de la totalidad del deseo sólo cuando no hay opinión alguna al respecto, ni palabra ni juicio ni opción. Cuando estamos atentos a cada deseo apenas surge, sin identificarnos con él y sin condenarlo, en ese estado de alerta, ¿eso es entonces, deseo, o es una llama, una pasión necesaria? La palabra pasión se reserva generalmente para una cosa: el sexo. Pero para mí la pasión no es sexo. Ustedes deben tener pasión, intensidad para vivir realmente con algo; para vivir con plenitud, para contemplar una montaña, un árbol, para mirar de verdad a un ser humano, deben tener una intensidad apasionada. Pero esa pasión, esa llama es negada cuando estamos cercados por múltiples apremios, exigencias, contradicciones, temores. ¿Cómo puede una llama sobrevivir cuando se halla sofocada por un montón de humo? Nuestra vida no es sino humo. Buscamos la llama, pero la negamos reprimiendo, controlando, moldeando la cosa que llamamos deseo.

Sin pasión, ¿cómo puede haber belleza? No me refiero a la belleza de pinturas, edificios, mujeres maquilladas y demás. Todo eso tiene sus formas especiales de belleza, pero no estamos hablando de la

belleza superficial. Una cosa producida por el hombre, como lo es una catedral, un templo, un cuadro, un poema o una escultura, puede ser bella o no. Pero existe una belleza que está más allá del sentimiento y del pensamiento y que no puede ser realizada, comprendida o conocida si no hay pasión. No entiendan mal, pues, la palabra pasión. No es una fea palabra; no es algo que podamos comprar en el mercado o de lo que se pueda hablar románticamente. No tiene nada que ver con emociones y sentimientos. No es una cosa respetable; es una llama que destruye todo lo que es falso. Y siempre tenemos mucho miedo de dejar que la llama devore las cosas que nos son queridas y a las que nos aferramos; las cosas que llamamos importantes.

Después de todo, las vidas que hoy llevamos, basadas en necesidades, deseos y en formas de controlar los deseos, nos tornan más superficiales y vacuos que nunca. Podemos ser muy ingeniosos, muy instruidos, capaces de repetir lo que hemos acumulado, pero eso lo hacen las máquinas electrónicas, y en algunos campos las máquinas ya son más capaces que el hombre, más exactas y veloces en sus cálculos. Volvemos, pues, siempre a lo mismo, o sea, que la vida tal como hoy la vivimos es sumamente superficial, estrecha, limitada, y todo porque en el fondo estamos vacíos, aislados y siempre tratamos de encubrir eso, de llenar esa vacuidad; por consiguiente, esa carencia y el deseo de llenarla se vuelven algo terrible. Nada puede llenar ese hondo vacío interno, ni dioses ni salvadores ni conocimientos ni relaciones ni la esposa ni el marido ni los hijos; nada. Ésa es la verdadera libertad.

Pero eso requiere un profundo discernimiento, una investigación a fondo, una vigilancia incesante; gracias a esto, tal vez lleguemos a saber qué es el amor. ¿Cómo puede haber amor cuando hay apego, celos, envidia, ambición y toda la vanidad que contiene esa palabra? Entonces, si hemos atravesado ese vacío –que es una realidad, no un mito, una idea–, hallamos que el amor, el deseo y la pasión son la misma cosa. Si destruimos lo uno, destruimos lo otro; si corrompemos lo uno, corrompemos la belleza. Investigar todo esto requiere, no una mente desapegada, no una mente consagrada o religiosa, sino una mente inquisitiva que nunca esté satisfecha, que siempre esté mirando, observándose, conociéndose. Sin amor, nunca descubrirán ustedes qué es la verdad.

OBRAS COMPLETAS, volumen X
París, 12 de septiembre de 1961

## 4. ¿POR QUE EL SEXO SE HA CONVERTIDO EN UN PROBLEMA?

Cuando no hay amor en nuestro corazón, sólo nos queda una cosa, que es el placer, y ese placer es el sexo; por tanto, éste se convierte en un problema gigantesco. Para resolverlo, tenemos que comprenderlo. Cuando lo comprendemos, comenzamos a liberar la mente.

Nueva Delhi, 25 de diciembre de 1966

Hay muchas cosas contenidas en el sexo, no sólo el acto ¿Qué es el sexo? ¿Es el acto, son las imágenes placenteras, los recuerdos en torno a todo eso? ¿O es sólo un hecho biológico? Y cuando hay amor –si es que puedo usar esa palabra sin estropearla–, ¿hay recuerdos, imágenes, excitación, necesidad? Creo que debemos comprender el hecho físico, biológico. Eso es una cosa. Otra cosa es todo el romanticismo, la excitación, el sentir que uno se ha entregado a otra persona, la identificación de uno mismo con el otro en esa relación, el sentimiento de continuidad, la satisfacción, etc. Cuando nos interesamos realmente en el deseo, en la necesidad, ¿hasta qué profundidad juega un papel el sexo? ¿Es una necesidad psicológica, tal como lo es biológica? Diferenciar entre la necesidad física y la necesidad psicológica exige una mente y un cerebro muy claros y agudos. Hay muchas cosas contenidas en el sexo, no sólo el acto. ¿Es amor el deseo de olvidarse de uno mismo en el otro, la continuidad de una relación, los hijos y el tratar de hallar la inmortalidad a través de los hijos, el sentimiento de entregarse a otro, con todos los problemas de celos, apego, temor, con la angustia que ello implica? ¿Es amor todo eso? Si la necesidad no se comprende básicamente en forma completa, a fondo, en los oscuros rincones de la propia consciencia, entonces, el sexo, el amor y el deseo causan estragos en nuestras vidas.

OBRAS COMPLETAS, volumen XII
París, 12 de septiembre de 1961

**El acto en sí jamás puede ser un problema; lo que crea el problema es el pensamiento acerca del acto**

**Pregunta:** Conocemos el sexo como una necesidad física psicológica ineludible, y parece ser una causa básica de caos en la vida personal de nuestra generación. ¿Cómo podemos habérnoslas con este problema?

**Krishnamurti:** ¿Por qué cualquier cosa que tocamos la convertimos en un problema? Hemos hecho de Dios un problema, hemos hecho del amor, de la relación, del vivir, un problema, y hemos hecho del sexo un problema. ¿Por qué? ¿Por qué todo lo que hacemos es un problema, un horror? ¿Por qué sufrimos? ¿Por que se ha convertido el sexo en un problema? ¿Por qué nos sometemos a este vivir con problemas? ¿Por qué no les ponemos fin? ¿Por qué no morimos para nuestros problemas en vez de cargarlos con nosotros día tras día, año tras año? El sexo es, ciertamente, una gestión pertinente, pero está la pregunta primordial: ¿Por qué convertimos la vida en un problema? El trabajar, el sexo, el ganar dinero, el pensar, el sentir, el experimentar –ya saben, todo el asunto este del vivir– ¿por qué es un problema? ¿No es, en esencia, porque siempre pensamos desde un punto de vista particular, fijo? Siempre estamos pensando desde un centro hacia la periferia, pero la periferia es el centro para la mayoría de nosotros, y así, todo lo que tocamos es superficial. Pero la vida no es superficial; exige ser vivida completamente y, a causa de que la vivimos sólo superficialmente, no conocemos sino la reacción superficial. Cualquier cosa que hagamos en la periferia debe, inevitablemente, crear un

problema, y eso es nuestra vida: vivimos en lo superficial y nos contentamos con vivir ahí con todos los problemas de lo superficial. Los problemas existen mientras vivimos en lo superficial, en la periferia, siendo la periferia del "yo" con sus sensaciones, las cuales pueden ser exteriorizadas o permanecer en lo subjetivo, pueden identificarse con el universo, con el país o con otra cosa compuesta por la mente.

Mientras vivamos dentro del campo de la mente, tiene que haber complicaciones, problemas; y eso es todo lo que conocemos. La mente es sensación, es el resultado de sensaciones y reacciones acumuladas, y todo cuanto toca debe crear, por fuerza, desdicha, confusión, un problema interminable. La mente es la verdadera causa de nuestros problemas, la mente que funciona de manera mecánica noche y día, consciente o inconscientemente. La mente es una cosa muy superficial, y hemos pasado generaciones y pasamos toda nuestra vida cultivando la mente, haciéndola más y más ingeniosa, más y más sutil, astuta, deshonesta y retorcida, lo cual resulta evidente en todas las actividades de nuestra vida. La propia naturaleza de nuestra mente es ser deshonesta, retorcida, incapaz de afrontar los hechos, y eso es lo que crea problemas; eso es, en sí mismo, el problema.

¿Qué entendemos por el problema del sexo? ¿Es el acto, o es un pensamiento acerca del acto? Sin duda, no es el acto. El acto sexual no es un problema para ustedes, no más que el comer, pero si piensan en el comer o en alguna otra cosa durante todo el día porque no tienen otra cosa en qué pensar, entonces eso se vuelve para ustedes un problema. ¿El problema es el acto sexual o el pensamiento acerca del acto? ¿Por qué piensan en él? ¿Por qué lo intensifican con el pensamiento, cosa que obviamente hacen? Los cines, las revistas, las narraciones, el modo como visten las mujeres, todo eso refuerza el pensamiento del sexo. ¿Por qué la mente lo intensifica, por qué la mente piensa en absoluto acerca del sexo? ¿Por qué? ¿Por qué se ha vuelto un problema fundamental en nuestra vida? Cuando hay tantas cosas que llaman, que exigen nuestra atención, concedemos atención completa al pensamiento sexual. ¿Qué ocurre?, ¿por qué nuestras mentes se hallan tan ocupadas con eso? Porque es un modo de lograr el máximo de los escapes, ¿no es así? Es una manera de olvidarse completamente de uno mismo. Todo lo demás que hacemos en la vida acentúa el "yo", el "sí mismo". Nuestros negocios, nuestra religión, nuestros dioses, nuestros dirigentes, nuestras actividades políticas y económicas, nuestros escapes corrientes, nuestras actividades sociales, nuestro ingreso a un partido y nuestro rechazo de otro..., todo eso acentúa y fortalece el "yo".

O sea, que hay un solo acto en el que no se acentúa el "yo", y así ello se vuelve un problema, ¿verdad? Cuando en la vida hay una sola cosa que constituye una vía hacia el escape fundamental, hacia el completo olvido de nosotros mismos, así sea por unos cuantos segundos, nos aferramos a ella porque es el único momento en que somos felices. Toda otra cosa que tocamos se convierte en una pesadilla, en una fuente de sufrimiento y pena; por tanto, nos aferramos a lo único que nos brinda completo olvido de nosotros mismos, y a eso lo llamamos felicidad. Pero cuando nos aferramos a eso, también se convierte en una pesadilla, porque entonces deseamos librarnos de eso, no queremos ser sus esclavos. Así que inventamos, otra vez desde la mente, la idea de castidad, de celibato, y tratamos de ser célibes, castos mediante la represión, todo lo cual son operaciones de la mente para aislarse del hecho. Esto acentúa una vez más el "yo", que está tratando de llegar a ser algo, y así nos vemos atrapados nuevamente en afanes y dificultades, en el esfuerzo y el dolor.

El sexo se vuelve un problema extraordinariamente difícil y complejo en tanto no comprendemos la mente que piensa acerca del problema. El acto sexual en sí nunca puede ser un problema; lo que crea

el problema es el pensamiento acerca del acto. Protegemos el acto; vivimos en forma disoluta o nos complacemos sexualmente en el matrimonio, convirtiendo de tal modo a nuestra esposa en una prostituta, todo lo cual es aparentemente muy respetable y estamos satisfechos de dejarlo como está. Lo cierto es que el problema puede resolverse sólo cuando comprendemos todo el proceso y la estructura del "yo" y de "lo mío": mi mujer, mi hijo, mi propiedad, mi automóvil, mi logro, mi éxito; hasta que comprendamos y resolvamos todo eso, el sexo seguirá siendo un problema. En tanto seamos ambiciosos política, religiosamente o en cualquier otra forma, en tanto demos énfasis al "yo", al pensador, al experimentador, nutriéndolo de ambición, ya sea en nombre de uno mismo como individuo o en nombre del país, del partido o de una idea que llamamos religión, en tanto exista esta actividad auto-expansiva, tendremos un problema sexual.

Por una parte, estamos creando, alimentando, expandiendo nuestra propia personalidad, y por la otra, procuramos olvidarnos de nosotros mismos, así sea por un momento. ¿Cómo pueden existir juntas ambas cosas? Nuestra vida es una contradicción: énfasis en el "yo" y olvido del "yo". El sexo no es un problema; el problema es esta contradicción en nuestra vida. Y la contradicción no puede ser salvada por la mente, porque la mente misma es una contradicción. La contradicción puede ser comprendida sólo cuando comprendemos plenamente todo el proceso de nuestra existencia diaria. Ir al cine y contemplar a las mujeres en la pantalla, leer libros que estimulan el pensamiento, revistas con sus fotografías semidesnudas, la manera como miramos a las mujeres, las miradas subrepticias que atrapan las nuestras...; todas estas cosas alientan a la mente, por medios tortuosos, a poner el acento en el "yo"; y al mismo tiempo tratamos de ser buenos, afectuosos, tiernos. Ambas cosas no pueden marchar juntas.

El hombre que es ambicioso en lo espiritual o de otro modo, jamás puede estar sin un problema, porque los problemas cesan sólo cuando olvidamos el "yo", cuando el "yo" no existe, y ese estado de la no existencia del "yo" no es un acto de la voluntad, no es una mera reacción. El sexo se vuelve una reacción; cuando la mente trata de resolver el problema, sólo logra hacerlo más confuso, más dificultoso, más aflictivo. El acto no es el problema; el problema es la mente; la mente que dice que debe ser casta. La castidad no es de la mente. La mente sólo puede reprimir sus propias actividades, y la represión no es castidad. La castidad no es una virtud; la castidad no puede ser cultivada. El hombre que cultiva la humildad no es, ciertamente, humilde; podrá llamar humildad a su orgullo, pero es un hombre orgulloso y, por eso, busca volverse humilde. El orgullo jamás puede llegar a ser humilde, y la castidad no es cosa de la mente; uno no puede hacerse casto. Conocerá la castidad sólo cuando haya amor, y el amor no pertenece a la mente.

Así pues, el problema del sexo que tortura a tantas personas en todo el mundo no podrá ser resuelto hasta que la mente sea comprendida. No podemos poner fin al pensar, pero el pensamiento llega a su fin cuando cesa el pensador, y el pensador cesa sólo cuando hay comprensión de todo el proceso. El miedo aparece cuando hay división entre el pensador y su pensamiento; sólo cuando no existe el pensador no hay conflicto en el pensamiento. Lo que está implícito no necesita esfuerzo para comprenderse. El pensador surge a la existencia por obra del pensamiento; entonces el pensador se esfuerza en moldear, controlar sus pensamientos o en ponerles fin. El pensador es un ente ficticio, una ilusión de la mente. Cuando el pensamiento es comprendido como un hecho, entonces no hay necesidad de pensar acerca del hecho. Si hay una percepción alerta simple y sin opciones, entonces aquello que está implícito en el hecho comienza a revelarse. Por tanto, el pensamiento como hecho se

termina. Entonces verán ustedes que los problemas que consumen nuestros corazones y nuestras mentes, los problemas de nuestra estructura social pueden ser resueltos.

Entonces el sexo ya no es más un problema; tiene su lugar apropiado; no es ni una cosa impura ni una cosa pura. El sexo tiene su lugar, pero cuando la mente le da el lugar predominante, el sexo se convierte en un problema. La mente le da un lugar predominante porque no puede vivir sin algo de felicidad, y así es como el sexo llega a ser un problema. Cuando la mente comprende la totalidad de su proceso y, de este modo, le pone fin, cesa el pensamiento; entonces hay creación, y esa creación es lo que nos hace felices. Es una dicha hallarse en ese estado de creación, porque es el olvido de uno mismo, y en él no hay reacción alguna como las que provienen del "yo". Esto no es una respuesta abstracta al problema cotidiano del sexo; es la única respuesta. La mente desconoce el amor, y sin amor no hay castidad; debido a que no hay amor, hacen ustedes del sexo un problema.

LA LIBERTAD PRIMERA Y ÚLTIMA

**En lo que se interesa la mayoría es en la pasión de la lujuria.**

**Krishnamurti:** El pensamiento es divisivo por su propia naturaleza. Es el pensamiento el que busca el placer y se aferra a él; es el pensamiento el que cultiva el deseo.

**Interlocutor:** ¿Querría usted investigar el deseo un poco más?

**Krishnamurti:** Uno ve una casa y existe la sensación de que es hermosa; entonces surge el deseo de poseerla y de derivar placer de ello, y después viene el esfuerzo para obtenerla. Todo esto constituye el centro, y este centro es la causa de división. Este centro es el sentimiento del "yo", el cual da origen a la división, porque este mismo sentimiento del "yo" es el sentimiento de separación. La gente lo ha llamado el ego y le ha dado toda clase de nombres: el "yo" inferior como opuesto a cierta idea de un "yo" superior, etc. Pero no hay necesidad de complicarse al respecto; es muy simple. Donde está el centro –que es el sentimiento del "yo", el cual se aísla a sí mismo mediante sus actividades–, hay división y resistencia. Y todo esto es el proceso del pensamiento. Por tanto, cuando usted pregunta qué es el amor, sepa que el amor no pertenece a este centro. El amor no es placer y dolor; no es odio ni violencia en ninguna de sus formas.

**Interlocutor:** Por consiguiente, en este amor del que usted habla, ¿no puede haber sexo, puesto que no puede haber deseo?

**Krishnamurti:** Por favor, no llegue a ninguna conclusión. Estamos investigando, explorando. Cualquier conclusión o suposición impide el examen ulterior. Para responder a esta pregunta, también debemos considerar la energía del pensamiento. El pensamiento, como hemos dicho, alimenta el placer pensando en algo que ha sido agradable, cultivando la imagen, la representación mental de ello. El pensamiento engendra el placer. El pensar en el acto sexual se convierte en lujuria, la cual es por completo diferente del acto sexual. En lo que se interesa la mayoría, es en la pasión de la lujuria. Apetecer antes y después del sexo es lujuria. Esta apetencia es pensamiento. El pensamiento no es amor.

**Interlocutor:** ¿Puede haber sexo sin este deseo del pensamiento?

**Krishnamurti:** Tiene que descubrirlo por sí mismo. El sexo juega un papel extraordinariamente importante en nuestras vidas porque es quizá la única experiencia profunda y directa que tenemos. En lo intelectual y emocional nos amoldamos, imitamos, seguimos, obedecemos. Hay dolor y lucha en nuestras relaciones excepto en el acto sexual. Por ser este acto tan diferente y bello, nos volvemos adictos a él y, por eso, este acto se convierte a su vez en una esclavitud. La esclavitud es la exigencia de su continuación, la cual es, nuevamente, la acción del centro divisivo. Estamos tan cercados, intelectualmente, en la familia, en la comunidad, por la moralidad social, por las sanciones religiosas, estamos tan cercados que nos queda tan sólo una relación en la que hay libertad e intensidad. Por consiguiente, le damos una importancia tremenda.

Pero si respecto de todo eso hubiera libertad, entonces no habría semejante apetencia ni semejante problema. Hacemos del sexo un problema porque nunca podemos obtener lo suficiente de él o porque, habiéndolo obtenido, nos sentimos culpables, o porque tratando de obtenerlo rompemos las reglas establecidas por la sociedad. La vieja sociedad llama permisiva a la nueva, porque para la sociedad nueva el sexo forma parte de la vida. Al liberar a la mente de la esclavitud que implican la imitación, la autoridad, la conformidad y los preceptos religiosos, el sexo tiene su propio lugar, pero sin volverse devastador. Podemos ver, en consecuencia, que la libertad es esencial para el amor; no la libertad de la revuelta, no la libertad de hacer lo que nos plazca ni de ceder abierta o secretamente a nuestras apetencias, sino más bien la libertad que adviene con la comprensión de toda esta naturaleza y estructura del centro. Entonces, la libertad es amor.

**Interlocutor:** Entonces, ¿no es licencia la libertad?

**Krishnamurti:** No. La licencia es esclavitud. El amor no es idilio ni celos ni ambición ni espíritu competitivo con su temor al fracaso. No es el amor de Dios ni el amor del hombre, lo cual constituye otra vez una división. El amor no es amor de uno ni de muchos. Cuando hay amor, es personal e impersonal, con o sin un objeto. Es como el perfume de una flor: uno o muchos pueden aspirarlo. Lo que importa es el perfume, no a quién pertenece.

THE SECOND PENGUIN KRISHNAMURTI READER

**Cuando hay amor, el sexo jamás es un problema.**

Cuando somos jóvenes, tenemos fuertes impulsos sexuales; casi todos tratamos de habérnoslas con estos deseos controlándolos y disciplinándolos, porque pensamos que sin alguna clase de restricción nos volveremos excesivamente lascivos. Las religiones organizadas se preocupan mucho acerca de nuestra moralidad sexual, pero nos permiten cometer violencia y asesinato en nombre del patriotismo, entregarnos a la envidia y a la crueldad más astuta, perseguir el poder y el éxito. ¿Por qué se interesan tanto en este tipo particular de moralidad y no atacan la explotación, la codicia y la guerra? ¿No es porque las religiones organizadas, siendo parte del medio que hemos creado, dependen para su existencia de nuestros temores y nuestras esperanzas, de nuestra envidia y nuestro espíritu separativo? Por consiguiente, en el campo religioso, como en todo otro campo, la mente está presa en las proyecciones de sus propios deseos.

Mientras no haya una profunda comprensión de todo el proceso del deseo, la institución del matrimonio tal como hoy existe, ya sea en Oriente como en Occidente, no puede proporcionar la respuesta al problema sexual. El amor no es inducido por la firma de un contrato, ni se basa en un intercambio de gratificaciones ni en la mutua seguridad y confortación. Todas estas cosas pertenecen a la mente, y por eso el amor ocupa un lugar tan pequeño en nuestras vidas. El amor no es cosa de la mente; es por completo independiente del pensamiento con sus astutos cálculos, sus exigencias y reacciones auto-protectoras. Cuando hay amor, el sexo jamás es un problema; lo que crea el problema es la falta de amor.

Los obstáculos y escapes de la mente constituyen un problema, y no el sexo o alguna otra cuestión específica; por eso es importante comprender el proceso de la mente, sus atracciones y repulsiones, sus respuestas a la belleza, a la fealdad.

LA EDUCACIÓN Y EL SIGNIFICADO DE LA VIDA

**Un hombre que ama es puro aunque pueda ser sexual.**

El hombre intelectual, lleno de conocimientos –el conocimiento es diferente de la sabiduría–, el hombre que tiene esquemas, que quiere salvar al mundo, que está lleno de conceptos, de proyecciones mentales, ese hombre es el que está atrapado en el sexo. A causa de que su vida es superficial, de que su corazón está vacío, el sexo se vuelve importante; y eso es lo que está sucediendo en la presente civilización. Hemos cultivado en exceso nuestro intelecto, y la mente se halla presa en sus propias creaciones, tales como la radio, el automóvil, los entretenimientos mecánicos, el conocimiento tecnológico y las diversas aficiones a las que la mente se entrega. Cuando una mente así se halla atrapada, existe un solo alivio para ella; el sexo. Señores: miren lo que ocurre con cada uno de ustedes; no miren a otra persona. Examinen su propia vida y verán que están presos en este problema; verán cuán extraordinariamente vacía es la vida que llevan. ¿Cómo es la vida de ustedes, señores? Es árida, vacua, opaca, tediosa, ¿no es así? Concurren a sus oficinas, desempeñan sus tareas, repiten sus manirás, practican sus pujas. Cuando se encuentran en la oficina, están sometidos, embotados, tienen que seguir una rutina; en su religión se han vuelto mecánicos, aceptan meramente la autoridad.

Así pues, religiosamente, en el mundo de los negocios, en su educación, en su vida cotidiana, ¿qué es lo que de hecho ocurre? No hay un estado creativo del ser ¿verdad? No son felices, no son vitales, no

son alegres. Tanto en lo intelectual como en lo religioso, económico, social y político, están embotados, regimentados, ¿no es así? Esta regimentación es el resultado de sus propios temores, de sus propias esperanzas y frustraciones; y puesto que para un ser humano tan atrapado no hay liberación posible, es natural que acuda al sexo para liberarse; allí puede darse gusto, allí puede buscar la felicidad. De este modo, el sexo se vuelve automático, habitual, rutinario; y eso también llega a ser un proceso embotador y nocivo. Esa es, de hecho, la vida de ustedes; verán que es así si la consideran, si no tratan de eludirla, de buscarle excusas. El hecho real es que no son creativos. Pueden engendrar criaturas, innumerables criaturas, pero eso no es una acción creativa: es una acción accidental de la existencia.
Por tanto, teniendo una mente que no es alerta, vital, y un corazón que no es afectuoso, pleno, ¿cómo pueden ser creativos? Y, al no ser creativos, ustedes buscan estímulo por medio del sexo, del entretenimiento, de los cines, los teatros, observando cómo otros interpretan mientras ustedes permanecen siendo espectadores; otros pintan el paisaje o danzan, y ustedes no son sino observadores, Eso no es creación. Asimismo, se imprimen tantos libros en el mundo porque ustedes tan sólo leen. No son creadores. Donde no hay creación, la única liberación es mediante el sexo, y entonces convierten a sus esposas en prostitutas. Señores, ustedes no tienen idea de las implicaciones, la perversidad, la crueldad de todo esto. Sé que se sienten incómodos. No reflexionan sobre ello. Cierran sus mentes; en consecuencia, el sexo se ha vuelto un problema inmenso en la civilización moderna: o la promiscuidad o el hábito mecánico del alivio sexual en el matrimonio. El sexo seguirá siendo un problema en tanto no haya un estado creativo del ser. Ustedes pueden usar el control de la natalidad, pueden adoptar diversas prácticas, pero no están libres del sexo. La sublimación no es libertad, ni lo es la represión ni el control. Hay libertad sólo cuando hay afecto, cuando hay amor. El amor es puro y, cuando falta el amor, el tratar de volvernos puros mediante la sublimación del sexo es mera estupidez. El factor que purifica es el amor, no nuestro deseo de ser puros. Un hombre que ama es puro aunque puede ser sexual; y sin amor, el sexo es lo que es actualmente en sus vidas: una rutina, un proceso desagradable, algo para ser evitado, ignorado, para prescindir de él o para complacerse en él.

OBRAS COMPLETAS, volumen V
Bangalore, 8 de agosto de 1941

**Si uno niega la sexualidad, debe cerrar los ojos y no mirar nunca nada.**

**Krishnamurti:** ¿Qué entiende usted por sentimiento sexual? ¿Mirar a una mujer? ¿Todos los impulsos biológicos? Y mirar un árbol, ¿no es también sexualidad? Mirar una flor de gran belleza, eso también es una forma de sensualidad, ¿no es así? ¿No?

**Comentario:** Sí.

**Krishnamurti:** Por consiguiente, si usted niega la sexualidad, como lo ha hecho la mayoría de las religiones, entonces debe cortarse la lengua, cerrar, apagar sus ojos y no mirar nunca nada. No se rían, señores; de cualquier modo, esto es lo que están haciendo, porque no son en absoluto conscientes de la belleza. Para ustedes, la belleza está asociada con una mujer o con un hombre. En consecuencia, los Shankaras del mundo han dicho: “No tengas nada que ver con la mujer si es que deseas ser espiritual “. Y así niegan ustedes toda la belleza de la Tierra.

¿Alguna vez se han detenido a mirar un árbol, a mirar una flor? ¿Alguna vez han mirado a una mujer hermosa sin decir: «Deseo obtener algo de ella.»? ¿Han mirado simplemente la belleza de algo, de los cerros, los árboles, las flores, los rostros, las sonrisas? No lo han hecho; por eso no saben qué es el amor, qué es la belleza. Todo lo que conocen es " debes" y " no debes". Así es como han despojado sus mentes y sus corazones; son seres humanos desecados. Y sonríen y aceptan esto y continúan igual. Por tanto, señores, lo primero es no condenar, y entonces sabrán qué es el amor

Valle de Rishi, India, 9 de noviembre de 1967

**Si el sentimiento sexual nace del amor, no es lujuria, aún cuando pueda haber en ello un gran deleite.**

**Interlocutor:** ¿Qué es la pasión?

**Krishnamurti:** Creo que deberíamos tener bien claro que la pasión y la lujuria son dos cosas diferentes. La lujuria es alimentada por el pensamiento, manejada por el pensamiento, crece cobra consistencia en el pensamiento hasta que estalla sexualmente o, si es la lujuria del poder, lo hace en sus propias y violentas formas de realización personal. La pasión es algo por completo diferente; no es el producto del pensamiento ni el recuerdo de un suceso del pasado; no es impulsada por ningún motivo personal de realización; tampoco es dolor.

**Interlocutor:** ¿Es lujuria toda pasión sexual? La respuesta sexual no siempre es el resultado del pensamiento; puede ser un contacto, como cuando nos encontramos de pronto con alguien cuya belleza nos subyuga.

**Krishnamurti:** Dondequiera que el pensamiento forma la imagen del placer, tiene que haber lujuria, no la libertad de la pasión. Si el impulso principal es el placer, entonces se trata de lujuria. Cuando el sentimiento sexual nace del placer, es lujuria. Si nace del amor no es lujuria, aunque pueda haber en ello un gran deleite. Aquí debemos ser claros y descubrir por nosotros mismos si el amor excluye el placer y el disfrute. Cuando vemos una nube y nos deleitamos en su vastedad y en la luz que la ilumina, hay placer en ello, desde luego, pero hay muchísimo más que placer. No condenamos esto en absoluto. Si seguimos regresando a la nube con el pensamiento o de hecho para estimularnos, entonces nos estamos complaciendo en un vuelo imaginativo de la fantasía; obviamente, los incentivos que aquí operan son el placer y el pensamiento. Cuando en un principio contemplábamos esa nube y veíamos su belleza, no operaba tal incentivo de placer.

La belleza en el sexo es la ausencia del "yo", del ego, pero el pensamiento acerca del sexo es la afirmación de este ego, y eso es placer. Este ego está todo el tiempo buscando el placer o bien eludiendo el dolor, deseando su realización propia e invitando, de tal modo, a la frustración. En todo esto, el sentimiento de pasión es alimentado y perseguido por el pensamiento; en consecuencia, ya no es más pasión sino placer. La perspectiva, la búsqueda de la pasión recordada, es placer.

**Interlocutor:** ¿Qué es, entonces, la pasión en sí?

**Krishnamurti:** Tiene que ver con el júbilo y el éxtasis, que no son placer. En el placer hay siempre una sutil forma de esfuerzo, un ver, pugnar, exigir, luchar para obtener eso, para conservarlo. En la pasión no hay exigencia alguna y, por ende, no hay lucha. En la pasión no existe ni el más leve vestigio de realización egoísta; por tanto, no puede haber ni frustración ni dolor. La pasión es libertad con respecto al "yo", el cual es el centro de toda la realización personal y del dolor. La pasión no tiene exigencias, porque es, y no estoy hablando de algo estático. La pasión es la austeridad de la abnegación, en la que no existen el "yo" y el "tú"; por consiguiente, la pasión es la esencia de la vida. Es lo que actúa y vive. Pero cuando el pensamiento introduce todos los problemas del poseer y del retener, la pasión se termina. Sin pasión, la creación es imposible.

**Interlocutor:** ¿Qué entiende usted por creación?

**Krishnamurti:** Libertad.

**Interlocutor:** ¿Qué libertad?

**Krishnamurti:** Libertad con respecto al "yo", el cual depende del medio y es el producto del medio; el "yo" es generado por la sociedad y el pensamiento. Esta libertad es claridad, es la luz no encendida desde el pasado. La pasión es sólo el presente.

***Interlocutor:*** Esto me ha inflamado con un sentimiento nuevo y extraño.

**Krishnamurti:** Esa es la pasión del aprender.

***Interlocutor:*** ¿Qué acción particular en mi vida cotidiana asegurará que esta pasión está ardiendo y operando?

**Krishnamurti:** Nada asegurará eso, excepto la atención del aprender, la cual es acción, es el ahora. En ella se revela la belleza de la pasión, que es la total entrega de uno mismo, el abandono del "yo" con su tiempo.

the second penguin krishnamurti reader

***Cuando hay amor, el acto sexual tiene un significado por completo diferente.***

¿Cómo podemos afrontar la exigencia sexual y no convertirla en un problema?

Y bien, ¿qué entendemos por sexo? ¿El acto puramente físico, o el pensamiento que excita, estimula, fomenta ese acto? Ciertamente, el sexo es de la mente y, a causa de que es de la mente, tiene que buscar realizarse; de lo contrario, hay frustración. No se sientan nerviosos con el tema. Veo que todos se han puesto muy tensos. Hablemos sobre ello como si fuera cualquier otro tema. ¡No se muestren tan serios y desorientados! Trataremos esto de una manera muy simple y directa. Cuanto más compleja es una cuestión, más requiere un claro pensar, más sencilla y directamente debe ser abordada.

¿Por qué el sexo ha llegado a ser un problema semejante en nuestras vidas? Examinemos esto sin apremio, sin ansiedad, temor ni condena. ¿Por qué se ha convertido en un problema? Indudablemente, para la mayoría de ustedes es un problema. ¿Por qué? Es probable que jamás se hayan preguntado por qué es un problema. Averigüémoslo.

El sexo es un problema porque parecería que en ese acto hay completa ausencia del "yo". En ese momento son felices porque ha cesado la consciencia de uno mismo el "yo"; y deseando más de ello, más de la abnegación del "yo" en la que hay completa felicidad sin pasado ni futuro, requiriendo esa felicidad completa mediante la fusión plena, la integración..., es natural que el sexo se vuelva extremadamente importante ¿no es así? A causa de que es algo que me brinda genuina alegría, completo olvido de mí mismo, deseo más y más de ello. Ahora bien, ¿por qué deseo más de ello? Porque en todas las otras cosas estoy en conflicto; en todas las otras cosas y en todos los diferentes niveles de la existencia, hay fortalecimiento del "yo". En lo económico, social y religioso existe este constante espesamiento de la consciencia egocéntrica, lo cual implica conflicto. Después de todo, somos conscientes de nosotros mismos sólo cuando hay conflicto. La consciencia de nosotros mismos, la consciencia egocéntrica es, por su propia naturaleza, resultado del conflicto. Así pues, en

todas las otras cosas estamos en conflicto. En todas nuestras relaciones con la propiedad, con la gente, con las ideas, hay conflicto, dolor, lucha, infelicidad; pero únicamente en este acto hay cesación completa de todo eso. Naturalmente, ustedes quieren más de ello porque les brinda felicidad, mientras que todo lo demás conduce a la desdicha, la agitación, el conflicto, la confusión, el antagonismo la ansiedad, la destrucción; por eso, el acto sexual se vuelve sumamente significativo e importante.

Así que el problema no es, ciertamente, el sexo, sino cómo liberarnos del "yo". Uno ha gustado ese estado del ser en el que el "yo" se halla ausente, aunque sea por unos pocos segundos, por un día o lo que fuere; y donde está el "yo" hay conflicto, infelicidad, lucha. Existe, pues, este constante anhelo por disfrutar de ese estado sin "yo". Pero el problema fundamental es el conflicto en diferentes niveles y cómo llegar a la negación del "yo". Ustedes buscan la felicidad, ese estado en el que el "yo", con todos sus conflictos, se halla ausente, lo cual encuentran momentáneamente en el acto sexual. O se disciplinan a sí mismos, luchan, controlan, hasta se destruyen mediante la represión; todo eso significa que están buscando librarse del conflicto porque, con la terminación del conflicto, hay bienaventuranza. Si puede haber libertad respecto del conflicto, entonces hay felicidad en todos los diferentes niveles de la existencia.

¿Qué contribuye a que haya conflicto? ¿Cómo surge este conflicto en nuestro trabajo, en nuestras relaciones, en la enseñanza, en todo? Hasta cuando escriben un poema, o cantan, o pintan, hay conflicto. ¿Cómo surge a la existencia este conflicto? ¿No surge a causa del deseo de llegar a ser? Uno pinta, desea expresarse por medio del color, quiere ser el mejor de los pintores. Estudia, se preocupa, espera que el mundo llegue a aclamar su pintura. Pero, dondequiera que exista el deseo de llegar a ser lo "más", tiene que haber conflicto. Es el impulso psicológico el que exige lo "más". La necesidad de "más" es psicológica, el impulso por "más" existe cuando la psique, la mente está deviniendo, buscando, persiguiendo un objetivo, un resultado. Cuando uno desea ser un mahatma, cuando desea ser un santo, cuando desea comprender, cuando practica la virtud, cuando a causa de su consciencia de clase se considera una entidad "superior", cuando la función le ayuda a realzar la propia personalidad, todas estas son, obviamente, indicaciones de una mente que está deviniendo, tratando de llegar a ser esto o aquello. Por consiguiente, el "más" es conflicto. Una mente que busca el "más" nunca tiene consciencia de lo que es. Hasta que uno resuelva todo el contenido de ese conflicto, esta única manera de liberarse del "yo" por medio del sexo seguirá siendo un problema terrible.

Señores: el "yo" no es una entidad objetiva que pueda ser estudiada bajo el microscopio o aprendida por medio de los libros o comprendida citando lo que otros han dicho, por importantes que puedan ser esas citas. Puede ser comprendido sólo en la relación. Al fin y al cabo, el conflicto existe en la relación, sea con la propiedad, con una idea, con la propia esposa o con el vecino; y, sin comprender este conflicto fundamental, el mero aferrarse a esa única liberación mediante el sexo implica, obviamente, que uno está desequilibrado. Y así es, exactamente, como estamos. Estamos desequilibrados porque hemos hecho del sexo la única vía de escape. Y la sociedad, la así llamada cultura moderna, nos ayuda a hacerlo. Observen los anuncios publicitarios, los cines, los gestos sugerentes, las posturas, la apariencia de todo eso.

La mayoría de ustedes se casa cuando son muy jóvenes, cuando el instinto biológico es muy fuerte. Toman esposa o marido, y con esa esposa o ese marido tienen que vivir por el resto de su vida. La relación de ustedes es puramente física, y todo lo demás tiene que ajustarse a eso. ¿Qué ocurre, entonces? Usted, quizás, es intelectual y ella es muy emocional. ¿Dónde está su comunión con ella? O ella es muy práctica y usted es soñador, impreciso, más bien indiferente. ¿Dónde está el contacto entre usted y ella? Usted está superdotado sexualmente y ella no; pero usted la usa porque tiene derechos. ¿Cómo puede haber comunión entre usted y ella cuando usted la usa? Nuestros matrimonios se basan actualmente en esa idea, en ese instinto, pero cada vez hay más contradicciones y más conflicto en el matrimonio; por consiguiente, tenemos los divorcios.

Así pues, este problema requiere un manejo inteligente, lo cual implica que debemos cambiar toda la base de nuestra educación; y eso requiere comprender no sólo los hechos de la vida, sino también nuestra existencia de cada día, conocer y comprender no sólo el impulso biológico, el instinto sexual, sino ver también cómo podemos habérnoslas inteligentemente con él. Pero ahora no hacemos eso ¿verdad? Es un tema del que no se habla, algo secreto que sólo se comenta detrás de las paredes. Cuando el instinto es muy fuerte –sin tomar en cuenta ninguna otra cosa–, quedamos enredados en él por el resto de nuestra vida. Vean lo que uno se ha hecho a sí mismo y a otros.

¿Cómo puede la persona intelectual encontrarse, comunicarse con otra que es sentimental, lenta de comprensión o poco educada? ¿Qué comunicación hay, entonces, excepto la sexual? La dificultad de todo esto está –¿no es así?– en que la realización del impulso sexual, del instinto biológico, necesita ciertas regulaciones sexuales; en consecuencia, tienen ustedes las leyes que rigen el matrimonio; disponen de todos los medios para poseer aquello que les da placer, seguridad, comodidad. Pero lo que nos da placer constante embota la mente. Tal como el dolor constante embota la mente, así el placer constante deteriora la mente y el corazón.

Y ¿cómo puede uno dar con el amor? Ciertamente, el amor no es cosa de la mente. El amor no es tan sólo el acto sexual, ¿verdad? El amor es algo que la mente no puede concebir, algo que no puede ser formulado. Y nosotros nos relacionamos sin amor, nos casamos sin amor. Entonces, en ese matrimonio, "nos adaptamos" el uno al otro. ¡Hermosa frase! Nos adaptamos el uno al otro, lo cual es otra vez un proceso intelectual, ¿no es así? Ella se ha casado con uno, pero uno es una desagradable masa de carne arrastrada por sus pasiones. Y ella tiene que vivir con uno. A ella no le gusta la casa, los alrededores, lo horrible de todo eso, la brutalidad de uno. Pero dice «Si estoy casada, tengo que soportarlo.», Por tanto, como una forma de protegerse a sí misma, ella cede y pronto empieza a decir: «Te quiero.». Ustedes saben, cuando a causa del deseo de seguridad toleramos algo feo, eso que es feo parece volverse hermoso, porque es una forma de protegernos; de lo contrario, podríamos ser lastimados o completamente destruidos. Vemos, pues, cómo aquello que era feo, horrible, gradualmente se ha ido volviendo hermoso.

Este amoldamiento es, obviamente, un proceso mental; todos los amoldamientos lo son. Pero el amor es, ciertamente, incapaz de amoldarse. Ustedes saben, señores, que cuando aman a alguien no hay "amoldamiento", ¿verdad?, sólo hay fusión completa. Únicamente cuando no hay amor, empezamos a adaptarnos, a amoldarnos. Y a este amoldamiento lo llamamos matrimonio. En consecuencia, el matrimonio fracasa porque es la fuente misma del conflicto, una batalla entre dos personas. Este es un problema extraordinariamente complejo, como todos los problemas, pero lo es más a causa de la enorme fuerza que tienen los apetitos, los instintos.

Así pues, una mente que tan sólo se amolda jamás puede ser casta. Una mente que busca la felicidad por medio del sexo, jamás puede ser casta. Aunque momentáneamente pueda uno experimentar, en ese acto, abnegación y olvido del "yo", la búsqueda misma de esa felicidad hace que ésta sea inmoral, puesto tal búsqueda es cosa de la mente. La castidad existe sólo cuando hay amor. Sin amor no hay castidad. Y el amor no es algo que pueda ser cultivado. El amor existe sólo cuando hay completo olvido del "yo" y, para experimentar la bendición de ese amor, tiene que haber libertad, la cual adviene cuando comprendemos la relación. Entonces, habiendo amor, el acto sexual tiene un significado por completo diferente. Entonces ese acto no es un escape, no es hábito. El amor no es un ideal, es un estado del ser. El amor no pude existir donde hay deseo de "llegar a ser". Sólo cuando hay amor hay castidad, pureza; pero una mente que está tratando de "llegar a ser", o que intenta volverse casta, no conoce el amor.

OBRAS COMPLETAS, volumen V
Benarés, 20 de febrero de 1949

## 5. LA CASTIDAD

La persona que ha tomado votos de celibato no conoce el amor, porque se interesa en sí misma y en su propia realización.

OBRAS COMPLETAS, volumen VIII

Bombay, 9 de marzo de 1955

**La castidad puede existir sólo cuando hay amor, y sin amor no hay castidad.**

**Pregunta:** ¿Es la continencia o castidad necesaria para obtener la liberación?

**Krishnamurti:** La pregunta está erróneamente planteada. Nada es necesario para obtener la liberación. Usted no puede obtenerla negociando, o mediante el sacrificio, la liberación no es algo que pueda comprar. Si hace estas cosas, lo que obtenga será del mercado y, por tanto, no será verdadero. La verdad no puede comprarse, no hay medios que conduzcan hacia la verdad; si hubiera un medio, el fin no sería la verdad, porque medio y fin son una sola cosa, no están separados. La castidad como medio hacia la liberación, hacia la verdad, es una negación de la verdad. La castidad no es una moneda con la que usted compra la verdad. No puede comprar la verdad con ninguna moneda, así como no puede comprar con ninguna moneda la castidad. Sólo puede comprar aquellas cosas que ya conoce, pero no puede comprar la verdad porque no la conoce. La verdad se manifiesta sólo cuando la mente está quieta, silenciosa; así que el problema es por completo diferente, ¿no es cierto?

¿Por qué pensamos que la castidad es esencial? ¿Por qué el sexo se ha vuelto un problema? Ésa es, en realidad, la pregunta, ¿no? Comprenderemos qué es ser casto cuando comprendamos este corrosivo problema del sexo. Averigüemos primero por qué el sexo se ha vuelto un factor tan extremadamente importante en nuestra vida, más que la propiedad, el dinero, etc. ¿Qué entendemos por sexo? Nuestro problema no es el mero acto, sino el pensar en él, el sentirlo, el anticiparlo, el escapar del sexo. Nuestro problema es la sensación, el desear más y más. Obsérvense a sí mismos, no observen al prójimo. Observen por qué sus pensamientos están tan ocupados en el sexo. La castidad puede existir sólo cuando hay amor, y sin amor no hay castidad. Sin amor, la castidad es tan sólo una forma diferente de lujuria. Volverse casto es convertirse en otra cosa; es como un hombre que se vuelve poderoso triunfando como un eminente abogado político o lo que fuere; un cambio así está en el mismo nivel que el otro.

Eso no es castidad, sino tan sólo la consecuencia final de un sueño, el resultado de la continua resistencia a un deseo en particular. Así pues, nuestro problema no es cómo volvernos castos o cómo averiguar qué cosas son necesarias para la liberación, sino comprender este problema que llamamos sexo. Porque es un problema enorme, y ustedes no pueden abordarlo condenándolo o justificándolo. Por supuesto, pueden aislarse fácilmente de él, pero entonces estarán creando otro problema. Este problema sumamente importante, absorbente y destructivo del sexo puede ser comprendido sólo cuando la mente se libera de sus propias cías. Por favor, consideren esto cuidadosamente; no lo dejen de lado. En tanto estén atados por el temor, por la tradición, por algún trabajo en particular, por alguna actividad, creencia o idea; en tanto estén condicionados por todo eso y apegados a ello, tendrán este problema del sexo. Sólo cuando la mente está libre de temor, existe lo insondable, lo inagotable, y sólo entonces este problema toma su lugar normal. Entonces pueden tratar con él simple y electivamente; entonces no es un problema. Así, la castidad deja de ser un problema donde hay amor.

Entonces, la vida no es un problema; la vida es para ser vivida completamente en la plenitud del amor, y esa revolución dará origen a un mundo nuevo.

OBRAS COMPLETAS, volumen VI
Colombo, Ceylán, 1° de enero de 1950

Los que tratan de ser célibes con el fin de realizar a Dios no son castos, porque están buscando un resultado o una ganancia, sustituyendo de ese modo el sexo por el objetivo, por el resultado, lo cual es temor. Sus corazones carecen de amor, y sin amor no puede haber pureza; sólo un corazón puro puede encontrar la realidad. Un corazón disciplinado, reprimido, no puede saber qué es el amor. No puede conocer el amor si está preso en el hábito, en la sensación –religiosa o física, psicológica o sensorial–. El idealista imita y, por tanto, no puede conocer el amor. No puede ser generoso, entregarse por completo sin pensar en sí mismo. Solo cuando la mente y el corazón están libres de la carga del temor, de la rutina de los hábitos sensorios, cuando hay generosidad y compasión, existe el amor. Un amor así es casto.

OBRAS COMPLETAS, volumen IV
Bombay, 15 de febrero de 1948

**Jamás hemos dicho que el amor y el sexo son dos cosas separadas. El amor es total; no puede ser dividido.**

Aquella mañana el río era como plata manchada, porque había muchas nubes y hacía frío. Las hojas estaban cubiertas de polvo, el cual se depositaba en finas capas por todas partes; en la sala, en la galería y sobre las sillas. El frío era cada vez más intenso; debe haber nevado fuertemente en los Himalayas. Uno podía sentir el penetrante viento del norte; hasta los pájaros lo advertían. Pero esa mañana el río tenía un extraño movimiento propio; no se veía encrespado por el viento, parecía casi inmóvil y tenía esa cualidad intemporal que todos los ríos parecen tener, ¡Qué bello era! No es de extrañarse que la gente lo haya convertido en un río sagrado. Uno podía sentarse allí, en la galería, y observarlo sin cesar, meditativamente. No era un estado de soñar despierto; los pensamientos no se movían en ninguna dirección, estaban simplemente ausentes.

Y, a medida que observaba la luz sobre ese río, de algún modo uno parecía perderse, y cuando cerraba los ojos penetraba en un vacío pleno de felicidad. Esto era bienaventuranza.

Él vino nuevamente esa mañana, acompañado de un joven. Era el monje que había hablado acerca de la disciplina, los libros sagrados y la autoridad de la tradición. Su cara estaba recién lavada, así como sus vestiduras. El joven se veía bastante nervioso. Había acudido con el monje, quien probablemente era su gurú, y esperaba que éste hablara primero. Miraba el río pero estaba pensando en otra cosa. Enseguida, el sanyasi dijo: «He venido nuevamente, pero esta vez para hablar acerca del amor y la sensibilidad. Nosotros, que hemos tomado votos de castidad, tenemos nuestros problemas sensuales. El voto es sólo un medio de resistir nuestros incontrolables deseos. Yo soy ahora un hombre viejo y estos deseos ya no me abrasan más. Antes de tomar mis votos estaba casado. Mi esposa murió; yo dejé mi casa y pasé por un período de angustia, de intolerables impulsos biológicos; luché contra ellos noche y día. Fue una época muy difícil, llena de soledad, frustración, miedo a la locura y arranques neuróticos. Aún ahora no me atrevo a pensar demasiado en ello. Y este joven ha venido conmigo

porque creo que va a pasar por el mismo problema. Quiere renunciar al mundo y tomar votos de pobreza y castidad, tal como yo lo hice. Le he estado hablando durante muchas semanas, y pensé que sería pertinente si pudiera tratar este problema con usted, el problema del sexo y el amor. Espero que no le importe si hablamos con absoluta franqueza».

«Si vamos a ocuparnos de esta cuestión, en primer lugar, y si se me permite sugerirlo, no comience a examinarla desde una posición, una actitud o un principio, porque esto le impedirá explorar. Si está contra el sexo o si insiste en que es necesario para la vida, que es una parte del vivir, cualquier suposición semejante obstruirá su verdadera percepción. Debemos desechar cualquier conclusión y, de ese modo, estar libres para mirar, para examinar.» Acababan de caer unas gotas y los pájaros se habían quedado quietos, porque llovería copiosamente y las hojas, una vez más, estarían frescas y verdes, plenas de luz y color.

Se sentía el aroma de la lluvia y reinaba en la región esa extraña quietud que llega antes de una tormenta.

«Tenemos, pues, dos problemas: el amor y el sexo. Uno es una idea abstracta, el otro es un real impulso biológico cotidiano; un hecho que existe y que no puede ser negado. Primero averigüemos qué es el amor, no como una idea abstracta, sino qué es en realidad. ¿Qué es? ¿Es puramente un deleite sensual cultivado como placer por el pensamiento? ¿Es el recuerdo de una experiencia que nos ha proporcionado un gran deleite o disfrute sexual? ¿Es la belleza de una puesta del Sol, la delicada hoja que uno toca o ve, el perfume de la flor que uno aspira? El amor ¿es placer o deseo? O ¿no es ninguna de estas cosas? ¿Puede el amor dividirse como sagrado y profano? O ¿es algo indivisible, total, que no puede ser fragmentado por el pensamiento? ¿Existe el amor sin el objeto? O ¿surge sólo a causa del objeto? ¿Es al ver el rostro de una mujer que el amor se manifiesta en usted, siendo el amor sensación, deseo, placer, a los que el pensamiento da continuidad? O ¿es el amor un estado interno que responde, como la ternura, la belleza? ¿Es el amor algo cultivado por el pensamiento, de modo tal que el objeto de ese amor se vuelve lo importante, o es algo sin ninguna relación con el pensamiento y, por tanto, independiente, libre? Sin comprender esta palabra y el significado que hay tras ella, viviremos torturados o nos volveremos neuróticos con respecto al sexo o seremos sus esclavos.

«El amor no puede ser fragmentado por el pensamiento. Cuando éste lo divide en fragmentos, como impersonal, personal, sensual, espiritual, mi país y su país, mi dios y su dios, entonces ya no es más amor; es algo por completo diferente, un producto de la memoria, de la propaganda, de la conveniencia, de la comodidad y esas cosas.

«¿Es el sexo un producto del pensamiento? ¿Es el sexo –el placer, el deleite, la compañía, la ternura que contiene– un recuerdo reforzado por el pensamiento? En el acto sexual hay olvido, entrega de uno mismo, un sentimiento de que no existen el temor, la ansiedad, los tormentos de la vida. Al recordar este estado de ternura y olvido de sí mismo y al requerir su repetición, uno rumia al respecto, por decirlo así, hasta la siguiente ocasión. ¿Es esto ternura, o es solamente la recordación de algo que ya ha pasado y que esperamos volver a capturar mediante su repetición? ¿Acaso la repetición de algo, por placentera que sea, no es un proceso destructivo? »

El joven recobró súbitamente el habla: «El sexo es un impulso biológico, como usted mismo ha dicho, y si esto es destructivo, ¿no es igualmente destructivo el comer, ya que también es un impulso biológico?».

«Si uno come cuando tiene hambre, eso es una cosa; pero si uno tiene hambre y el pensamiento dice: "Debo paladear tal o cual tipo de comida", entonces eso es pensamiento y es lo que constituye la repetición destructiva.»

«En el sexo ¿cómo sabe uno qué es un impulso biológico como el hambre, y qué es una exigencia psicológica como la de la codicia?», preguntó el joven.

«¿Por qué separa el impulso biológico de la exigencia psicológica? Y hay aún otra pregunta, una pregunta por completo diferente: ¿Por qué separa usted el sexo del acto de ver la belleza de una montaña o de una flor? ¿Por qué asigna una importancia tan tremenda a lo uno y descuida totalmente lo otro?»

«Si el sexo es algo por completo diferente del amor, como usted parece decir, ¿hay, entonces, necesidad alguna de hacer algo con respecto al sexo?», preguntó el joven.

Jamás hemos dicho que el amor y el sexo sean dos cosas separadas. Hemos dicho que el amor es total, que no puede ser fragmentado, y que el pensamiento, por su misma naturaleza, es fragmentario. Cuando el pensamiento domina, es obvio que no hay amor. Por lo general, el hombre conoce –quizá sólo es conocer– el sexo del pensamiento, el cual consiste en rumiar el placer y su repetición. Por tanto, tenemos que preguntarnos: ¿Existe alguna otra clase de sexo que no pertenezca al pensamiento o al deseo?»

El sanyasi había escuchado todo esto con tranquila atención. Ahora habló: «He resistido al sexo, he tomado votos contra él, porque debido a la tradición, a la razón, he visto que uno debe tener energía para consagrarse a la vida religiosa. Pero ahora veo que esta resistencia ha consumido una gran cantidad de energía. He gastado más tiempo y más energía en resistir que los que he gastado en el sexo mismo. Por eso comprendo ahora lo que usted ha dicho: que un conflicto de cualquier clase es un derroche de energía. El conflicto y la lucha embotan mucho más que ver el rostro de una mujer, o tal vez más aún que el sexo mismo.»

«¿Hay amor sin deseo, sin placer? ¿Hay sexo sin deseo, sin placer? ¿Hay amor que sea total sin que intervenga en él pensamiento alguno? ¿Es el sexo algo del pasado, o es algo nuevo cada vez? El pensamiento es, obviamente, viejo, así que estamos contrastando siempre lo viejo y lo nuevo. Formulamos preguntas desde lo viejo, y queremos una respuesta en términos de lo viejo. Por tanto, cuando preguntamos si hay sexo sin que opere y trabaje todo el mecanismo del pensamiento, ¿no significa eso que no nos hemos salido de lo viejo? Estamos tan condicionados por lo viejo, que no tocamos el camino en lo nuevo. Dijimos que el amor es total y siempre nuevo –nuevo no como opuesto a lo viejo, porque eso es otra vez lo viejo–. Cualquier afirmación de que el sexo existe sin el deseo carece por completo de valor, pero si usted ha entendido todo el significado del pensamiento, entonces tal vez, dará con lo otro. Si, no obstante, exige tener placer a cualquier precio, entonces no existirá el amor.»

El joven dijo: «Ese impulso biológico del que usted habló es, precisamente, una exigencia así, porque aunque pueda ser diferente del pensamiento, engendra pensamientos.»

«Tal vez yo pueda responder a mi joven amigo», dijo el sanyasi, «porque he pasado por todo esto. Me he ejercitado durante años para no mirar a una mujer. He controlado despiadadamente la exigencia biológica. El impulso biológico no engendra pensamientos; el pensamiento lo captura, lo utiliza, genera imágenes, representaciones mentales a causa de este impulso, y entonces el impulso es un esclavo del pensamiento. Es el pensamiento el que da origen al impulso durante la mayor parte del tiempo. Como dije, estoy empezando a ver la naturaleza extraordinaria de nuestro propio engaño y de nuestra deshonestidad. Existe en nosotros muchísima hipocresía. Jamás podemos ver las cosas como son, sino que tenemos que crear ilusiones acerca de ellas. Lo que usted nos está diciendo, señor, es que lo miremos todo con ojos claros, sin la memoria del ayer; ha repetido esto muy a menudo en sus pláticas. Entonces la vida no se convierte en un problema. Precisamente en mi vejez, estoy empezando darme cuenta de esto».

El joven no parecía completamente satisfecho. Quería que la vida fuera de acuerdo con sus términos, de acuerdo con la fórmula que él había elaborado cuidadosamente. Por esto es muy importante conocerse a sí mismo, no según alguna fórmula o algún gurú. Esta constante percepción alerta la que no existe opción alguna, termina con todas las ilusiones y toda la hipocresía.

Ahora el agua caía a torrentes y el aire estaba muy quieto; sólo se escuchaba el sonido de la lluvia sobre el tejado y sobre las hojas.

THE SECOND PENGUIN KRISWÍAMURTI READER

**El esfuerzo dedicado a la represión, al control, a esta negación del deseo, distorsiona nuestra mente**

La mayoría de nosotros gasta su vida en el esfuerzo; y el esfuerzo, la lucha, la disputa, son una disipación de energía. El hombre, a lo largo de todo su período histórico, ha dicho que para encontrar esa realidad o Dios –cualquiera sea el nombre que puedan darle–, uno debe ser célibe; es decir, uno toma un voto de castidad y reprime, controla, lucha consigo mismo interminablemente durante toda la vida para acatar su voto. ¡Mire qué desperdicio de energía! También es un desperdicio de energía ceder al deseo. Y ese desperdicio tiene una importancia mucho mayor cuando reprimimos. El esfuerzo dedicado a la represión, al control, a esta negación del deseo, distorsiona nuestra mente y, debido a esa distorsión, tenemos cierto sentimiento de austeridad, el cual se convierte en aspereza. Por favor, escuchen. Observen esto en sí mismos y en las personas que los rodean. Y observen este derroche de energía que implica la batalla. No las implicaciones del sexo, no el acto en sí, sino los ideales, las imágenes, el placer; el constante pensar en todo eso es un desperdicio de energía. Y casi todos desperdiciamos nuestra energía mediante la negación, o tomando un voto de castidad, o pensando perpetuamente en el sexo.

OBRAS COMPLETAS, volumen XV Bombay, 3 de marzo de 1965

**Interlocutor:** Hace muchos años, cuando por primera vez me interesé en la así llamada vida religiosa, tomé la fuerte determinación de cortar totalmente con el sexo. Me ajusté rigurosamente a lo que consideraba un requisito esencial de esa vida y viví con toda la feroz austeridad de un célibe monástico. Ahora veo que es estúpida esa clase de sometimiento puritano en el que están involucradas la represión y la violencia; pero aún así no quiero volver a mi antigua vida. ¿Cómo voy a actuar ahora respecto al sexo?

**Krishnamurti:** ¿Por qué no sabe usted qué hacer cuando hay deseo? Le diré por qué. Porque esta rígida decisión suya aún sigue operando. Todas las religiones nos han dicho que debemos negar el sexo, reprimirlo, porque según ellas es un desperdicio de energía y uno debe tener energía para encontrar a Dios. Pero esta clase de austeridad, de dura represión y ajuste a una norma, ejerce una violencia brutal sobre nuestros más finos instintos. Este tipo de áspera austeridad es un desperdicio de energía mayor que el de la indulgencia en el sexo.

¿Por qué ha convertido usted el sexo en un problema? En realidad, no importa en absoluto si se acuesta o no se acuesta con alguien. Siga con ello o déjelo, pero no lo convierta en un problema. El problema surge de esta constante preocupación. Lo que realmente interesa no es si nos acostamos con alguien o no, sino por qué tenemos todos estos fragmentos en nuestras vidas, En un agitado rincón está el sexo con todas sus preocupaciones; en otro rincón, hay una clase diferente de agitación; en otro, un esforzarse tras esto o aquello, y en cada rincón está el continuo parloteo de la mente. ¡Hay tantos modos en que la energía se desperdicia!

Si un rincón de mi vida está en desorden, entonces toda mi vida está en desorden. Si en mi vida hay desorden en relación con el sexo, entonces el resto de mi vida está en desorden. De modo que no debo preguntar cómo puedo poner en orden un rincón, sino por qué he dividido la vida en tantos fragmentos diferentes, fragmentos que llevan el desorden dentro de sí mismos y se contradicen todos el uno al otro. ¿Qué puedo hacer cuando veo tantos fragmentos? ¿Cómo puedo habérmelas con todos ello? Tengo estos fragmentos porque no soy íntegro internamente. Si investigo todo esto sin dar origen a otro fragmento más, si penetro hasta el final mismo de cada fragmento, entonces, en esa percepción que es el mirar, no hay fragmentación alguna. Cada fragmento es un placer separado; yo debería preguntarme si voy a permanecer toda mi vida en algún pequeño y sórdido rincón de placer. Examine usted la esclavitud que implica cada placer, cada fragmento, y dígase a sí mismo: «Dios mío, soy un esclavo que depende de todos estos pequeños rincones... ¿Es eso todo lo que hay en mi vida?». Permanezca con ello y vea qué ocurre.

ENCUENTRO CON LA VIDA

**Cuando vemos todo este cuadro como un hecho real, entonces el amor, el sexo y la castidad son una sola cosa.**

Cuando vemos todo esto: lo que hacemos del amor, del sexo, de la autocomplacencia y del tomar votos contrarios al sexo..., cuando vemos el cuadro completo, no como una idea sino como un hecho real, entonces el amor, el sexo y la castidad son una sola cosa. No están separados. Es la separación en las relaciones la que corrompe. El sexo puede ser tan casto como el cielo azul sin nubes; pero con el pensamiento, la nube llega y oscurece el cielo. El pensamiento dice: «Esto es casto, y esto otro es autocomplacencia», «Esto debe ser controlado y en esto me soltaré». Por tanto, el pensamiento es el veneno, no el amor ni la castidad ni el sexo.

El que es inocente, cualquier cosa que haga es siempre casta; pero la inocencia no es producto del pensamiento.



## 6. EL MATRIMONIO

**Uno tiene que descubrir cómo vivir con otra persona, sin ningún sentido de lucha ni de amoldamiento.**

**Krishnamurti:** Cuando dos personas viven juntas, ¿hay una actividad sexual, biológica que las une, o en sus vidas hay amor, hay interés y solicitud del uno por el otro? Probablemente, ustedes conocen esta respuesta mejor que yo.

**Pregunta:** ¿Es necesario casarse enamorado? ¿Qué es la relación física entre hombre y mujer?

**Krishnamurti:** No lo sé, ustedes deben saberlo. Qué pregunta tan extraña es ésta, ¿no? ¿Es necesario casarse enamorado? ¿Qué dicen ustedes? Si quien les habla les preguntara a ustedes, señoras y señores, si es necesario que él se case, ¿qué le contestarían? ¿Cuál sería la respuesta de ustedes? Es probable que fuera: «Haga lo que tenga ganas de hacer; es cosa suya. ¿Por qué molestarnos con eso?»

Pero ya lo ven, la pregunta es mucho más compleja que eso. Todos necesitamos compañía, queremos tener relaciones sexuales; hay una necesidad biológica. Y también queremos tener a alguien en quien poder confiar, en quien poder encontrar seguridad, un sentido de consuelo, de apoyo. Debido a que muy pocos de nosotros podemos estar solos, sin depender de nadie, decimos: «tengo que casarme, o tendré una amiga, lo que fuere, pero debo tener a alguien con quien sentirme a gusto». Nunca nos sentimos a gusto con nadie porque vivimos sumergidos en nuestros propios pensamientos, en nuestros propios problemas, en nuestras propias ambiciones y demás. Tenemos miedo de estar solos, porque la vida es muy solitaria; la vida es muy, muy compleja y dificultosa, y uno necesita a alguien con quien poder hablar, Además, cuando uno se casa tiene una relación sexual, hijos, etc. En esta relación entre hombre y mujer, si no hay amor, él la usa a ella y ella lo usa a él, él la explota y ella lo explota. Eso es un hecho.

Así pues, el interlocutor pregunta qué es la relación física entre el hombre y la mujer. ¿No lo saben? Es asunto de ustedes, señores. Pero es muy complejo penetrar realmente en todo este intrincado problema de vivir juntos, no sólo dos personas, sino vivir junto con la humanidad, con nuestro vecino, con nuestro jefe, con nuestro sirviente (si tenemos sirviente), con nuestros padres e hijos. Vivir juntos como una familia nos da cierta seguridad, cierta protección, y así extendemos esa familia a un grupo, a una comunidad, a un estado, a una nación. Y desde ahí, a una nación que se opone a otra nación; por eso hay siempre división, conflicto y guerras.

Uno tiene que descubrir, pues, cómo puede vivir con otro sin ningún conflicto, sin sentido alguno de lucha, adaptación o amoldamiento. Eso requiere muchísima inteligencia, integridad. Pero nos casamos sólo a causa de nuestras exigencias sexuales, biológicas, etc.

Bombay, 9 de febrero de 1984

**Pregunta:** Casi todos estamos casados o comprometidos en una relación íntima que comenzó por todas las erróneas razones que usted tan correctamente ha descrito. ¿Puede un casamiento o una relación así convertirse alguna vez en una fuerza realmente positiva? (Risas.)

**Krishnamurti:** ¡Qué personas tan desdichadas! Entonces, ¿cómo abordamos esta pregunta? ¿Qué significa estar relacionado con otra persona? Uno puede estar relacionado físicamente de manera muy estrecha, íntima, pero ¿alguna vez estamos relacionados psicológicamente, en lo interno? No románticamente, sentimentalmente; me refiero al sentido profundo de estar relacionados. La palabra relación significa estar en contacto, tener un sentido de totalidad con el otro, no como entes separados que se juntan y se sienten totales, sino que la relación misma produce esta cualidad, esta sensación de que no están separados. Ésta es, en verdad, una cuestión sumamente importante, porque nuestras vidas están, en su mayor parte, muy aisladas, muy separadas, muy cuidadosamente estructuradas a fin de que no seamos perturbados en lo psicológico. Y una relación así debe originar, inevitablemente, conflicto, perturbación y toda la conducta neurótica que tenemos. Por consiguiente, aclaremos juntos qué entendemos por relación; no sólo el significado de esa palabra, el significado verbal, sino el significado que hay tras la palabra, tras las dos personas que se han relacionado.

¿Qué significa estar relacionados? ¿Alguna vez estamos relacionados en el sentido profundo de esa palabra? ¿Puede haber una relación de esa clase, inalterada, serena como las profundidades del mar? ¿Puede haberla si cada uno de nosotros persigue su propio sendero particular, su deseo particular, su ambición particular y demás? ¿Puede haber una relación así con el otro si existen estas cosas? Ustedes dicen: «¿Cómo pueden no existir? ¿Acaso no es necesario que cada uno de nosotros se realice, que florezca junto con el otro?». ¿Qué significa eso cuando existe ese sentido de separación? Si cada uno de nosotros dice que nos estamos ayudando mutuamente a florecer, a crecer, a realizarnos, a ser felices juntos, entonces seguimos manteniendo el espíritu de aislamiento. Ahora bien, ¿por qué la mente o el cerebro, la entidad humana, se aferra siempre a la separación?

Por favor, ésta es una pregunta muy, muy seria. ¿Por qué los seres humanos han mantenido, en todo el curso de la historia, este sentido de aislamiento, de separación, de división? Usted es católico, yo soy protestante. Usted pertenece a ese grupo y yo pertenezco a aquel grupo. Yo me pongo una túnica roja o una túnica amarilla o me rodeo con una guirnalda; y mantenemos esto mientras hablamos de la relación, del amor y todo lo demás. ¿Por qué? (Por favor, estamos cooperando, investigamos juntos.) ¿Por qué hacemos esto? ¿Es ello consciente, deliberado, o es inconsciente, es nuestra tradición, nuestra educación? Toda la estructura religiosa sostiene que estamos separados, que somos almas separadas, etc. ¿Es que el pensamiento en sí es separativo? ¿Comprende? Yo pienso que estoy separado de usted. Pienso que mi conducta debe estar separada de la suya, porque de lo contrario existe el temor de que nos volvamos automáticos, zombis, que nos imitemos unos a otros. ¿Es el pensamiento la causa de este sentido de separación en la vida? Por favor, investiguemos juntos esto. El pensamiento ha separado el mundo en nacionalidades. Usted es inglés, otro es alemán, yo soy francés, usted es ruso y así sucesivamente. Esta división es creada por el pensamiento. Y el pensamiento supone que en esta separación, en esta división hay seguridad; perteneciendo a una comunidad, perteneciendo al mismo grupo, teniendo fe en el mismo gurú, creyendo en las mismas ropas que uno viste conforme a los mandatos del gurú, uno se siente seguro; o al menos tiene la ilusión de que está seguro.

Así que nos preguntamos: ¿Lo que nos separa es el placer, el deseo placentero que es también el movimiento del pensar? ¿Correcto? O sea ¿el pensamiento es alguna vez completo, total? Porque el pensamiento se basa en el conocimiento, que es la inmensa experiencia acumulada del hombre, ya sea en el mundo científico, tecnológico o psicológico. Hemos acumulado una gran cantidad de conocimientos, tanto externa como internamente. Y el pensamiento es el resultado de esos conocimientos, el pensamiento como memoria, conocimiento, experiencia. Por tanto, el conocimiento jamás puede ser completo acerca de nada: acerca de Dios, del nirvana, del Cielo, de la ciencia..., de nada. De modo que el conocimiento debe marchar siempre junto con la sombra de la ignorancia. Por favor veamos este hecho juntos. Por eso, cuando el pensamiento penetra dentro del campo de la relación, debe crear una división, porque el pensamiento mismo está fragmentado, el pensamiento mismo es limitado, ¿de acuerdo? Si esto está claro para todos nosotros –no estoy dando explicaciones; ustedes lo están descubriendo por sí mismos–, entonces ¿qué lugar ocupa el conocimiento en la relación? Por favor, esta cuestión es muy seria; no es sólo una proposición casual, argumentativa.

Ésta es una investigación acerca de qué lugar ocupan el conocimiento, la experiencia, los recuerdos acumulados, en la relación. Tengan la bondad de responder a esto ustedes mismos, no me miren a mí. Si uno dice: «Conozco a mi esposa» –u otra forma de relación íntima–, ya ha puesto a esa persona dentro de la estructura de su conocimiento acerca de ella. Por consiguiente, ese conocimiento se vuelve el proceso divisivo. Uno ha vivido con su esposa, su novia o lo que fuere, y ha acumulado información. Ha recordado las penosas declaraciones que ella ha hecho o que uno ha hecho; existe todo este desarrollo de la memoria que da forma a una imagen, la cual interfiere en la relación con la otra persona. ¿Correcto? Por favor, observen esto en sí mismos. Y ella está haciendo exactamente la misma cosa. Nos preguntamos, pues: ¿qué lugar ocupa el conocimiento en la relación? ¿Es amor el conocimiento? Puedo conocer a mi esposa: su apariencia, el modo como se comporta, ciertos hábitos que tiene, etc. Eso es bastante obvio. Pero ¿por qué debo decir que «la conozco»? Cuando digo que la conozco ya he limitado mi relación. No sé si lo comprenden. Ya he creado un bloqueo, una barrera entre los dos. ¿Significa eso que en mi relación con ella me vuelvo irresponsable? ¿Comprenden mi pregunta? Si digo: «básicamente, no lo conozco a usted», ¿soy irresponsable? O ¿me he vuelto extraordinariamente sensitivo –si es que puedo usar esa palabra; es una palabra errónea–, soy vulnerable, no tengo sentido alguno de división, no tengo barreras?

Por tanto, si poseo esta cualidad de mente, de cerebro, si siento que la relación es un florecer, un movimiento –no es algo estático, es una cosa viva, uno no puede ponerla en una canasta y decir «es eso» y no moverse de ahí–, entonces puedo comenzar a preguntarme: ¿qué es el matrimonio? ¿De acuerdo? O no matrimonio; uno puede vivir con otra persona, sexualmente; pueden vivir como compañeros, tomarse de la mano, conversar e ir a un Registro Civil o pasar por una ceremonia católica o protestante y ser atados allí; o pueden vivir sin estar casados. En un caso, he tomado un voto de responsabilidad; en el otro, no. En uno, estoy legalmente casado y la separación o el divorcio se vuelve más bien difícil; en el otro es bastante simple: ambos nos decimos adiós y nos marchamos en direcciones diferentes. Y eso es lo que está sucediendo cada vez más en el mundo. No condenamos ni lo uno ni lo otro. Por favor, sólo estamos considerando todo este problema: la responsabilidad y el sentimiento de la tremenda carga que representan los hijos. Y ahí ustedes están atados legalmente. En el otro caso no; pueden tener hijos pero la puerta está abierta siempre. Ahora bien, en ambos casos, ¿toda relación entre dos personas es una mera forma de atracción, de respuestas biológicas por ambas partes, curiosidad, el sentimiento de querer estar con el otro, lo cual puede ser el resultado del inconsciente miedo a la soledad, un hábito establecido por la tradición? En ambos casos se ha

convertido en un hábito y en ambos casos hay miedo a la pérdida, hay posesión, mutua explotación sexual y todas las secuelas de ello.

Ahora bien, ¿qué es lo importante en ambos casos? Por favor, estamos considerando esto juntos; no les estoy diciendo qué es y qué no es lo importante. ¿Qué es importante, indispensable en ambos casos? La responsabilidad es esencial, ¿verdad? Soy responsable por las personas con las que vivo. Soy responsable, no sólo con respecto a mi esposa, sino que soy responsable por lo que está sucediendo en el mundo. Soy responsable de ver que no se mate a la gente. Soy responsable. Responsable de ver que no haya violencia. ¿De acuerdo?

¿Se limita, pues, mi responsabilidad a una persona, a mi familia, a mis hijos, como lo ha establecido la tradición? En Occidente, la familia está desapareciendo más y más, mientras que en Oriente la familia sigue siendo el centro. Ésta es tremendamente importante; por la familia harán cualquier cosa; aunque sean primos lejanos se mantendrán unidos; se ayudarán unos a otros usando toda clase de influencias. Pero aquí, poco a poco eso está desapareciendo por completo.

Vean señores: si investigan, este problema se vuelve extraordinariamente complejo y vital. Si tengo hijos, si los amo realmente y me siento responsable, lo soy durante toda la vida de ellos, y ellos deben sentirse responsables de mí durante toda su vida. Debo ver que sean educados debidamente, que no se les asesine a causa de una guerra.

Así pues, esta cuestión implica todo eso. Investigándola a fondo, uno ve que, a menos que tenga esta cualidad de amor, todo carece por completo de significación. Y, si estoy intentando no ser egoísta, no estar aislado, tener este sentimiento de afecto profundo en el cual no hay apego ni posesión ni persecución del placer, y mi esposa siente lo contrario, entonces tenemos un problema por completo diferente. ¿Comprenden esto? Entonces el problema es: ¿Qué haré? ¿Simplemente abandonarla, huir, divorciarme? Puedo tener que hacerlo si ella insiste. No es una pregunta que pueda ser respondida mediante unas cuantas declaraciones, sino que requiere muchísima investigación interna en esto por ambas partes. Y si en esa investigación, en esa exploración, no hay amor, entonces no hay una acción inteligente. Donde hay amor, éste tiene su propia inteligencia, su propia responsabilidad.

Brockwood Park, Inglaterra 2 de septiembre de 1982

**Cuando uno ama a su esposa, no la domina.**

En este país, un marido es el jefe; él es la ley, el amo, porque domina económicamente, y es él quien dice cuáles son los deberes de una esposa. Puesto que la esposa no es el factor dominante y depende económicamente, lo que ella dice no cuenta. Podemos abordar el problema desde el punto de vista del marido o del de la esposa. Si abordamos el problema de la esposa vemos que, por no ser ella libre en lo económico, su educación es limitada, o sus capacidades de pensar pueden ser inferiores: y la sociedad le ha impuesto regulaciones y modos de conducta determinados por los hombres. En consecuencia, ella acepta los así llamados derechos del marido; y como él es el factor dominante al ser económicamente libre y tener la capacidad de ganar dinero, es él quien dicta la ley. Naturalmente, donde el casamiento es un asunto de contrato, sus complicaciones no tienen límite. Entonces existe el deber, una palabra burocrática que nada significa en la relación.

Cuando uno establece regulaciones y empieza a indagar en los deberes y derechos del marido y la esposa, eso no termina nunca. Ciertamente, una relación semejante es un asunto terrible ¿no? Cuando el marido exige sus derechos e insiste en tener una esposa sumisa –cualquier cosa que eso pueda significar–, la relación que tienen es, obviamente, tan sólo un contrato comercial. Es muy importante comprender esta cuestión, porque debe haber seguramente una manera distinta de abordarla. Mientras la relación se base en un contrato, en el dinero, en la posesión, en la autoridad y el dominio, entonces es inevitable que se convierta en un asunto de derechos y deberes. Podemos ver la extrema complejidad de la relación, cuando ésta es el resultado de un contrato que determina lo que está bien, lo que está mal, lo que es deber. Si soy la esposa y mi marido insiste en ciertas acciones, como no soy independiente, es natural que tenga que sucumbir a sus deseos, que él tome las riendas. Ustedes imponen a sus esposas ciertas reglas, ciertos derechos y deberes; por tanto, la relación se vuelve un mero asunto de contrato, con todas las complejidades que ello implica.

Ahora bien, ¿no hay una manera diferente de abordar este problema? O sea, cuando hay amor no existe el deber. Cuando uno ama a su esposa, lo comparte todo con ella: su propiedad, sus preocupaciones, su ansiedad, su alegría. No la domina. Uno no es el hombre y ella la mujer para ser usada y puesta de lado, una especie de máquina de engendrar hijos a fin de prolongar el apellido del esposo. Cuando hay amor, la palabra deber desaparece. El hombre cuyo corazón carece de amor, es el que habla de derechos y deberes, y en este país los deberes y derechos han tomado el lugar del amor. Las reglas se han vuelto más importantes que la calidez del afecto. Cuando hay amor, el problema es simple; cuando no hay amor, el problema se vuelve complejo. Cuando un hombre ama a su mujer y a sus hijos, jamás puede pensar en términos de derechos y deberes. Señores: examinen sus propios corazones y sus mentes. Sé que lo toman a risa; es uno de los trucos de las personas irreflexivas reírse de algo y así desecharlo. La esposa no comparte aquí la responsabilidad del marido, no comparte su propiedad, no posee la mitad de todo lo que él posee, porque se considera que la mujer es menos que el hombre, es algo para ser mantenido y usado sexualmente, a conveniencia del marido y cuando el apetito de éste así lo requiera. En consecuencia, han inventado ustedes las palabras derechos y deber, y cuando la mujer se rebela, le lanzan estas palabras. Es una sociedad estática, una sociedad en deterioro la que habla de deber y derechos. Si examinan de veras sus corazones y sus mentes, encontrarán que carecen de amor.

Para que surja a la existencia una sociedad nueva, una nueva cultura, es obvio que no puede haber dominación, ni de parte del hombre ni de parte de la mujer. La dominación existe a causa de la pobreza interna. Siendo psicológicamente pobres, necesitamos dominar, renegar contra el sirviente, contra la esposa o el marido. Ciertamente, sólo el sentimiento de afecto, la calidez del amor, pueden dar origen a un nuevo estado, a una nueva cultura. El cultivo del corazón no es un proceso de la mente. La mente no puede cultivar el corazón, pero cuando el proceso de la mente es comprendido, el amor se manifiesta. Amor no es una mera palabra. La palabra no es la cosa. La palabra amor no es el amor. Cuando usamos esa palabra y tratamos de cultivar el amor, eso es tan sólo un proceso de la mente. El amor no puede ser cultivado, pero cuando comprendemos que la palabra no es la cosa, entonces la mente con sus leyes y regulaciones, con sus derechos y deberes, deja de interferir, y sólo así existe la posibilidad de crear una nueva cultura, una nueva esperanza y un mundo nuevo.

OBRAS COMPLETAS, volumen V
Poona, India, 12 de septiembre de 1948

**El matrimonio como costumbre, como cultivo del placer habitual, es un factor de deterioro, porque en el hábito no hay amor.**

Sólo para los muy, muy pocos que aman, la relación conyugal tiene significación, y entonces es indestructible, entonces no es mero hábito o mera conveniencia ni está basada en la necesidad biológica, sexual. En ese amor que es incondicional se han fusionado las identidades, y en una relación así hay una cura posible; hay esperanza.

Pero para la mayoría de ustedes, en la relación conyugal no hay fusión. Para unir entre sí las identidades separadas, tanto el marido como la esposa tienen que conocerse a sí mismos. Eso significa amar. Pero no hay amor, lo cual es un hecho obvio. El amor es siempre puro, nuevo, no es mera gratificación ni mero hábito. El amor es incondicional. Y no es así como ustedes tratan a sus esposas o maridos, ¿verdad? Cada cual vive en su propio aislamiento, y ambos han establecido sus hábitos de placer sexual asegurado. ¿Qué le sucede al hombre que tiene una renta asegurada? Es obvio que se deteriora. ¿No lo han notado? Observen al hombre que tiene una renta asegurada y pronto verán con cuánta rapidez su mente se deteriora. Puede tener una gran posición, puede haber adquirido una reputación por su ingenio, pero la plenitud de la alegría de vivir lo ha abandonado.

De igual modo, en el matrimonio de ustedes hay una permanente fuente de placer, un hábito sin comprensión, sin amor, y están forzados a vivir en esas condiciones. No estoy diciéndoles lo que deben hacer, sino que primeramente consideren el problema. ¿Piensan que eso está bien? No quiere decir que uno deba librarse de su mujer y buscar alguna otra. ¿Qué significado tiene esta relación? Ciertamente, amar es estar en comunión con alguien, pero ¿está usted en comunión con su esposa, excepto físicamente? Salvo en ese aspecto físico, ¿la conoce? Y ella, ¿lo conoce a usted? ¿Acaso no están ambos aislados, cada cual persiguiendo sus propios intereses, sus propias ambiciones y necesidades, cada cual buscando en el otro su gratificación, su seguridad económica o psicológica? Una relación semejante no es relación en absoluto; es un proceso mutuo de necesidades psicológicas, biológicas y económicas en el que ambos se encierran aislándose uno del otro, y el resultado obvio es el conflicto, la infelicidad, los regaños, el temor posesivo, los celos y demás.

Por consiguiente, el matrimonio como costumbre, como cultivo del placer habitual, es un factor de deterioro, porque en el hábito no hay amor. El amor no es cuestión de hábito; es algo dichoso, creativo, siempre nuevo. En consecuencia, el hábito es lo contrario del amor, pero ustedes son prisioneros del hábito y, naturalmente, la relación habitual que tienen con el otro es una relación opaca, apagada. Volvemos, pues, a la cuestión fundamental, o sea, que la reforma de la sociedad depende de ustedes, no de la legislación. La legislación sólo puede contribuir a fomentar el hábito o el amoldamiento. Por tanto, cada uno de ustedes, como individuo responsable que vive en relación, tiene que hacer algo, tiene que actuar, y podrá actuar sólo cuando haya un despertar de su mente y su corazón. Veo que algunos inclinan la cabeza en señal de acuerdo conmigo, pero el hecho obvio es que no quieren asumir la responsabilidad de la transformación, del cambio; no desean afrontar el trastorno de descubrir el modo de vivir rectamente. Por tanto, el problema continúa; siguen adelante con sus riñas, y finalmente mueren. Y cuando mueren hay alguien que llora, no por el compañero o la compañera que ha muerto, si no por su propia soledad. Ustedes siguen igual, no cambian, y piensan que son seres humanos capaces de legislar, de ocupar altas posiciones, de hablar acerca de Dios, de hallar una manera de detener las guerras, etc. Ninguna de estas cosas significa nada, porque ustedes no han resuelto ninguno de los problemas fundamentales.

Nueva Delhi, India, 19 de diciembre de 1948

**Interlocutor:** Si dos personas tienen una relación de conflicto y sufrimiento, ¿pueden resolverla, o la relación debe terminar? ¿No es necesario que ambos cambien para tener una buena relación?

**Krishnamurti:** Espero que la pregunta esté clara. ¿Cuál es la causa de que en la relación haya sufrimiento, conflicto y todos los problemas que allí surgen? ¿Cuál es la raíz? Por favor, al responder a estas preguntas estamos pensando juntos. No estoy contestando para que usted reciba, acepte o rechace lo que digo, sino que estamos investigando juntos. Ésa es una cuestión que concierne a todos los seres humanos, ya sea que vivan en Oriente, aquí o en América. Es un problema que incumbe realmente a la mayoría de los seres humanos. Aparentemente, dos personas, hombre y mujer, no pueden vivir juntos sin conflicto, sin sufrimiento, sin un sentido de desigualdad, sin ese sentimiento de que no están profundamente relacionadas la una con la otra. Uno se pregunta por qué. Puede haber múltiples causas: sexo, temperamento, sentimientos opuestos, creencia, ambición... Pueden existir muchas, muchas causas para esta falta de armonía en la relación. Pero ¿cuál es, realmente, el origen?, ¿qué profundidad tiene ese origen que genera conflicto en cada uno de nosotros? Creo que es una pregunta importante para formularla sin esperar que otro, como el que le habla, responda a ella, sino que, planteada la pregunta, uno ha de tener la paciencia de aguardar, de vacilar, de dejar que la pregunta misma arraigue, florezca, se mueva. No sé si estoy comunicando ese sentir.

Me pregunto por qué, si estoy casado o vivo con una mujer, por qué existe entre nosotros este conflicto básico. Puedo dar una respuesta superficial: decir que eso se debe a que ella es católica, y yo soy protestante, esto o aquello. Son todas razones superficiales; pero yo quiero descubrir la raíz profunda, el origen profundo de este conflicto entre dos personas. He formulado la pregunta y aguardo a que la pregunta misma florezca, a que exponga y saque a relucir todas las intrincaciones que contiene. Para eso debo tener un poco de paciencia ¿no es verdad?; cierto sentido de espera; tengo que observar, estar atento a fin de que la pregunta comience a desplegarse. A medida que se despliega, empiezo a ver la respuesta. No es que desee una respuesta, sino que la pregunta misma comienza a desplegarse y me muestra la complejidad extraordinaria que existe entre dos personas, dos seres humanos que tal vez gusten el uno del otro, que tal se sientan mutuamente atraídos. Cuando son muy jóvenes se involucran sexualmente, etc., y más tarde, a medida que van envejeciendo un poco, se aburren el uno del otro y, gradualmente, escapan de ese aburrimiento por intermedio de otra persona, divorciándose..., usted ya conoce todo lo demás. Pero encuentran el mismo problema con la otra persona. De modo que debo tener paciencia. Pero con esa palabra –paciencia– no quiero decir permitirle al tiempo que opere. No sé si ha examinado la cuestión de la paciencia y la impaciencia.

Casi todos nosotros somos impacientes. Queremos que nuestra pregunta sea respondida de inmediato o queremos escapar inmediatamente de ella o actuar inmediatamente sobre ella. De modo que somos más bien impacientes para permanecer con ella. Esta impaciencia no nos da la profundidad que implica la comprensión del problema. Mientras que, si tengo paciencia, la cual no pertenece al tiempo, no siento el deseo de terminar con el problema; vigilo, observo el problema, dejo que evolucione, que se desarrolle. Entonces, gracias a esa paciencia, empiezo a descubrir la profundidad de la respuesta. ¿Correcto? Ahora hagámoslo juntos. Somos pacientes, no deseamos una respuesta inmediata; por tanto, nuestras mentes, nuestros cerebros están abiertos para mirar, están alerta y atentos al problema y

a su complejidad. ¿De acuerdo? ¿Estamos tratando de...? ¡no!, no quiero usar la palabra tratando; estamos penetrando en el problema de por qué dos personas no parecen jamás capaces de vivir juntas sin conflicto. ¿Cuál es la raíz del conflicto? ¿Cuál es mi relación con esa persona o con alguna otra? ¿Es superficial? O sea, atracción sexual, curiosidad, excitación, todas respuestas sensorias superficiales. ¿Correcto? Me doy cuenta, pues, de que estas respuestas son superficiales, y de que mientras trate de encontrar una respuesta superficialmente, jamás podré ver la profundidad del problema. ¿Estoy libre, entonces, de las respuestas superficiales, de los problemas que estas respuestas crean y de los intentos de resolver estos problemas superficialmente? No sé si lo están siguiendo.

He visto que no encontraré una respuesta superficialmente. Por tanto, me pregunto cuál es la raíz del problema. ¿Es la educación? ¿Es que siendo hombre quiero dominar a la otra persona, poseerla? ¿Estoy tan profundamente apegado que no quiero soltar? ¿Veo que el estar atado, apegado, producirá invariablemente corrupción, corrupción en el sentido de que soy celoso y me siento ansioso, atemorizado? Uno conoce muy bien todas las consecuencias del apego. ¿Es ese apego la causa del conflicto? O ¿la causa es mucho más profunda? En primer lugar, dijimos, están las causas superficiales, luego las emocionales, el apego, la dependencia sentimental y romántica. Si descarto esas causas, ¿sigue habiendo en esto una cuestión más profunda? ¿Lo está captando? Nos estamos moviendo desde lo superficial hacia, abajo, más y más profundamente, a fin de descubrir por nosotros mismos cuál es la raíz del problema. Espero que usted esté haciéndolo.

Ahora bien, ¿cómo encuentro esa raíz? ¿Cómo la encuentra usted? ¿Está deseando una respuesta, desea encontrar la raíz y, para ello, hace un esfuerzo tremendo? ¿O quiere encontrarla y entonces su mente, su cerebro está quieto? Está mirando; por tanto, no se halla agitado; ésa no es la actividad del deseo, de la voluntad. Simplemente observa. ¿Estamos haciendo esto juntos, sólo observamos para ver cuál es la raíz profunda, la causa profunda, la base de este conflicto entre seres humanos? ¿Es la raíz el sentimiento de separación individual? Vea, tenga la bondad de examinarlo muy cuidadosamente. ¿Es la raíz el concepto individual de que básicamente estoy separado de la otra persona? Biológicamente, somos diferentes; pero existe el sentimiento de una profundamente arraigada acción separativa individual. ¿Es ésa la raíz del conflicto? O ¿hay una raíz todavía más profunda, una capa más profunda? ¿Entiende? Me pregunto si está siguiendo todo esto. ¿Estamos juntos en ello? ¿Primero son las reacciones sensorias, sensuales, luego las respuestas emocionales, románticas, sentimentales, después el apego con toda su corrupción? ¿O es algo profundamente condicionado, un cerebro que dice: «Yo soy un individuo, y –él o ella– es un individuo, y somos entidades separadas; cada uno debe realizarse a su propio modo y, por tanto, la separación es básica»? ¿Es así?

¿Es básica la separación? O ¿he sido educado para eso, para pensar que soy un individuo y que –él o ella–, también un individuo, debe realizarse a su modo, tal como yo debo realizarme al mío? Así, ya desde el principio mismo hemos partido en estas dos direcciones separadas. Pueden correr paralelas una junto a la otra, pero no se encuentran jamás, igual que dos vías férreas que nunca se encuentran. Y todo cuanto hago es tratar de encontrarme con –él o ella–, tratar de vivir en armonía, me esfuerzo: «¡Oh, querida(o), eres tan buena(o)!», ¿entiende?, repitiendo, repitiendo, pero sin que nos encontremos jamás. ¿Correcto?

Entonces, si ésa es la causa –y, por lo visto, parece ser la causa–, la raíz del conflicto, ¿es una realidad esa existencia separada de un individuo respecto del otro? O ¿es una ilusión que he estado alimentando, acariciando, a la cual me he aferrado pese a que no tiene tras de sí validez alguna? Si

carece de validez, debo estar muy seguro, absoluta, irrevocablemente seguro de que es una ilusión, y debo preguntarme si el cerebro puede romper con esa ilusión y darse cuenta de que, psicológicamente, somos todos similares ¿Me sigue? Mi consciencia es la consciencia del resto de la humanidad; aunque biológicamente seamos diferentes, psicológicamente nuestra consciencia es similar en todos los seres humanos. Si alguna vez me doy cuenta de esto, no intelectualmente sino a fondo, en mi corazón, en mi sangre, en mis entrañas, entonces mi relación con el otro experimenta un cambio radical. ¿De acuerdo? Es algo inevitable.

Ahora bien, el interlocutor pregunta: «Estarnos en conflicto. ¿Debemos terminar?» Si combatimos el uno contra el otro todo el día, como casi todos lo hacen en esta lucha, en este conflicto –usted sabe, la amargura, la ira, el odio, la repulsión–, lo soportamos tanto como podemos, y después llega el momento en que debemos romper. Conocemos este patrón tan familiar; hay cada vez más divorcios. Y el interlocutor pregunta: «¿Qué puede uno hacer?» Si estoy perpetuamente en conflicto con mi esposa y no tengo modo de arreglar eso, ¿debe terminar mi relación? O ¿comprendo básicamente la causa de esta ruptura, de este conflicto –la cual es el sentido de la individualidad separada– y, habiendo visto su naturaleza ilusoria, ya no persigo más la línea individual. Entonces, ¿qué ocurre cuando percibo eso y lo vivo –no lo sostengo verbalmente, sino que lo vivo de hecho–, cuál es mi relación con la persona, la mujer, que sigue pensando en términos de individuo? ¿Comprende mi pregunta?

Es muy interesante; investiguémosla. Veo, o ella ve –mejor pongámoslo en la cuenta de ella– la necedad, el absurdo, la naturaleza ilusoria del individuo. Ella lo comprende, lo siente, y yo no; porque soy varón, soy más agresivo, más impulsivo y todo eso. ¿Qué ocurre entonces, entre nosotros? Ella ha comprendido esa naturaleza y yo no. Ella no quiere reñir conmigo, nunca. ¿Correcto? No entrará para nada es ese terreno; pero yo estoy presionándola constantemente, empujándola y tratando de arrastrarla a ese terreno. Yo estoy creando el conflicto, no ella. ¿Comprende cómo se ha movido toda la cosa? ¿Está siguiendo esto? La cosa completa se ha movido. No hay dos personas riñendo, sino una. Vea lo que ha ocurrido. Y, si soy algo sensible, si tengo por ella un sentimiento verdadero, comienzo a transformarme también, porque ella está irrevocablemente ahí. ¿Comprende? Ella no se moverá de ahí. Vea lo que sucede. Si dos objetos móviles se encuentran, hay conflicto. No sé si usted lo ve. Pero si uno de ellos, la mujer, es inamovible, y yo soy movible, cedo naturalmente ante aquello que es inamovible. ¿Correcto? Me pregunto si comprende esto. Es muy sencillo.

Por tanto, el problema está resuelto si uno comprende de verdad la relación, si la comprende sin la imagen, cosa que ya investigamos anteriormente. Entonces ella, por su misma presencia, por su misma vitalidad va a transformarme, a ayudarme. Esa es la respuesta. ¿Lo ha captado?

LA RELACIÓN<br>Saanen, Suiza, 31 de julio de 1981

**Interlocutor:** ¿Es posible para un hombre y una mujer vivir juntos, tener sexo e hijos, sin toda la agitación, la amargura y el conflicto inherentes a esa relación? ¿Es posible que haya libertad por ambas partes? Por libertad no quiero decir que el marido o la esposa deban tener constantemente aventuras amorosas con alguna otra persona. Por lo general, las personas se unen y se casan porque se enamoran, y en eso hay opción, placer, afán posesivo y un instinto tremendo. La naturaleza misma de este enamoramiento está llena, desde el principio, con las semillas del conflicto.

**Krishnamurti:** ¿Es así? ¿Necesita ser de ese modo? Lo pongo muy en duda. ¿No puede usted enamorarse sin tener una relación posesiva? Amo a una mujer, ella me ama y nos casamos; todo eso es perfectamente claro y sencillo, no contiene conflicto alguno. (Cuando digo que nos casamos podría decir igualmente que decidimos vivir juntos; no quedemos presos en las palabras.) ¿Acaso no es posible tener lo uno sin lo otro, sin que necesariamente traiga cola, por decirlo así? ¿No pueden dos personas estar enamoradas, y ser ambas tan inteligentes y sensibles como para que haya libertad y ausencia de un centro generador de conflicto? En el sentimiento de estar enamorado no hay conflicto. Ese sentimiento carece por completo de conflicto. En el amor no hay pérdida de energía. La pérdida de energía está en todo lo que sigue: celos, afán posesivo, sospechas, dudas, miedo de perder ese amor, la constante exigencia de garantía y seguridad. Ciertamente, debe ser posible funcionar en una relación sexual con alguien a quien usted ama, sin la pesadilla que acompaña generalmente a esas relaciones. Desde luego que es posible.

ENCUENTRO CON LA VIDA

## 7. ¿QUÉ ES EL AMOR?

Me doy cuenta de que el amor no puede existir cuando hay celos; el amor no puede existir cuando hay apego. Ahora bien ¿es posible para mí estar libre de los celos y el apego? Me doy cuenta de que no amo. Eso es un hecho. No voy a engañarme a mí mismo; no voy a fingir con mi mujer que la amo. No sé qué es el amor. Pero si sé que soy celoso y también sé muy bien que estoy terriblemente apegado a ella y que en el apego hay temor, celos, ansiedad; hay un sentido de dependencia. No me gusta depender, pero dependo porque me siento solo; me empujan por todos lados, en la oficina, en la fábrica, y vengo a mi casa y quiero sentirme cómodo y en compañía; deseo escapar de mí mismo. Ahora me pregunto: ¿Cómo he de liberarme de este apego Tomo eso sólo como un ejemplo.

En primer lugar, quiero zafarme del problema. No sé cómo van a terminar las cosas con mi mujer. Cuando esté realmente desapegado de ella, mi relación con ella puede cambiar. Ella podría apegarse a mí y yo podría no estar apegado a ella ni a ninguna otra mujer. Pero voy a investigar. Por tanto, no escaparé de lo que imagino podría ser la consecuencia de estar totalmente libre de apego. No sé qué es el amor, pero veo muy claramente, definitivamente sin ninguna duda, que el apego hacia mi mujer significa celos posesión, miedo, ansiedad; y deseo liberarme de todo eso. De modo que empiezo a investigar; busco un método, pero quedo preso en un sistema. Cierto gurú dice: «Te ayudaré a desapegarte; haz esto y esto, practica esto y aquello». Acepto lo que él dice porque veo la importancia de estar libre, y él me promete que si hago lo que aconseja seré recompensado. Pero veo que de ese modo estoy buscando una recompensa. Veo lo tonto que soy: quiero ser libre y me apego a una recompensa.

No deseo estar apegado y, no obstante, me encuentro apegado a la idea de que alguien o algún libro o algún método me recompensará librándome del apego. Por consiguiente, la recompensa se convierte en un apego. Así que digo: «Mira lo que has hecho; sé cuidadoso, no quedes preso en esa trampa». Ya sea que se trate de una mujer, de un método o de una idea, eso sigue siendo apego. Ahora estoy muy alerta porque he aprendido algo, o sea, no cambiar el apego por alguna otra cosa que sigue siendo apego.

Me pregunto: ¿Qué debo hacer para liberarme del apego? ¿Cuál es mi motivo para querer estar libre del apego? ¿No es que anhelo alcanzar un estado donde no haya apego ni temor ni nada de eso? Y súbitamente me doy cuenta de que el motivo imprime una dirección y que esa dirección dictará mi libertad. ¿Por qué tener un motivo? ¿Qué es el motivo? Un motivo es una esperanza o un deseo de lograr algo. Veo que estoy apegado a un motivo. ¡No sólo mi esposa, no sólo mi idea, no sólo el método, sino que también el motivo se ha convertido en mi apego! De modo que todo el tiempo estoy funcionando dentro del campo del apego: la esposa, el método y el motivo de lograr algo en el futuro. Estoy apegado a todo esto. Veo que es algo tremendamente complejo; no me había dado cuenta que estar libre del apego implicaba todas estas cosas. Ahora lo veo tan claramente como veo en un mapa las carreteras principales, las carreteras secundarias y los poblados; lo veo con mucha claridad. Entonces me digo: «Y bien. ¿Es posible para mí estar libre del gran apego que siento por mi esposa, y también estar libre de la recompensa que pienso voy a obtener, así como de mi motivo?» Estoy apegado a todo esto. ¿Por qué? ¿Es porque en mí mismo soy insuficiente? ¿Es porque me siento muy, muy solo y, por eso busco escapar de la sensación de aislamiento recurriendo a una mujer, una idea, un motivo, como si tuviera que aferrarme a algo? Veo que es así; que me siento solo y que, mediante el apego, escapo hacia alguna cosa huyendo de esa sensación de extraordinario aislamiento.

Estoy, pues, interesado en comprender la razón de que me sienta solo, porque veo que eso es lo que hace que me apegue. Esa soledad me ha obligado a escapar, mediante el apego, hacia esto o aquello, y veo que, mientras prosiga ese sentimiento, la consecuencia será siempre ésta. ¿Qué significa sentirse solo? ¿Cómo ocurre? ¿Es algo instintivo, heredado, o se origina en mi actividad diaria? Si es un instinto, si es heredado, entonces forma parte de mi destino; no tengo la culpa. Pero como no acepto esto, lo cuestiono y permanezco con la pregunta. Observo y no trato de encontrar una respuesta intelectual. No trato de decirle a la soledad lo que es o lo que debería hacer; observo para que ella me lo diga. Hay un estado de atenta vigilancia a fin de que la soledad se revele por sí misma. No se revelará si escapo, si tengo miedo, si la resisto. Por tanto, la observo. La observo de modo que no interfiera ningún pensamiento. La observación es mucho más importante que la intervención del pensamiento. Y, gracias a que toda mi energía se interesa en la observación de esa soledad, el pensamiento no interviene en absoluto. La mente es retada y tiene que responder; debido al reto está en crisis. En una crisis uno tiene una gran energía, y esa energía permanece sin ser interferida por el pensamiento. Éste es un reto al que debo responder.

Me puse a dialogar conmigo mismo. Me pregunté qué es esta cosa extraña llamada amor; todos hablan de ella, escriben acerca de ella; lo hacen todos los poemas románticos, las pinturas, el sexo y todas las otras áreas que abarca. Pregunto: ¿Existe una cosa como el amor? Veo que no existe cuando hay celos, odio, miedo. De modo que ya no me ocupo del amor; me intereso en "lo que es", en mi miedo, en mi apego. ¿Por qué estoy apegado? Veo que una de las razones –no digo que sea toda la razón– es que me siento desesperadamente solo, aislado. Cuanto más envejezco más aislado me voy sintiendo. Por consiguiente, observo eso. Éste es un reto que me impulsa a descubrir y, debido a que es un reto, toda la energía se concentra ahí para responder. Es algo sencillo. Si hay alguna catástrofe, un accidente o lo que fuere, eso es un reto, y tengo la energía para afrontarlo. No tengo que preguntar: «¿Cómo obtengo esta energía?» Cuando la casa se quema tengo la energía para entrar en acción, una energía extraordinaria. No me siento y digo: «Bueno, tengo que lograr esta energía» y me quedo esperando; para entonces se habrá quemado toda la casa.

Así pues, tengo esta energía tremenda para responder a la pregunta: ¿Por qué existe este sentimiento de soledad? He rechazado ideas, suposiciones y teorías acerca de que se trata de algo heredado, instintivo. Todo eso no significa nada para mí. La soledad es "lo que es". ¿Por qué existe esta soledad que todo ser humano, si es de algún modo consciente, experimenta ya sea de manera superficial o más profunda? ¿Por qué se manifiesta? ¿Es que la mente hace algo que ocasiona esta soledad? He rechazado teorías como el instinto y la herencia, y me pregunto: ¿Es la mente, es el cerebro mismo el que produce este sentimiento de soledad, este aislamiento total? ¿Es el movimiento del pensar el que hace esto, el que crea en mi vida cotidiana este sentido de aislamiento? En la oficina me aíslo porque quiero llegar a ser el máximo ejecutivo; por tanto, el pensamiento trabaja todo el tiempo aislándose en sí mismo. Veo que el pensamiento opera permanentemente para hacerse superior, que la mente misma induce con su actividad este aislamiento.

Así que el problema es: ¿Por qué hace esto el pensamiento? ¿Es su naturaleza trabajar para sí mismo? ¿Es la naturaleza del pensar crear este aislamiento? Es la educación la que lo origina; ésta me da una carrera, cierta especialización y, por consiguiente aislamiento. El pensamiento, siendo fragmentario, limitado, estando atado al tiempo, crea este aislamiento. En esa limitación ha encontrado la seguridad diciendo: «Tengo una profesión especial en mi vida; soy un profesor. Estoy perfectamente seguro.» En

consecuencia, me interesa saber por qué hace esto el pensamiento. ¿Está en su naturaleza misma obrar así? Cualquier cosa que haga el pensamiento tiene que ser limitada.

El problema es, entonces: ¿Puede el pensamiento darse cuenta de que cualquier cosa que hace es limitada, fragmentaria y, en consecuencia, aisladora, y que todo lo que haga será siempre así? Éste es un punto muy importante: ¿Puede el pensamiento mismo darse cuenta de sus propias limitaciones? O ¿soy yo el que le dice qué es limitado? Veo que es indispensable que esto se comprenda, ya que es la verdadera esencia de la cuestión. Si el propio pensamiento se da cuenta de que es limitado, entonces no hay resistencia ni conflicto; dice: «Eso es lo que soy». Pero si yo le digo que es limitado, me estoy separando de la limitación. Entonces lucho para superar la limitación; por consiguiente, hay conflicto y violencia, no amor.

Entonces ¿se da cuenta el pensamiento mismo de que es limitado? Tengo que descubrirlo. Esto es un reto al que me enfrento. A causa de que me enfrento a un reto, tengo una gran energía. Expresado de otra forma: ¿Se da cuenta la consciencia de que su contenido es ella misma? O ¿he oído a otro decir: «La consciencia es su contenido; el contenido compone la consciencia»? Por tanto, digo: «Sí. Es así.» ¿Veo la diferencia entre lo uno y lo otro? Lo segundo, creado por el pensamiento, es impuesto por el "yo". Si yo impongo algo sobre el pensamiento, hay conflicto. Es como un gobierno tiránico imponiéndose sobre alguien; pero aquí ese gobierno es de mi propia creación.
Me pregunto, pues: ¿Se ha dado cuenta el pensamiento de sus propias limitaciones? ¿O pretende ser algo extraordinario, noble, divino? Esto es un disparate, porque el pensamiento se basa en la memoria. Veo que tiene que haber claridad acerca de este punto, o sea, que no hay una influencia externa que se imponga sobre el pensamiento diciendo que es limitado. Entonces, debido a que no hay imposición, no hay conflicto; el pensamiento comprende, simplemente, que es limitado, se da cuenta de que todo –rendir culto a Dios, etc. – es limitado, vulgar, insignificante, aún cuando haya creado por toda Europa maravillosas catedrales donde poder adorar.

He descubierto, pues, en esta conversación conmigo mismo, que la soledad es creada por el pensamiento. Ahora el pensamiento se ha dado cuenta, por sí mismo, de que es limitado y que, por tanto, no puede resolver el problema de la soledad. Como no puede resolver el problema de la soledad, ¿existe la soledad? El pensar ha creado este sentimiento de soledad, este vacío interno, a causa de que es limitado, fragmentario, de que está dividido; y cuando se da cuenta de esto, la soledad no existe y, por tanto, estoy libre del apego. No he hecho nada; he observado el apego y lo que implica: la codicia, el miedo, la soledad, todo eso, y siguiéndole la pista, observándolo, no analizándolo sino simplemente mirando, mirando y mirando, he descubierto que el pensamiento ha hecho todo esto. El pensamiento, por ser fragmentario, ha creado este apego. Cuando se da cuenta, el apego se termina. No ha habido ningún esfuerzo, porque tan pronto hay esfuerzo el conflicto regresa nuevamente.

En el amor no hay apego; si hay apego no hay amor. Se ha eliminado el factor principal mediante la negación de lo que el amor no es, mediante la negación del apego. Sé lo que eso significa en mi vida cotidiana: no recordar nada de lo que mi vecino, mi esposa o mi novia hicieron para lastimarme; no apegarme a ninguna imagen que el pensamiento haya creado con respecto a mi esposa, cómo me ha intimidado, cómo me ha brindado consuelo, cómo he tenido con ella placer sexual, todas las distintas cosas de las que el movimiento del pensar ha elaborado imágenes; el apego a esas imágenes ha desaparecido.

Y existen otros factores. ¿Debo examinarlos todos, paso a paso, uno por uno? O ¿todo eso se ha desvanecido? ¿Debo examinar cuidadosamente, investigar –como he investigado el apego– el temor, el placer y el deseo de consuelo? Veo que no tengo que pasar por la investigación completa de todos estos diversos factores; lo veo de una sola mirada, lo he captado.

Por consiguiente, al negar lo que no es el amor, el amor existe. No tengo que preguntar qué es el amor. No tengo que correr tras él. Si corro tras él, eso no es amor, es una recompensa. Habiendo, pues, negado en esa investigación todo lo que no es amor, habiendo terminado con ello lenta y cuidadosamente, sin distorsión ni ilusión alguna, entonces lo otro está ahí.

UN DIÁLOGO CONSIGO MISMO

Brockwood Park, Inglaterra, 30 de agosto de 1977

## 8. EL AMOR EN LA RELACIÓN

**El amor en la relación es un proceso purificador, puesto que revela las modalidades del "yo".**

¡Qué fácil es destruir aquello que amamos! ¡Cuán rápidamente se interpone entre nosotros una barrera, una palabra, un gesto, una sonrisa! La salud, el humor y el deseo proyectan una sombra, y lo que era brillante se torna opaco y opresivo. Nos desgastamos por el trato y la costumbre, y aquello que resultaba nítido y claro, se vuelve tedioso y confuso. A causa de la fricción constante, la esperanza y la frustración, lo que era bello y sencillo se convierte en temible y expectante. La relación es compleja y difícil, y pocos salen de ella indemnes. Aunque nos gustaría que fuera estática, duradera, continua, la relación es un movimiento, un proceso que debe ser profunda y plenamente comprendido y no ajustado a un patrón interno o externo. El ajuste, que es la estructura social, pierde su peso y su autoridad sólo cuando hay amor. El amor en la relación es un proceso purificador, puesto que revela las modalidades del "yo". Sin esta revelación, la relación muy poco significa.

Pero ¿cómo luchamos contra esta revelación? La lucha adopta muchas formas: dominación o sometimiento, temor o esperanza, envidia o aceptación, y así sucesivamente. La dificultad está en que no amamos; y si amamos a alguien, queremos que ese amor funcione de un modo particular; no le damos libertad. Amamos con nuestras mentes y no con nuestros corazones. La mente puede modificarse, pero el amor no. La mente puede hacerse invulnerable, pero el amor no; la mente puede siempre aislarse, ser exclusiva, volverse personal o impersonal. El amor no puede ser comparado ni se le pueden imponer limitaciones. Nuestra dificultad radica en eso que llamamos amor y que en realidad pertenece a la mente. Llenamos nuestros corazones con las cosas de la mente y así los mantenemos siempre vacíos y expectantes. Es la mente la que se apega, la que envidia, retiene y destruye. Nuestra vida está dominada por los centros físicos y por la mente. Nosotros no amamos y lo dejamos ahí, sino que ansiamos ser amados; damos con el fin de recibir, lo cual es la generosidad de la mente y no del corazón. La mente está buscando siempre certidumbre, seguridad; y ¿puede la mente asegurar el amor? ¿Puede la mente, cuya esencia misma es del tiempo, capturar el amor, el cual es su propia eternidad?

Pero aún el amor del corazón tiene sus propios ardides; hemos corrompido tanto nuestro corazón que éste se ha vuelto vacilante y confuso. Esto es lo que hace que la vida sea tan penosa y aburrida. Por un momento creemos tener amor, y al momento siguiente lo hemos perdido. Nos llega una fuerza imponderable que no es de la mente y cuyo origen no podemos desentrañar. Esta fuerza es otra vez destruida por la mente; porque en esta batalla la mente parece ser invariablemente la vencedora. Este conflicto interno no puede ser resuelto ni por la mente astuta ni por el vacilante corazón. No hay medios, no hay método alguno para poner fin a este conflicto. La búsqueda misma de un medio es otro impulso de la mente para ser la dueña, para apartar el conflicto a fin de estar en paz, de tener amor, de "llegar a ser" alguna cosa.

Nuestra mayor dificultad está en percibir, de manera amplia y profunda, que no hay ningún medio para amar si ese amor es un objetivo deseado por la mente. Cuando comprendemos esto a fondo, de verdad, entonces existe una posibilidad de recibir algo que no es de este mundo. Sin el contacto de ese algo, sea lo que fuere que hagamos, no puede haber una felicidad duradera en la relación. Si usted ha recibido esa bendición y yo no, es natural que ambos estemos en conflicto. Usted puede no estar en conflicto, pero yo lo estaré; y mi pena y mi dolor harán que me aísle. El dolor es tan exclusivo como el

placer, y hasta que no exista ese amor que nadie puede fabricar, la relación seguirá siendo penosa. Si existe la bendición de ese amor, usted no puede sino amarme, sea yo lo que fuere, porque entonces usted no moldea el amor conforme a mi conducta. Cualesquiera sean los trucos que la mente pueda jugar, ambos estamos separados; aunque podamos estar en contacto el uno con el otro en algunos aspectos, la integración no puede serlo con usted, sino que ha de estar dentro de mí. Esta integración no es producida en ningún momento por la mente; surge sólo cuando la mente está por completo silenciosa, cuando ha llegado al límite de sus propias posibilidades. Sólo entonces no hay dolor en la relación.

COMENTARIOS SOBRE EL VIVIR, PRIMERA SERIE

**El amor no es un proceso del pensamiento.**

Si uno observa, ve que lo que echa a perder nuestra relación es el pensar, pensar y pensar, el calcular, juzgar, sopesar, ajustarnos; y lo único que nos libera de eso es el amor, el cual no es un proceso de la mente. Uno no puede pensar acerca del amor. Puede pensar en la persona a la que ama, pero no puede pensar en el amor.

OBRAS COMPLETAS, volumen V
Henares, India, 6 de febrero de 1949

No sabemos qué es el amor. Conocemos el placer; conocemos la lujuria, el goce que se deriva de ella y la fugaz felicidad envuelta por el pensamiento, por el dolor. No sabemos qué significa "amar". El amor no es un recuerdo. El amor no es una palabra, no es la continuidad de una cosa que nos ha dado placer. Podemos estar relacionados, podemos decir: «Amo a mi esposa», pero no amamos. Si uno ama a su esposa, no hay celos, no hay dominación, no hay apego.

No sabemos qué es el amor, porque no sabemos qué es la belleza, la belleza de una puesta del Sol, el llanto de un niño, el veloz movimiento del pájaro que cruza el cielo, todos los exquisitos colores de un crepúsculo. No nos damos cuenta de nada, somos insensibles a todo eso; por tanto, somos insensibles a la vida.

OBRAS COMPLETAS, volumen XIV
Bombay, 23 de febrero de 1964

**¿Es permanente el amor?**

Una experiencia de placer nos hace exigir más de esa experiencia, y el "más" es el impulso de estar seguros en nuestros placeres. Si amamos a alguien, queremos estar totalmente seguros de que ese amor es retribuido, y buscamos establecer una relación con la esperanza de que por lo menos tenga permanencia. Toda nuestra sociedad se basa en esas relaciones. Pero ¿existe algo que sea permanente? ¿Existe? ¿Es permanente el amor? Nuestro constante deseo es hacer que la sensación se vuelva permanente, ¿no es así? Y aquello que no puede volverse permanente, o sea, el amor, hace caso omiso de nosotros.

OBRAS COMPLETAS, volumen XII,
Londres, 9 de mayo de 1961

**El estado de amor no es del pasado ni del futuro.**

Me pregunto si han considerado alguna vez la naturaleza del amor. Amar es una cosa, y haber amado es otra. El amor no pertenece al tiempo. Uno no puede decir: «he amado»; eso no tiene sentido; en ese caso el amor está muerto, uno no ama; el estado de amor no es del pasado ni del futuro. De igual modo, el conocimiento es una cosa, y el movimiento de conocer es otra. El conocimiento nos ata, pero el movimiento de conocer no nos ata.

Sólo exploren esto cuidadosamente, no lo acepten ni lo nieguen. Vean: el conocimiento tiene la cualidad del tiempo, está atado al tiempo, mientras que el movimiento de conocer es intemporal. Si quiero conocer la naturaleza del amor, de la meditación, de la muerte, no puedo aceptar ni negar nada. Mi mente debe hallarse en un estado, no de duda, sino de investigación, lo cual implica que no hay esclavitud al pasado. La mente que se encuentra en el movimiento de conocer está libre del tiempo porque no hay acumulación.

OBRAS COMPLETAS, volumen XI
Bombay, 30 de diciembre de 1959

**Cuando amamos a alguien, no hay división entre el hombre y la mujer.**

El amor no es de la mente, pero puesto que hemos cultivado la mente, usamos esa palabra amor para abarcar el campo que pertenece a la mente. Ciertamente, el amor no tiene nada que ver con la mente; no es un producto de ésta; el amor es por completo independiente de cálculos y pensamientos. Cuando no hay amor, entonces tenemos la estructura del matrimonio como institución que se vuelve una necesidad. Cuando hay amor, el sexo no es un problema; es la falta de amor lo que convierte al sexo en un problema. ¿No lo saben? Cuando de verdad aman profundamente a alguien –no con el amor de la mente, sino con el del corazón–, comparten con esa persona, él o ella, todo lo que tienen; no sólo el cuerpo, sino todo. En la dificultad le piden ayuda, y ella los ayuda. No hay división entre el hombre y la mujer cuando amamos a alguien; pero cuando no conocemos ese amor, hay un problema sexual. Nosotros conocemos tan sólo el amor del cerebro; ese amor lo ha producido el pensamiento, y un producto del pensamiento sigue siendo pensamiento; no es amor.

OBRAS COMPLETAS, volumen V
Poona, India, 19 de septiembre de 1948

**El amor surge a la existencia cuando comprendemos en su totalidad nuestro propio proceso.**

**Pregunta:** Usted ha hablado acerca de la relación basada en el uso que hacemos de otro para nuestra propia gratificación, y a menudo aludió a un estado llamado amor. ¿Qué entiende usted por amor?

**Krishnamurti:** Sabemos qué es nuestra relación: una gratificación y un uso mutuos, aunque la revistamos con la palabra amor. En el uso, sentimos afecto por aquello que usamos, y lo protegemos. Protegemos nuestra frontera, nuestros libros, nuestra propiedad; de igual manera, somos muy cuidadosos en proteger a nuestras esposas, a nuestras familias, a nuestra sociedad, porque sin eso nos sentiríamos muy solos, perdidos. Sin el hijo, el padre se siente solo; lo que el padre no es, lo será el hijo, de modo que el hijo se vuelve un instrumento de la vanidad del padre. Conocemos la relación de

necesidad y uso. Necesitamos al cartero y él nos necesita; sin embargo, no decimos que amamos al cartero. Pero decimos que amamos a nuestras esposas y a nuestros hijos, aún cuando los usemos para nuestra gratificación personal y estemos dispuestos a sacrificarlos por la vanidad de ser llamados patriotas. Conocemos este proceso muy bien y, obviamente, eso no puede ser amor. El amor que usa, explota, y después se arrepiente de ello, no puede ser amor, porque el amor no es cosa de la mente.

Ahora bien, experimentemos y descubramos qué es el amor; descubrámoslo no sólo verbalmente, sino experimentando de hecho ese estado. Cuando ustedes me usan como gurú y yo los uso como discípulos, hay explotación mutua. De igual modo, cuando uno usa a su esposa y a sus hijos para su propio progreso, hay explotación. Ciertamente, eso no es amor. Cuando usamos a alguien, tiene que haber posesión; la posesión engendra, invariablemente, temor, y con el temor vienen los celos, la envidia, las sospechas. Cuando hay uso, no puede haber amor, porque el amor no pertenece a la mente. Pensar acerca de una persona no es amar a esa persona. Pensamos en una persona sólo cuando esa persona no está presente, cuando ha muerto, cuando ha escapado o cuando no nos da lo que deseamos. Entonces, nuestra insuficiencia interna pone en marcha el proceso de la mente. Cuando esa persona está junto a nosotros no pensamos en ella; pensar en ella cuando está junto a uno puede ser perturbador, de manera que damos por sentado que está ahí. El hábito es un medio de olvidar y de estar en paz, de que no se nos perturbe. Por consiguiente, el uso y la costumbre deben conducir, invariablemente, a la invulnerabilidad; y eso no es amor.

¿Qué es ese estado cuando el uso que uno hace del otro, no existe –siendo ese uso un proceso del pensamiento destinado a ocultar, positiva o negativamente, la insuficiencia interna–? ¿Qué es ese estado cuando no hay sentido alguno de gratificación? La búsqueda de gratificación está en la naturaleza misma de la mente. El sexo es una sensación creada, imaginada por la mente, la cual después actúa o no actúa. La sensación es un proceso del pensamiento, el cual no es amor. Cuando la mente domina y el proceso del pensamiento es importante, no hay amor. Este proceso de uso mutuo, de pensar, imaginar, poseer, encerrar, rechazar, etc., es todo humo, y cuando no hay humo, existe la llama del amor. A veces tenemos realmente esa llama, rica, plena, completa; pero el humo vuelve porque no podemos vivir mucho tiempo con la llama, la cual no tiene para nosotros un sentido de intimidad, ni personal ni impersonal. Casi todos hemos conocido ocasionalmente el perfume del amor y su vulnerabilidad; pero el humo de la utilización mutua, del hábito, de los celos, de la posesión, del contrato y ruptura del contrato, todas esas cosas se han vuelto importantes para nosotros; por tanto, no existe la llama del amor. Cuando hay humo, la llama no está, pero cuando comprendemos la verdad de la utilización que hacemos del otro, la llama está ahí. Usamos al otro porque internamente somos pobres, insuficientes, mezquinos, pequeños, solitarios, y esperamos que, usando al otro, podremos escapar. De igual modo, usamos a Dios como un medio de escape. El amor a Dios no es el amor a la verdad. Uno no puede amar la verdad; amar la verdad es sólo un medio de usarla para ganar alguna otra cosa que conocemos; por consiguiente, existe siempre el temor personal de perder algo que conocemos.

Usted conocerá el amor cuando su mente esté muy serena y libre de su búsqueda de gratificaciones y escapes. En primer lugar, la mente debe cesar por completo. La mente es el resultado del pensamiento, y el pensamiento es tan sólo un paso, un medio para un fin. Cuando la vida es tan sólo un paso hacia alguna cosa, ¿cómo puede haber amor? El amor se manifiesta cuando la mente está naturalmente quieta, no aquietada, cuando ve lo falso como falso y lo verdadero como verdadero. Cuando la mente está quieta, entonces cualquier cosa que ocurre es la acción del amor, no es la acción del

conocimiento. El conocimiento es mera experiencia, y la experiencia no es amor. La experiencia no puede conocer el amor. El amor surge a la existencia cuando comprendemos en su totalidad nuestro propio proceso, y la comprensión de nosotros mismos es el principio de la sabiduría.

OBRAS COMPLETAS, volumen VI
Madras, 5 de febrero de 1950

Uno florece, pues, sólo en la relación; florece únicamente en el amor, no en la contienda. Pero nuestros corazones están marchitos; los hemos llenado con las cosas de la mente, por eso acudimos a otros para llenar nuestras mentes con las creaciones de ellos. Dado que no tenemos amor, tratamos de encontrarlo por medio del maestro, por medio de alguna otra persona. El amor no es una cosa que pueda encontrarse. Uno no puede comprarlo, no puede inmolarse con el fin de obtenerlo. El amor se manifiesta sólo cuando el "yo" está ausente; y mientras estén ustedes buscando gratificación, escapes, mientras rehúsen comprender la confusión que impera en sus relaciones, sólo están acentuando el "yo" y, en consecuencia, negando el amor.

OBRAS COMPLETAS, volumen V
Benarés, 23 de enero de 1949

**En el momento en que tengo *consciencia* de que amo, ha surgido la actividad del "yo"; por tanto, eso deja de ser amor.**

Ahora bien, ésta es, por cierto, nuestra pregunta: ¿Es posible que la mente experimente, que tenga ese estado no de manera transitoria, no en raros momentos, sino –no quisiera emplear las palabras eterno o para siempre porque implicarían tiempo– tener ese estado, hallarse en ese estado que no tiene relación con el tiempo? Ése es, indudablemente, un importante descubrimiento que hemos de hacer cada uno de nosotros, porque ésa es la puerta hacia el amor; todas las otras puertas son actividades del "yo". Donde hay acción del "yo", no hay amor. El amor no es del tiempo. Uno no puede practicar el amor. Si lo practica, entonces eso es una actividad auto-consciente del "yo", el cual espera obtener, por medio del vivir, un resultado.

Así pues, el amor no pertenece al tiempo; no podemos dar con él mediante ningún esfuerzo consciente, ninguna disciplina, ni mediante la identificación, todo lo cual es un proceso del tiempo. La mente, por conocer tan sólo el proceso del tiempo, no puede reconocer el amor. El amor es la única cosa nueva, eternamente nueva. Puesto que casi todos hemos cultivado la mente, que es un proceso del tiempo, que es el resultado del tiempo, no sabemos qué es el amor. Hablamos del amor; decimos que amamos a la gente, que amamos a nuestros hijos, a nuestra esposa, a nuestro prójimo; decimos que amamos la naturaleza. Pero en el momento en que tengo consciencia de que amo, ha entrado en actividad el "yo"; por tanto, eso deja de ser amor.

Este proceso total de la mente puede ser comprendido sólo a través de la relación: la relación con la naturaleza, con la gente, con nuestra propia proyección, con todo. De hecho, la vida no es sino relación. Aunque podamos intentar aislarnos de la relación, no podemos existir sin relación; aunque la relación implique dolor, del cual tratamos de escapar mediante el aislamiento convirtiéndonos en ermitaños y cosas así, no podemos hacerlo. Todos estos métodos son una indicación de la actividad del "yo". Al ver todo este cuadro, al darnos cuenta de todo este proceso del tiempo como consciencia, al hacerlo sin preferencia alguna, sin ninguna intención determinada, deliberada, sin el deseo de

obtener algún resultado, veremos que este proceso del tiempo llega a su fin espontáneamente, no por ser inducido a ello, no como un resultado del deseo. Sólo cuando ese proceso llega a su fin, existe el amor, el cual es eternamente nuevo.

OBRAS COMPLETAS, volumen VI
Madras, 10 de febrero de 1952

**Cuando amamos no existen ni el "tú" ni el "yo".**

Sólo cuando la mente esté quieta conocerá el amor, y ese estado de quietud no es algo que pueda ser cultivado. El cultivo sigue siendo la acción de la mente; la disciplina sigue siendo un producto de la mente; y una mente disciplinada, controlada, subyugada, una mente que resiste, que todo lo explica, no puede conocer el amor. Ustedes pueden leer, pueden escuchar lo que se dice acerca del amor; pero eso no es amor. Sólo cuando desechan las cosas de la mente, sólo cuando sus corazones se vacían de las cosas de la mente, hay amor. Entonces sabrán qué es amar sin separación, sin distancia, sin tiempo, sin temor; y eso no está reservado para una minoría. El amor no conoce jerarquías; sólo existe el amor. Únicamente cuando no amamos existen los muchos y el uno, la exclusividad. Cuando amamos, señor, no existen ni el "tú" ni el "yo"; en ese estado sólo existe una llama sin humo.

OBRAS COMPLETAS, volumen VI
Bombay, 12 de marzo de 1950

**¿Puede la mente dar con el amor, sin disciplina, sin pensamientos, sin esfuerzo, sin ningún libro, sin ningún instructor?**

En este mundo dividido y árido no hay amor, porque el placer y el deseo juegan los roles más importantes; no obstante, sin amor nuestra vida cotidiana no tiene sentido. Y ustedes no pueden tener amor si no hay belleza. La belleza no es algo que vemos, no es un árbol hermoso o una bonita pintura o un bello edificio o una hermosa mujer. Hay belleza sólo cuando el corazón y la mente saben lo que es el amor. Sin amor y sin ese sentido de belleza, no hay virtud, y ustedes saben muy bien que, hagan lo que hagan, aunque mejoren la sociedad, aunque alimenten a los pobres, sólo estarán creando más daño, porque sin amor sólo hay fealdad y pobreza en nuestro corazón y en nuestra mente. Pero cuando hay amor y belleza, cualquier cosa que hagamos estará bien, estará en orden. Si uno sabe amar, puede hacer lo que quiera, porque el amor resolverá todos los demás problemas.

Hemos llegado, pues, al punto: ¿Puede la mente dar con el amor, sin disciplina, sin pensamiento, sin esfuerzo, sin ningún libro, instructor o líder, dar con el amor tal como uno se encuentra con una bella puesta del Sol?

Me parece que para ello es absolutamente necesaria una cosa: la pasión sin motivo, esa pasión que no es el resultado de algún compromiso o apego, esa pasión que no es lujuria. Un hombre que no sabe qué es la pasión jamás conocerá el amor, porque el amor surge a la existencia sólo cuando hay total entrega de uno mismo.

Una mente que busca no es una mente apasionada, y la única manera de encontrar el amor es dar con él sin buscarlo, inadvertidamente y no como resultado de algún esfuerzo o alguna experiencia.

Descubrirán que un amor así no pertenece al tiempo; es tanto personal como impersonal; es igual en relación con uno o en relación con muchos. Como ante una flor que exhala su perfume, uno puede aspirarlo o pasar de largo. Esa flor es para todos y para aquel que la contempla con deleite y se toma la molestia de aspirar intensamente su fragancia. Para la flor es igual que uno se encuentre muy cerca en el jardín o muy lejos, porque ella está llena de ese perfume y, en consecuencia, lo comparte con todos.

El amor es algo nuevo, fresco, vital. No tiene ayer ni mañana. Está más allá de la agitación del pensamiento. Sólo la mente inocente conoce el amor y puede vivir en este mundo que no es inocente. Descubrir esta cosa extraordinaria que el hombre ha buscado incesantemente mediante el sacrificio, la adoración, el sexo, mediante toda forma de placer y de dolor, sólo es posible cuando el pensamiento llega a comprenderse a sí mismo y se termina naturalmente. Entonces el amor no tiene opuesto y, por ende, está libre de conflicto.

Tal vez pregunten: «Si encuentro un amor así, ¿qué ocurre con mi vida, con mis hijos, con mi familia? Ellos necesitan seguridad». Cuando alguien formula una pregunta semejante, es que nunca ha salido del campo del pensamiento, del campo de la consciencia. Cuando alguna vez haya estado fuera de ese campo, jamás hará una pregunta semejante, porque sabrá qué es el amor, en el cual no hay pensamiento y, por tanto, no existe el tiempo. Uno podrá sentirse hipnotizado y encantado al leer esto, pero ir realmente más allá del pensamiento y del tiempo –lo cual implica ir más allá del dolor– es darse cuenta de que existe una dimensión diferente llamada amor. Pero uno no sabe cómo llegar a esta fuente extraordinaria; por tanto, ¿qué hace? Si no sabe qué hacer, no hace nada, ¿verdad? Absolutamente nada. Entonces, internamente, está en completo silencio. ¿Comprenden lo que esto significa? Significa que uno no está buscando ni deseando ni persiguiendo nada; no hay centro en absoluto. Entonces hay amor.

LIBÉRESE DEL PASADO

**¿Hay una manera de abordar el hecho sin que para ello exista ni un solo motivo?**

Examinemos esta cuestión de lo que es una relación inteligente; no la relación del pensamiento con su imagen. Nuestros cerebros son mecánicos; mecánicos en el sentido de que son repetitivos, de que nunca son libres; están siempre esforzándose dentro del mismo campo, pensando que son libres porque se mueven de un rincón a otro de ese campo, lo cual es opción, y creyendo que la opción es libertad; pero esta libertad es, simplemente, la misma cosa. Nuestro cerebro, que en el curso de los tiempos ha evolucionado a través de la tradición, de la educación, de la conformidad, del ajuste, se ha vuelto mecánico. Puede que haya partes del cerebro que sean libres, pero uno no lo sabe, de modo que no lo afirmen. No digan: «Sí. Hay una parte de mí que es libre.»; eso no tiene sentido. Permanece el hecho de que el cerebro se ha vuelto mecánico, tradicional, repetitivo, y de que posee su propia astucia, su propia capacidad de adaptarse, de discernir. Pero se halla siempre dentro de un área limitada y está fragmentado. El pensamiento tiene su residencia en las células físicas del cerebro.

El cerebro se ha vuelto mecánico, como cuando decimos, por ejemplo, «Yo soy cristiano, yo no soy cristiano, yo soy hindú, yo creo, yo tengo fe, yo no tengo fe...», es todo un proceso mecánico y repetitivo, una reacción a otra reacción y así sucesivamente. El cerebro humano, estando condicionado, tiene su propia inteligencia artificial, mecánica, igual que una computadora. Nos quedaremos con esa expresión: inteligencia mecánica. (Miles y miles de millones de dólares se gastan para descubrir si una computadora puede operar exactamente igual que el cerebro.) El pensamiento,

que se origina en la memoria, en el conocimiento almacenado en el cerebro, es mecánico; puede tener la capacidad de inventar, pero sigue siendo mecánico –la invención es por completo diferente de la creación–. El pensamiento trata de descubrir un modo de vida diferente, o un orden social diferente. Pero cualquier descubrimiento de un orden social que el pensamiento pueda hacer, sigue estando dentro del campo de la confusión. Nos preguntamos: ¿Hay una inteligencia que no tenga causa y que pueda actuar en nuestras relaciones, no el estado mecánico de relación que hoy existe?
Nuestras relaciones son mecánicas. Tenemos ciertos impulsos biológicos y los satisfacemos. Requerimos ciertas comodidades, alguna compañía porque nos sentimos solos o deprimidos y, al aferramos a otro, pensamos que esa depresión tal vez desaparecerá. Pero en nuestra relación con otro, íntima o de otra clase, siempre hay una causa, un motivo, una base desde la cual establecemos la relación. Eso es mecánico. Ha estado sucediendo por milenios. Parece como si siempre hubiera existido un conflicto, una batalla constante entre el hombre y la mujer, cada cual persiguiendo su propio curso de acción y sin encontrarse jamás, como dos líneas férreas. Esta relación es siempre limitada porque proviene de la actividad del pensamiento, que en sí mismo es limitado. Dondequiera que haya limitación, tiene que haber conflicto. En cualquier forma de asociación –uno pertenece a este grupo y otro pertenece a aquel grupo– hay reclusión, aislamiento; donde hay aislamiento tiene que haber conflicto. Esto es una ley, no es algo inventado por quien les habla; es así, obviamente. El pensamiento está siempre limitándose y, en consecuencia, aislándose. Por tanto, en la relación, donde impera la actividad del pensamiento, tiene que haber conflicto.

Vean la realidad de este hecho; véanla no como una idea, sino como algo que está ocurriendo en la actividad de nuestra vida cotidiana: divorcios, disputas, celos, odio del uno hacia el otro; ya conocen la desdicha de todo eso. La esposa quiere causarle daño a uno porque está celosa, y uno también siente celos de ella; son todas reacciones mecánicas, es la actividad repetitiva del pensamiento que origina conflicto en la relación. Eso es un hecho. Ahora bien, ¿cómo abordan ustedes ese hecho? He aquí un hecho: mi esposa y yo reñimos. Ella me odia y también existe mi respuesta mecánica: la odio. Descubro que es el recuerdo de las cosas que han sucedido, el cual se halla almacenado en el cerebro y prosigue día tras día. Todo mi pensar es un proceso de aislamiento, y ella también se aísla. Ninguno de nosotros descubre la verdad acerca de ese aislamiento. Ahora bien ¿cómo miro ese hecho? ¿Qué voy a hacer con ese hecho? ¿Cuál es mi respuesta? ¿Me enfrento a este hecho con un motivo, una causa? Debo ser cuidadoso, no decir: «Mi esposa me odia» y encubrir con eso que yo también la odio, que me desagrada, que no deseo estar con ella, porque ambos estamos aislados. Yo ambiciono una cosa, ella ambiciona algo diferente. De modo que nuestra relación funciona en el aislamiento. ¿Abordo el hecho con una explicación, con una causa, que son todos motivos? O ¿lo abordo sin un motivo, sin una causa? Cuando lo abordo sin una causa, ¿qué ocurre, entonces?

Observen esto. Tengan la bondad de no saltar a ninguna conclusión; obsérvenlo en sí mismos. Antes, uno ha abordado este problema mecánicamente con una razón, con una base desde la cual actuaba. Ahora, ve la tontería que implica una acción semejante, porque es el resultado del pensamiento. ¿Existe, pues, una manera de abordar el hecho sin que intervenga un solo motivo? O sea, yo no tengo un motivo, pero puede que ella tenga un motivo. Entonces, si no tengo un motivo, ¿cómo miro el hecho? El hecho no es diferente de uno; uno es el hecho. Uno es la ambición, uno es el odio, uno depende de alguien, uno es eso. Hay una observación del hecho, que es uno mismo, sin que en ella intervenga ninguna clase de justificación, de motivo. ¿Es eso posible? Si uno no lo hace así, vive perpetuamente en conflicto. Y tal vez diga que ése es el modo como hay que vivir. Si aceptan que ése es el modo como hay que vivir, es cosa de ustedes, es el placer de ustedes. El cerebro, la tradición y el

hábito nos dicen que eso es inevitable. Pero cuando uno ve el absurdo de tal aceptación, entonces está obligado a ver que todo este tormento es uno mismo; uno mismo es el enemigo, no la esposa de uno.

Uno se ha encontrado con el enemigo y ha descubierto que el enemigo es uno mismo. ¿Puede, pues, observar todo este movimiento del "yo", del "sí mismo", así como la tradicional aceptación de que uno se halla separado de los demás, lo cual se revela absurdo cuando examinamos todo el campo de la consciencia humana? Hemos llegado a un punto importante en la comprensión de lo que es la inteligencia. Dijimos que la inteligencia es sin causa, tal como el amor es sin causa. Si el amor tiene una causa, obviamente, no es amor. Si alguien es tan "inteligente" como para ser empleado por el gobierno, o es "inteligente" porque comprende mi razonamiento, eso no es inteligencia, es capacidad. La inteligencia no tiene causa. Por tanto, vean si se miran a sí mismos con una causa. ¿Están mirando este hecho de que piensan, trabajan, sienten en aislamiento y que ese aislamiento debe, inevitablemente, engendrar un perpetuo conflicto? Ese aislamiento es uno mismo; uno es el enemigo. Cuando nos miramos sin un motivo, ¿hay un "yo", el "yo" como la causa y el efecto, el "yo" como resultado del tiempo, que es el movimiento de la causa al efecto? Cuando uno se mira a sí mismo, cuando sin una causa mira este hecho, hay algo que termina y algo totalmente nuevo que comienza.
picopico

## LA LLAMA DE LA ATENCIÓN

Saanen, Suiza, 15 de julio de 1982

## 9. ESTAR RELACIONADO SIGNIFICA TERMINAR CON EL “YO”.

Me pregunto a menudo por qué vamos a reuniones para escuchar a otros, por qué queremos discutir cosas juntos y, claro está, por qué tenemos problemas en absoluto. Los seres humanos en todo el mundo parecen tener muchísimos y múltiples problemas. Y nosotros asistimos a reuniones como éstas esperando obtener alguna clase de idea, una fórmula, un estilo de vida que tal vez pudiera sernos útil o ayudarnos a superar nuestras numerosas dificultades, el complejo problema del vivir. Sin embargo, aunque el hombre ha vivido por millones de años, todavía sigue luchando, siempre buscando a tientas algo como la felicidad o la realidad o una mente que no se altere, que pueda vivir en este mundo de una manera franca, feliz y sensata. Pero, extrañamente, no parecemos dar con ninguna de estas realidades que serían total y permanentemente satisfactorias. Y ahora nos encontramos aquí por cuarta vez y yo me pregunto por qué nos reunimos o conversamos. Ha habido muchísima propaganda, muchas personas han dicho cómo debemos vivir, qué debemos hacer, qué debemos pensar; han inventado múltiples teorías: qué debería hacer el Estado, cómo debe ser la sociedad, etc. Y los teólogos de todo el mundo enuncian un dogma fijo o una creencia en torno de la cual construyen mitos y teorías extravagantes. Y, por medio de la propaganda, derramando interminables palabras y palabras, nos moldean, condicionan nuestras mentes y perdemos poco a poco toda sensibilidad.

El intelecto es para nosotros enormemente importante, el pensamiento es esencial, el pensamiento que pueda operar con lógica, cordura e inteligencia. Pero me pregunto si el pensamiento tiene en absoluto lugar alguno en la relación. Porque eso es lo que vamos a discutir juntos esta tarde. Dijimos que debemos formular preguntas fundamentales, esenciales. Las tres últimas veces que nos reunimos aquí, nos enfrentamos a ese inmenso interrogante para el cual el hombre ha estado buscando una respuesta: ¿Qué es la relación del ser humano, atrapado en esta confusión, en esta incesante desdicha (con algún aleteo de ocasional felicidad)?, ¿qué es su relación con esa realidad inmensa, si es que existe del todo una relación? Ya examinamos eso.

Quizás esta tarde logremos considerar (no intelectualmente, sino de hecho, con nuestros corazones y nuestras mentes, con todo nuestro ser), dedicándole atención completa, este problema de la relación del hombre, y no sólo su relación con otro, sino también su relación con la naturaleza, con el universo, con toda criatura viviente. Pero, como vimos, la sociedad nos está tornando -y nosotros mismos nos estamos tornando- más y más mecánicos, superficiales, insensibles, indiferentes; las matanzas continúan en el Lejano Oriente y nosotros permanecemos relativamente tranquilos. Nos hemos vuelto muy prósperos, pero esa misma prosperidad nos está destruyendo, porque nos estamos volviendo indiferentes y perezosos, y poco a poco perdemos nuestra estrecha relación con todos los seres humanos, con todas las cosas vivientes. Y me parece muy importante que nos formulemos estas preguntas: ¿Qué es la relación? ¿Existe en absoluto relación alguna? Y ¿qué lugar ocupan en esa relación el amor, el pensamiento y el placer?

Como dijimos, vamos a considerar este problema, pero no intelectualmente, porque eso significa fragmentariamente. Hemos separado la vida en intelecto y emociones, hemos dividido en departamentos toda nuestra existencia, con el especialista en el campo de la ciencia, el artista, el escritor, el sacerdote y el lego corriente, ¡como lo somos ustedes y yo! Estamos divididos en nacionalidades, en clases, divisiones que se van ampliando y ahondando cada vez más. Consideremos este problema de la relación, el cual es de veras extraordinariamente importante, porque vivir es estar relacionado; y, al considerar este problema de la relación, debemos preguntarnos qué significa vivir.

¿Qué es nuestra vida, la cual necesita una relación profunda con otro, ya sea la esposa, el marido, los hijos, la familia, la comunidad o cualquier otra unidad humana? Al considerar este problema no podemos abordarlo fragmentariamente, porque si tomamos una sección, una parte de la totalidad de la existencia, y tratamos de resolver esa única parte, entonces no hay ninguna salida posible para el problema. Pero quizás podamos comprender la vida y vivirla de una manera diferente si podemos abordar este problema de la relación en su totalidad, no en fragmentos; no como el individuo y la comunidad, el individuo opuesto a la comunidad, el individuo y la sociedad, el individuo y la religión, etc., ya que éstas son todas fragmentaciones, divisiones. Siempre estamos tratando de resolver nuestros problemas comprendiendo un pequeño fragmento de este asunto total de la existencia. ¿Podríamos, pues, al menos por esta tarde (y espero que por el resto de nuestras existencias), considerar la vida no en fragmentos, tales como católico, protestante, especialista en zen, seguidor de un determinado gurú o instructor, etc., que son todas cosas absurdamente infantiles?

Tenemos un problema inmenso, que es comprender la existencia, comprender cómo hay que vivir. Y, como dijimos, el vivir es relación, no existe el vivir si no estamos relacionados. Y casi todos nosotros, al no estar relacionados en el profundo sentido de esa palabra, tratamos de identificarnos con algo: con la nación, con un sistema, con una filosofía, un dogma o una creencia en particular. Eso es lo que está sucediendo en todo el mundo, la identificación de cada individuo con algo, con la familia o consigo mismo. (No sé qué significa "identificarse con uno mismo".)

Esta existencia fragmentaria, separativa, conduce inevitablemente a diversas formas de violencia. Por tanto, si pudiéramos dedicar nuestra atención completa a este problema de la relación, entonces quizá podríamos resolver las desigualdades sociales, las injusticias, la inmoralidad y esa cosa terrible que el hombre ha cultivado: la "respetabilidad"; ser respetable es ser moral conforme a lo que en verdad es esencialmente inmoral. ¿Hay, pues, en absoluto, relación alguna? Relación implica estar en contacto, en comunicación profunda, fundamental con la naturaleza, con otro ser humano; significa estar relacionados, no por lazos de sangre, no como parte de la familia, o como marido y mujer, ya que éstas difícilmente sean relaciones en absoluto. Para descubrir la naturaleza de este problema, debemos considerar otra cuestión, que es todo el mecanismo que forma las imágenes, que las reúne creando una idea, un símbolo conforme al cual vive el hombre. Casi todos tenemos imágenes de nosotros mismos: lo que creemos que somos, lo que deberíamos ser, la imagen propia y la imagen del otro; éstas son las imágenes que tenemos en la relación. Ustedes tienen una imagen de quien les habla, y como él no los conoce, no tiene una imagen. Pero si uno conoce muy íntimamente a alguien, ya ha formado una imagen; la intimidad misma implica la imagen que uno tiene de la otra persona: la esposa tiene una imagen del marido y el marido tiene una imagen de ella. Luego está la imagen de la sociedad y las imágenes que uno tiene acerca de Dios, de la verdad, de todo.

¿Cómo se origina esta imagen? Y si se encuentra allí, como ocurre prácticamente con todos, ¿cómo puede haber relación alguna? Relación significa estar profunda e intensamente en contacto el uno con el otro. Desde esa relación profunda puede haber cooperación, un trabajar juntos, hacer cosas juntos. Pero si hay una imagen -yo tengo una imagen del otro y el otro tiene una imagen de mí- ¿qué relación puede existir excepto la relación de una idea, de un símbolo, o cierto recuerdo que se convierte en la imagen? ¿Se relacionan entre sí tales imágenes y esto es, quizá, la relación? ¿Puede haber amor en el verdadero sentido de esa palabra (no el amor según los sacerdotes o los teólogos o los comunistas o tal o cual persona, sino realmente la cualidad de ese sentimiento de amor) cuando la relación es meramente conceptual, imaginativa, no un hecho? Sólo puede haber una relación entre seres humanos

cuando aceptamos lo que es, no lo que debería ser. Siempre estamos viviendo en el mundo de las fórmulas, de los conceptos, que son las imágenes del pensamiento. ¿Puede el pensamiento, puede el intelecto dar origen a una verdadera relación? ¿Puede la mente, el cerebro, con todos sus instrumentos auto protectores creados durante millones de años, puede el cerebro, que es la respuesta de la memoria del pensamiento, producir una verdadera relación entre seres humanos? ¿Cuál es el lugar de la imagen, del pensamiento, en la relación? ¿Tiene lugar alguno en absoluto?

No sé si ustedes se formulan estas preguntas cuando contemplan esos castaños con sus flores como candelas blancas contra el cielo azul. ¿Qué relación existe entre ustedes y esos castaños? ¿Qué relación tienen de hecho, no emocional o sentimentalmente, con tales cosas? Y si han perdido toda relación con estas cosas de la naturaleza, ¿cómo pueden tener relación alguna con el ser humano? Cuanto más vivimos en las ciudades, tanto menos nos relacionamos con la naturaleza. Uno sale a pasear un domingo, mira los árboles y dice: «¡Qué hermosos!», y regresa a su vida rutinaria encajonada en una serie de gavetas a las que llaman casas, departamentos. Estamos perdiendo la relación con la naturaleza. Esto puede verse por el hecho de que vamos a los museos y nos pasamos toda una mañana mirando pinturas, abstracciones de lo que es, y esto demuestra que de veras hemos perdido totalmente nuestro contacto, nuestra relación con la naturaleza; las pinturas, los conciertos, las estatuas se han vuelto terriblemente importantes y jamás miramos el árbol, el pájaro, la nube iluminada por una luz maravillosa.

Entonces ¿qué es la relación? ¿Tenemos en absoluto relación alguna con otro? ¿Estamos tan encerrados en nosotros mismos, nos protegemos tanto que nuestra relación se ha tornado puramente superficial, sensual, placentera? Porque, después de todo, si nos examinamos muy tranquilamente y a fondo, no según Freud, Jung o algún experto, sino que de hecho nos miramos a nosotros mismos viéndonos tal como somos, entonces tal vez podamos descubrir cómo nos aislamos todos los días, cómo levantamos a nuestro alrededor un muro de resistencia, de miedo. "Mirarnos" a nosotros mismos es más importante y mucho más fundamental que mirarnos conforme a lo que indican los especialistas.

Si uno se mira de acuerdo con lo que dicen Jung, Freud, el Buda o algún otro, se está mirando a través de los ojos de otra persona. Y eso es lo que hacemos todo el tiempo; no tenemos nuestros propios ojos para mirarnos y, en consecuencia, perdemos la belleza del "mirar".

Así pues, cuando ustedes se miran directamente, ¿no encuentran que sus actividades cotidianas, o sea, sus pensamientos, sus ambiciones, sus exigencias, sus agresiones, el constante anhelo de amar y ser amados, la continua roedura del miedo, la angustia de la soledad..., no encuentran que todas estas cosas contribuyen a nuestra notable condición separativa y a nuestro aislamiento fundamental? Y cuando existe ese hondo aislamiento, ¿cómo puede uno estar relacionado con otra persona, con esa otra persona que también se está aislando a causa de su ambición, su codicia, su avaricia, su exigencia de dominación, de posesión, de poder y demás? Están, pues, estas dos entidades llamadas seres humanos, que viven dentro de su propio aislamiento, engendrando hijos, etc., pero siempre aisladas. Y la cooperación entre estas dos entidades aisladas se vuelve mecánica; necesitan alguna cooperación para poder vivir juntas, tener una familia, ir a la oficina o a la fábrica y trabajar allí, pero siempre permanecen siendo entidades aisladas, con sus creencias y sus dogmas, sus nacionalidades..., ya conocen ustedes todas las defensas que el hombre ha erigido a su alrededor para separarse de los

demás. De modo que ese aislamiento es, en esencia, el factor de que no estemos relacionados. Y en esa aislada y así llamada relación, el placer se convierte en la cosa más importante.

Podemos ver en el mundo cómo el placer se está tornando más y más exigente, insistente, porque todo placer, si uno observa con mucha atención, es un proceso de aislamiento; y uno tiene que considerar esta cuestión del placer en el contexto de la relación. El placer es producto del pensamiento, ¿verdad? El placer estuvo en eso que experimentamos ayer, en la belleza de la percepción sensoria, o en la excitación sexual; pensamos al respecto, formamos una imagen de ese placer que experimentamos ayer. Y de ese modo el pensamiento sostiene, nutre esa cosa que ayer fue considerada placentera. Y así es como el pensamiento exige que ese placer continúe hoy. Cuanto más pensamos en esa experiencia que tuvimos, que nos proporcionó un deleite en ese momento, tanto más el pensamiento da a la experiencia una continuidad como placer y deseo. Y ¿cómo se vincula esto con el problema fundamental de la existencia humana, el cual concierne a la manera como nos relacionamos? Si nuestra relación es el resultado del placer sexual, o del placer de la familia, de la propiedad, del dominio, del control, del miedo a no estar protegido, a no tener seguridad interna y, por eso, estar buscando siempre el placer, ¿qué lugar ocupa, entonces, el placer en la relación? La exigencia de placer destruye toda relación, ya sea sexual o de otra clase. Y, si observamos claramente, vemos que todos nuestros así llamados valores morales se basan en el placer, aunque disimulemos eso con la sonora moralidad virtuosa de nuestra respetable sociedad.

Así pues, cuando nos interrogamos a nosotros mismos, cuando nos observamos profundamente, vemos esta actividad de auto aislamiento, el "yo", el "ego", erigiendo resistencias a su alrededor, y esa resistencia misma es el "yo". Eso es el aislamiento, lo que crea los fragmentos, la perspectiva fragmentaria del pensador y el pensamiento. ¿Qué lugar ocupa, pues, el placer, el cual es el resultado de un recuerdo sostenido y alimentado por el pensamiento, pensamiento que siempre es viejo, que jamás es libre?

Y ese pensamiento, cuya existencia se ha centrado en el placer, ¿qué tiene que ver con la relación? Por favor, formúlense a sí mismos esta pregunta, no se limiten a escuchar a quien les habla; él se habrá ido mañana y ustedes tienen que vivir su propia vida, de modo que él carece por completo de importancia. Lo importante es formularnos estas preguntas acerca de nosotros mismos, y para ello tenemos que ser terriblemente serios, estar dedicados por completo a la investigación, porque sólo cuando somos serios podemos vivir, sólo cuando somos profunda y fundamentalmente intensos en nuestra seriedad, la vida se abre para nosotros, tiene sentido, tiene belleza. Debemos preguntarnos si no es un hecho que vivimos a base de una imagen, de una fórmula, en un fragmento aislado de la vida. ¿No es desde ese fragmento aislado que el miedo, con su dolor y su placer (resultado del pensar), se ha tornado consciente de su aislamiento? Esa imagen trata, entonces, de identificarse con algo permanente, Dios, la verdad, la nación, la bandera y todo lo demás.

Por consiguiente, si el pensamiento es viejo (y es siempre viejo y, por ende, jamás es libre), ¿cómo puede comprender la relación? La relación está siempre en el presente, en el presente vivo (no en el pasado muerto de la memoria, de los recuerdos de placer y dolor), la relación está activa ahora; estar relacionado significa justamente eso. Cuando miramos a alguien con ojos llenos de afecto, de amor, hay relación inmediata. Cuando podemos mirar una nube con ojos que la ven por primera vez, entonces hay una relación profunda. Pero si interviene el pensamiento, entonces esa relación pertenece a la imagen. Uno se pregunta, pues, ¿qué es el amor? ¿Es placer el amor? ¿Es deseo? ¿Es el recuerdo

de las muchas cosas que se han desarrollado y acumulado con respecto a nuestra esposa, nuestro marido, nuestro vecino, con respecto a la sociedad, a la comunidad, a nuestro Dios? ¿Puede decirse que eso es amor?

Si el amor es el producto del pensamiento, como lo es en la mayoría de la gente, entonces ese amor está cercado, preso en la red de los celos, de la envidia, del deseo de dominar, de poseer y ser poseído, de ese anhelo de ser amados y amar. En eso, ¿puede haber amor por uno y por muchos? Si siento amor por uno, ¿destruyo el amor por el otro? Y como para casi todos nosotros el amor es placer, compañía, consuelo, aislamiento y el sentirnos protegidos en la familia, ¿existe, en realidad, amor alguno? ¿Puede un hombre atado a su familia sentir amor por su prójimo? Podemos hablar del amor teóricamente, asistir a la iglesia y amar a Dios (cualquier cosa que eso pueda significar), y al día siguiente ir a la oficina y destruir a nuestro compañero de trabajo, porque estamos compitiendo con él y anhelamos su puesto, sus posesiones, queremos ser mejores al compararnos con él. Así pues, cuando dentro de nosotros se desarrolla toda esta actividad de la mañana a la noche, e incluso en los sueños cuando dormimos, ¿podemos estar relacionados? ¿O la relación es algo por completo diferente?

La relación sólo puede existir cuando hay total entrega de uno mismo, cuando no hay "yo". Cuando el "yo" no está, uno está relacionado; en esa relación no hay separación en absoluto. Probablemente, uno no ha sentido eso, la total negación, la total cesación del "yo", no intelectualmente sino de hecho. Y tal vez sea eso lo que casi todos buscamos, sexualmente o identificándonos con algo más grande. Pero ese proceso de identificación con algo más grande es, nuevamente, el producto del pensamiento. Y el pensamiento es siempre viejo; igual que el "yo", el ego, pertenece al ayer. Surge, entonces, la pregunta: ¿Cómo es posible desprenderse por completo de este proceso aislante que se halla centrado en el "yo"? ¿Cómo puede hacerse esto? ¿Comprenden la pregunta? ¿Cómo puedo yo, estando todas mis actividades cotidianas basadas en el miedo, la ansiedad, la desesperación, el dolor, la confusión y la esperanza, cómo puede ese "yo" que se separa a sí mismo de otro mediante la identificación con Dios, con su propio condicionamiento, con su sociedad, con su actividad social y moral, con el Estado y demás, cómo puede ese "yo" morir, desaparecer de modo tal que el ser humano pueda estar relacionado? Porque si no estamos relacionados viviremos siempre en guerra aunque no nos matemos el uno al otro, dado que eso se está volviendo demasiado peligroso, excepto en países muy lejanos. ¿Cómo podemos vivir de modo tal que no haya separación y podamos de verdad cooperar?

¡Hay tanto que hacer en el mundo! Erradicar la pobreza, vivir dichosamente, vivir con deleite en vez de hacerlo con angustia y miedo, edificar una clase de sociedad por completo diferente, una moralidad que esté más allá de todas las moralidades. Pero esto podrá ser sólo cuando toda la moralidad social de nuestros días sea totalmente negada. Hay muchísimo que hacer, y no podrá hacerse si sigue en marcha este constante proceso de aislamiento. Hablamos del "mí" y lo "mío", y del "otro"; el "otro" se encuentra más allá del muro, el "mí" y lo "mío" están de este lado del muro. ¿Cómo podemos, pues, "desprendernos" por completo de ese núcleo esencial de resistencia que es el "yo"? Ése es, realmente, el problema fundamental en toda relación, porque vemos que la relación entre imágenes no es relación en absoluto, y que cuando existe esa clase de relación tiene que haber conflicto, a causa del cual terminamos por estrangularnos unos a otros.

Cuando se formulen a sí mismos esta pregunta, es inevitable que digan: «¿Acaso debo vivir en un vacío, en un estado de vacuidad?». Me pregunto si alguna vez han conocido lo que es tener una mente por completo vacía. Han vivido en un espacio creado por el "yo", un espacio que es muy pequeño. El

espacio que el "yo", el proceso de auto aislamiento ha creado entre una persona y otra, es todo el espacio que conocemos -el espacio entre el centro del "yo" y la circunferencia-, la frontera establecida por el pensamiento. Y en este espacio vivimos, en este espacio hay división. Ustedes dicen: «Si me entrego totalmente, o si abandono el centro del "yo", viviré en un vacío». Pero ¿alguna vez han abandonado realmente, de hecho, el "yo", de modo tal que no hubiera "yo" en absoluto? ¿Han vivido alguna vez en este mundo, han ido a la oficina con ese espíritu, han vivido así con la propia esposa o el propio marido? Si han vivido de ese modo sabrán que hay un estado de relación en el cual el "yo" no existe, estado que no es una Utopía ni algo soñado ni una experiencia mística, sin sentido, sino algo que puede ser realizado de verdad: vivir en una dimensión donde exista una relación con todos los seres humanos.

Pero eso sólo puede ocurrir cuando comprendemos qué es el amor. Y para hallarse en ese estado, para vivir en él, uno debe comprender el placer del pensamiento y todo su mecanismo. Entonces todo el complicado mecanismo que hemos construido para nosotros y en torno de nosotros, puede ser captado de un solo vistazo. No tenemos que pasar por todo ese proceso analítico punto por punto. Todo análisis es fragmentario y, por tanto, no hay respuesta posible a través de esa puerta.

Existe este inmenso y complejo problema de la existencia, con todos sus temores, ansiedades, esperanzas, con sus alegrías fugaces y su felicidad pasajera, pero el análisis no va a resolverlo. Lo que sí lo hará es abarcar todo eso rápidamente, como una totalidad. ¿Saben?, uno comprende algo sólo cuando lo mira, no con una mirada largamente adiestrada -la mirada de un artista, de un científico o del hombre que ha practicado "cómo mirar"-, sino si lo mira con atención completa, si ve toda la cosa de un solo vistazo. Entonces comprobará que está fuera de ello. Entonces está fuera del tiempo; el tiempo se detiene y, por tanto, el dolor llega a su fin. Un hombre que sufre, que teme, no está relacionado. ¿Cómo puede tener relación alguna un hombre que persigue el poder? Puede tener una familia, dormir con su mujer, pero no está relacionado. Un hombre que compite con otro no tiene relación en absoluto. Y toda nuestra estructura social con su inmoralidad se basa en esto. Estar fundamentalmente, esencialmente relacionado, significa la terminación del "yo" que engendra separación y dolor.

PLÁTICAS EN EUROPA
París, 25 de abril de 1968